

UNIVERSITY OF ARIZONA

UNIV. OF ARIZONA


PQ7797.R7 A17 1923

Rojas, Ricardo/Poesias

mn



3 9001 03818 1825



Digitized by the Internet Archive
in 2024

<https://archive.org/details/poesias0000rica>

RICARDO ROJAS

CONTIENE:

POESIAS

CONTIENE:

EL OCIO LÍRICO

LA VICTORIA DEL HOMBRE

LA SANGRE DEL SOL

LOS LISES DEL BLASÓN

LA RESPUESTA DE LOXIAS

CANTOS DE PERSÉFONA

ODA DE LAS BANDERAS

PQ
7797
R7
A17
1923

OBRAS

DE

RICARDO ROJAS

POESIAS

TERCER MILLAR

BUENOS AIRES

LIBRERÍA «LA FACULTAD»

JUAN ROLDÁN Y C.^a

359, FLORIDA, 359.

1923

UNIVERSITY OF ARIZONA

de
RICARDO ROLAS

Hecho el depósito de
acuerdo con la ley 7092.

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30. — MADRID

DE RUBEN DARIO

A

RICARDO ROJAS

*Al excelso poeta que dedicó el destino
a decir la postrera mirada de mi sino,
y si no la postrera, la que vendrá en seguida
del instante más alto y enorme de mi vida;
y a quien, sabiendo ser intérprete supremo
de los rayos del Sol en que mi mirra quemo,
me ha ofrecido en su verbo vibrante y misterioso
sus revuelos de cóndor, su aliento de coloso.*

BUENOS AIRES

MCMVI

ca, gemelos de otros que tampoco me perdonaron las prosas.

Hubo quienes me llamaron poeta para negarme como pensador, y quienes me llamaron pensador para negarme como poeta; pero a ambas partes las dejé solas en su disputa.

Componer versos ha sido durante veinticinco años mi más íntimo goce intelectual, sin preocuparme de que otros me convirtieran en rival de mí mismo.

... El labrador salió a eso del alba a remover su predio, y mientras avanzaba con la mano en la esteva del surco, iba poniendo su alma en una dulce canción...

Los temas del paisaje y de la vida, todo lo que logró emocionarme poéticamente, pasó a los versos de este volumen, que es, aun en sus poemas de apariencia más impersonal, una historia lírica de mi alma.

Díjose alguna vez que faltaba en mis versos el tema argentino de mis prosas. Pero, ¿y el *Canto de la mañana de mayo*? ¿Y el *Romance de ausencias*? ¿Y la *Oda de las Banderas*?... ¿Y los demás poemas análogos?

Por otra parte, cultivar el idioma es de suyo empresa nacionalista, sin contar con que la lírica es intimidad y universalidad.

Recojo aquí los versos que salieron en libros anteriores, juntamente con otros que *La Nación* publicara; y a través de cuatro lustros, los hallo ligados por el desenvolvimiento de mi propia vida espiritual.

La victoria del Hombre es la utópica visión de mi juventud, el optimismo sin experiencia, la humanidad abstracta de las filosofías.

La sangre del Sol es la afirmación heroica de la propia individualidad, entre el torbellino de las fuerzas universales.

Los lises del blasón es la variedad episódica de las andanzas por el mundo, los múltiples temas de una conciencia entusiasta y curiosa.

La respuesta de Loxias es el patético enigma del destino, la crisis de la personalidad por el amor, el conflicto de la vocación entre la realidad y el ensueño.

Cantos de Perséfone es la confidencia del amor que trajo una grave serenidad, después de sus tormentosos trances de muerte y renacimiento,

Oda de las Banderas es el ideal realizado por la patria, como arca de la ambición individual y forma concreta de las iniciales utopías.

Descubro aquí tres inquietudes estéticas: el orgullo juvenil buscó primero la poesía de las puras ideas; el celo estético apuró luego, entre clásicos y modernos, los secretos de la expresión; la madurez sentimental quiso, finalmente, poner una emoción más humana en una expresión más sencilla.

He ahí por qué estimo este libro como la historia lírica de mi alma y como la parte más pura de mi obra literaria. Dispóngome ahora a usar del verso en empresa de más vastos alientos.

Compositores como De Rogatis, Aguirre, Forte, han puesto en música algunos cantos de este volumen; otros poemas han pasado a las antologías de Ugarte, Barreda y Morales-Quiroga, o al repertorio de teatros y escuelas; uno hay, en fin—el *Romance de Ausencias*—, que ha sido oído como pieza anónima en el folklore de nuestra campaña...

Dos cosas he ambicionado como poeta: aplausos y negaciones, y las dos cosas obtuve, sin envanecerme de mi obra, porque la reconozco imperfecta.

He querido, no por jactancia, sino por gratitud, añadir a la presente reedición el elogio de tres

altos espíritus: Guido Spano, Rubén Dario, Emilio Becher, príncipes de la sensibilidad en tres generaciones sucesivas, santificados tres veces para mí: por la amistad, por la gloria y por la muerte.

Si entrego nuevamente al público mis Poesías, es porque las ampara la loa de aquellos hombres excepcionales.

Cuando se ha alcanzado semejante alabanza, bien se puede nuevamente desafiar a los tres lobos magros que aullan en la selva de laureles.

R. R.

Buenos Aires, marzo de 1923,

I

EL OCIO LÍRICO

(1910)

*... In the world of dreams I have
chosen my part...*

SWINBURNE.

EL OCIO LIRICO

I

Grave lector: Esta Musa
que mi ocio lírico inspira,
peplo, coturnos y lira,
como toda musa, usa.

Ella en su ciencia no ignora
l'ardua vereda que va
a los montes donde está
la Academia de la Aurora.

Docta en su divagación,
condujo Apolo su paso,
por la falda del Parnaso
y el flanco del Helicón.

Regocijada en la ronda
del Musagetes, un día
captó la eterna armonía
sobre el Pindo de luz blonda.

Para ir por el mundo fiero
le enseñó Talía a reir,
y Melpómene a rugir
por su máscara de acero.

Y Terpsícore la grácil
diosa del alado busto
le enseñó para el adusto
france la gracia del fácil

paso; y Erato la triste,
la elegía de su elín
para el espíritu sin
la dicha que ya no existe...

Urania en las noches bellas,
con su compás y su globo,
dióle el mirífico arrobo
del alma ante las estrellas;

y Polymnia taciturna
le abrió su reino interior,
todo de amor y dolor,
y de ensueño en paz nocturna.

Caliope, que habla elocuencia,
y Clyo, que escribe historia,
prestaron a su memoria
y a su corazón la ciencia

del encantar, del bregar,
que desde el pnix a la rostra,
pone en la turba que arrostra
como un silencio de mar.

Pero Euterpe es, entre todas,
cosmogónico resumen
que lleva en su flauta el numen
de los orbes y las odas;

y ella fué la musa que
dióle a la mía en su flauta—
do-re-mi-fa-sol—la pauta
del canto...—*la-si-do-re*...

La música pitagórica
de los callados planetas
y las músicas secretas
del alma, por categórica

ley en esa flauta están.
Flauta de las melodías,
por ella murió Marsyas,
y vivió por ellas Pan.

II

¡Pan! Es decir, el Gran Todo:
mito poliforme y vivo;
hombre con patas de chivo;
Elohim carne de lodo.

Tiene el poeta, como él,
de barro el cuerpo nefando,
y de luz el numen cuando
va en su alipedo corcel.

Su bisulco pie me adhiere
a la tierra del país,
como la seca raíz
de una vid que nunca muere.

Mas de esa raíz de cabra
florece el ángel que soy,
cuando a Dios volando voy
por dón de humana palabra.

Y abarco todo universo
con sus alas y sus pies,
por la emoción de la prez
y los números del verso.

Por eso a mi musa exalta
cuanto se ofrece a su paso,
y Amazona de Pegaso,
cumbres y nubes asalta.

Cursó de niña su escuela,
mas los códigos del aula
sólo fueron dura jaula
que entristeció a Philomela—

el ave que al rosicler
del alba canta en su trino,
si libre, y llora al destino,
si presa, su amanecer.

Libre prefirió volar
mi musa, y ser en su exilio
discípula del *Emilio*
frente a la tierra y el mar.

Amó en la tierra infinita
la patria propia y la ajena,
y vió en el mar la Sirena
que es Circé o es Serafita.

Mística, humana, confusa,
misteriosa, poliforme,
trágica, triste y enorme,
como la vida es mi Musa.

Por todo cuanto es, reparte
como Pan, sus melodías;
y fuera como Marsyas
capaz de morir por su arte.

Supersticiosa, conjura
con amuletos su grima,
y ama el dije de la rima
para toda *jettatura*.

Ave, Rima, emperatriz
del claro verso latino,
como Carducci me inclino
a ofrendaros mi albo lis.

Y os pido, a fuer de poeta,
mascota de odio y de amor:
para el amor, una flor;
para el odio, una saeta.

III

Pero, lector, esta Musa
que mi ocio lírico inspira,
peplo, coturnos y lira,
loca, a las veces, rehusa.

Pone la lira a la vera,
pues que le basta su voz,
y se levanta hacia Dios
por su música sincera.

Deja su coturno de
oro a musas de Tesalia,
y en la sencilla sandalia
calza su florido pie;

o prefiere ir sin su veste
clásica de blanco lino,
desnudo su peregrino
cuerpo a la gran luz celeste;

desnudo, como las rosas,
como las altas estrellas,
como las verdades bellas
y las victoriosas diosas;

tal Amphitrite fecunda
bajo la thalásea aurora,
desnuda—y la cazadora
Diana en la noche profunda.

Tan loca esta Musa es,
que para cada estación
luce una nueva *creación*
su elegante desnudez.

Viste en otoño de sol,
viste en invierno de humo,
y siempre con arte sumo
llena su variado rol;

pues va en primavera a usar
fronda de bosque lozano,
y guarda para el verano
la suave seda lunar.

Aurea de sol en las playas,
y en la alta mar de los viajes,
y en los lánguidos paisajes
que ve de sus atalayas;

verde en los parques de octubre,
con su falda de confragay,
cuando un fresco verdegay
de hojas los árboles cubre;

blanca de luna en la calma
de los nocturnos de abril,
cuando envuelta en su monjil
cruza los yermos de mi alma;—

ella es siempre la armoniosa,
pero nunca lo es mejor
que en el velado interior
donde por mayo reposa,

cuando el humo de mi pipa,
que en la penumbra se azula,
viste su cuerpo que ondula,
su cuerpo que se disipa

como una blanda espiral:
larva que no se concreta
ni en la mente del poeta,
ni en la penumbra invernal.

IV

¿La Musa?—Hela ahí con una
cara de jovial mohín,
que tiene para mi esplín
cuando amanezco “de luna”.

Hoy, tarde vaga de mayo,
cae sin cesar la lluvia...
Desde la caverna rubia
del sol, un oblicuo rayo

filtra en la pluviosa red,
y, gnomo de su tesoro,
le amoneda una onza de oro
sobre la blanca pared.

Ella va a cogerla; pero,
de antuvión, el gnomo arisco
roba de afuera su disco
para un maligno hechicero...

La Musa torna empusí,
con su alegre boca fresca,
y ríe, funambulesca,
ríe: —¡Hi-hi-hi-hi-hi!

(En mis fatigados músculos,
se aduerme el lento sopor
que flota, impreciso, por
la calma de estos crepúsculos...)

Y ella, con voz juvenil,
musita rimas ligeras
que hacer sonar, placenteras,
su fimbria de *glockenspiel*

Espinela, cor, discor,
balada, lay, virolay,
villanela para el Gay-
Saber de su trovador...

—La música reverencio,
Musa, en tu canto—le digo—,
pero hoy quiero oír contigo
la música del silencio.

Y ella responde: —Mi voz
por l' *Arte Poetica* va,
de aquel que dice: *De la*
musique avant toute chose.

—Sí: mas también: *Quel enfant*
sourd, ou quel negre fou,
nous a forgé ce bijou
d'un sou—te dice Lelian,

de la rima, resonante
son de fanfarria triunfal,
de crótalo, de atabal,
de címbalo... Y un instante,

calla la Musa al oír...
mas, en instantes que calla,
su travieso ingenio halla
nueva fábula que urdir.

¡Así forjó entre sus galas,
para reir del burgués,
mi gran chambergo holandés,
de alta copa y anchas alas!

Mas no lo juzguéis a mal,
pues aunque loca y esquivia,
su mano de hada cultiva
la rosas de mi rosal.

V

A veces en lo profundo
de este jardín interior,
el Hamlet de mi dolor
se acerca meditabundo;

y la Musa que se azora
cuando aquella Sombra llega,
traspone la solariega
verja, y huye hacia la aurora,

buscando en largo vagar
un nepente de olvidanzas
y un elixir de esperanzas,
por la tierra y por el mar.

Así ha corrido la esfera,
con su cítara de artista,
con su mala de turista,
con su bordón de romera;

y ha visto el partenopeo
golfo azul, — gótico minio,
donde al celeste aluminio
júntase un oro febeo;

Y ha visto el mar de Germania —
fábula, nébula — imperio
donde, reina del misterio,
pasa volando Titania.

¡Oh, llama del meridión
gesticulante y dorada;
silenciosa y nacarada
penumbra del septentrión!

Para veros ha tenido
la Musa errante, en Lutecia
raudos autos, y en Venecia
las góndolas de su Lido...

Y el lento funicular
que sube al crespo Vesubio;
y la barca del Danubio
que boga al son de un cantar;

Y el *bobs* que sobre su rampa
de nieve alpina resbala;
y el potro que tiende el ala
de su crin sobre la pampa;

y los convoyes que van
con su cargamento humano;
y las naves que el oceano
cruzan como Leviathan;

todos te llevaron, Musa,
o en sus brazos, o en su vientre,
o sobre su grupa, o entre
su democracia confusa,

y ni en la selva natal,
ni en los puertos, ni las ágoras,
hallaste las dos mandrágoras
de don divino y fatal:

la blanca para el amor,
la negra para la muerte, —
la flor de hechizo que vierte
sueño y paz sobre el dolor...

Si el mundo te hace sufrir,
ven a mi jardín, serena...
Y si mi jardín te apena,
¿querrás por el mundo ir?

VI

Para ir por el mundo fiero,
le enseñó Talía a reir,
y Melpómene a rugir
por su máscara de acero;

pues ella sabe, aunque sola,
ser también la militante
Musa del yelmo y del guante,
del espadín y la gola.

Tiene por guante el honor,
tiene el orgullo por yelmo,
y halla en el ideal, cogüelmo
de fuerza para el valor.

No es la magra *miss* del Norte,
la alférez salvacionista,
la doctora sufragista,
la campeona del deporte —

varona antigua y moderna
que tras de su gorro frigio
lleve el gárrulo prestigio
de la estolidez eterna.

Ella es como Diana que echa
sobre Acteón su flecha cruel,
cuando en selva de laurel
lanza la agresiva flecha; —

selva que fuera de lauros,
y que hoy de bandidos es;
la selva donde una vez
pasó un tropel de Centauros

gauchos, que hacía temblar,
como un huracán de gloria,
a los hombres, a la historia,
a las montañas y al mar.

¡Ah, Prócer! Si vieras en
esta menguada Cosmópolis
a la soñada Argirópolis
de tu musal... (Oh, tú también,

vate de la Patria nuestra,
tuviste musa de acción,
cuando tu Peán daba un son
de olimpiada en la palestra!)

Prestas para cada choque
las armas y el entusiasmo,
su tangol me da el sarcasmo,
y el vituperio su estoque;

mas condenada a morir
entre los falsos sufragios,
y los plagios y los agios
que son el diario vivir

de tus desolados atrios,
de tus bancas lucrativas,
y de tus letras furtivas —
tierra de los manes patrios!

¿Qué hará la Musa en furor,
como cívico tributo,
sino maldecir a Bruto,
que es sólo un César traidor;

y rugir, si ve que dan
hurras de servil exceso
a la potranca de Crespo
y al asno de Balaam?

VII

Triste va la Musa en flor,
con sus manos de camelia,
como una pálida Ofelia
por un callado Elsenor...

Con la Patria y la Amistad
y un bello amor de quimera,
mi Musa cantando espera,
lector, tu posteridad.

Es como decir: "el día
de la Justicia"—de suerte
que hablo, lector, de la Muerte:
de tu muerte y de la mía...

¡La Muerte! Mala palabra...
llamemos, lector, la obscura
potencia que la conjura:
S A T O R—dí—y Abracadabra,

A R E P O, Keter, Jesod,
T E N E T, Tipheret, Bináh,
O P E R A, Yah, Geduláh,
R O T A S, Abédénego, Hodí

Y pues la Fama y la Gloria
son amantes de ultratumba
que quieren carne de tumba
en tálamos de Victoria,

tuve que osar con mi voz,
por defender a la Musa.
a la Innombrable, a la Intrusa:
Nuestra Señora de la Hoz.

Mas no temas con rigor
que, maligna o pesimista,
pueda esta Musa de artista
desear tu daño, lector.

No comió ajeno yantar,
ni atajó en sendero ajeno:
ella me enseñó a ser bueno,
y a dar, a amar, a esperar.

Vino a pregonar mi nombre,
y anunció en mi edad primera
esa palabra agorera
que es *La Victoria del Hombre*.

No me dejó ser "Doctor"
porque en bártulos y robo,
ya Anubis-testa-de-lobo
lo era, y por tanto, mejor.

Nunca me dejó explotar,
ni el corazón, ni la vida,
ni la palma florecida
por la cual vino a justar.

Y esculpió—ley de su guerra --
para mi azul cenotafio
la loza que en epitafio
dice: FUÉ LEVE A LA TIERRA...

Si un día oís su rabel
por la nativa floresta,
no le neguéis en la fiesta
su corona de laurel;

pues rimó en mi corazón,
lejos del mundo reclusa,
para vos, lector, mi Musa,
los versos de su canción.

II

LA VICTORIA DEL HOMBRE

(1900-1903)

POEMA

*Les peuples trouveront de nouveaux équilibres;
Où, l'aube naît, demain les âmes seront libres.*

VICTOR HUGO.—(La Lég. des Sièc.)

A

LA MEMORIA DE MI PADRE

D. ABSALON ROJAS

FUNDADOR DE CIENTO ESCUELAS PÚBLICAS
EN LA PROVINCIA DE SANTIAGO (R. A.)

1893 - 23 DE JULIO - 1903

RECUERDO PÓSTUMO

DE UN HIJO.

R. R.

EPIFANÍA DEL ENSUEÑO

INTRODUCCION

A Ernesto I. Moreno.

De noche, al pie de una montaña. En lo más hondo del valle se destacan las torres de una ciudad perdida en las sombras. Oyense confusos rumores, como si el mar estuviese próximo y la tempestad rugiera sobre nuestras cabezas. Y el alma del Poeta, arrobada en la trágica visión nocturna, escucha que, en la música del viento, dice una voz:

—La luz de una esperanza redentora
surgió en la noche del dolor humano,
bañando al pueblo, como el alba dora
las aguas turbulentas del Oceano.

Orto que desgarrara las tinieblas
para alumbrar tan lóbregos pesares,
como la luz del sol rasga las nieblas
sobre la faz convulsa de los mares.

Alba de redención que entre las cumbres,
en explosión magnífica de gloria,
inundó con sus trágicos vislumbres
la montaña de sombras de la Historia.

Y la luz de otra fe surgió más bella,
de otra fe que el espíritu ilumina,
como el puro diamante que descuella
en la noche profunda de una mina.

Chispa de fuego que en el pueblo enciende
claridad de purpúreos arreboles,
como del alma del carbón asciende
la inextinguida llama de los soles.

¡Alba, rayo de luz, chispa de fuego,
proyección luminosa del futuro
sobre el dolor y la abyección y el ruego,
muros de sombra de un pasado obscuro!

¡El pueblo va a surgir! Supremo impulso
lo arroja al mundo del ideal que sueña,
y en él será como el turbión convulso
que en el abismo salta y se despeña...

¡Nada lo defenderá! Fatal e hirviente,
desolará sembrando sus dolores:
pero él fecundará como el torrente...
y del pantano brotarán las flores!

¡El pueblo, en la ansiedad de otro destino,
se apercibe a destruir, soberbio y fuerte,
los templos seculares del camino
donde abrigó el Error dioses de muerte!

¡Altivo y soñador sobre sus penas,
ya no teme a deidades ni a vestiglos:
Prometeo que rompe sus cadenas
sobre el Cáucaso negro de los siglos!

¡Sudra que, redimido de su yugo,
tiende a los aires lábaros de llama,
y, en sus manos el hacha del verdugo,
viene a cortar su cabeza a Brahma!

¡Creyó... Pero en la noche solitaria,
abatido en su vida de bohemia,
supo que Dios no oía su plegaria...
y tuvo para Dios una blasfemia!

Hambriento y lleno de pasión y rabia,
maldijo al ver que en su doliente anhelo,
sobre el desierto de esta nueva Arabia,
no caía el maná desde aquel cielo;

ni castigaba a la ciudad impura
la lluvia redentora de Sodoma;
y que triunfaba en esta edad oscura,
sobre Jesús, la corrupción de Roma!...

Afán estéril de una lucha eterna,
fué su vida un amargo sacrificio,
nuevo Sísifo hundido en su caverna
bajo la roca de su cruel suplicio.

Pero hoy surge en su cráter de miserias,
sobre aquella ignominia de la vida,
hecha fuego la sangre en sus arterias,
hecha una boca ignívoma su herida.

Ha trocado su yugo por las teas,
y sobre el mundo en tempestad, se escucha
que pasa entre la voz de las mareas
el fragor pavoroso de la lucha.

Y en el rumor de aquel terrible enjambre,
que rueda apenas en la escarpa ruda,
se oye el gemido trágico del hambre,
bajo el desierto cielo de la duda...

Palabras de dolor dan los fugurios,
gritos de muerte suben del estrago,
y habla con voz de bíblicos augurios
la sangre de París y de Chicago.

¡Rumor de una vanguardia de titanes,
semejante a las voces del abismo
que siente la erupción de los volcanes
y anuncia a la montaña el cataclismo!

¡Oh, veréis cuánto pueden las quimeras
que el pueblo lleva en su fecunda entraña:
ya el turbión ha deshecho las barreras
y el volcán ha horadado la montaña!

¡Mañana será tarde! Y a sus greyes,
rotos los yugos y los tronos falsos,
no podrán detenerlas ni las leyes,
ni la tropa, ni Dios, ni los cadalsos...

¿Adónde irá?—¿Qué vórtice de muerte
lo llevará en la tempestad?—Acaso
caiga rendido al golpe de la suerte
para hundirse otra vez en el ocaso...

O tal vez, más feliz, triunfe mañana
cuando los muros que lo oprimen rompa,
y de su aliento en la onda soberana
se oiga vibrar la redentora trompa.

Coro de gloria lanzarán los bronces,
y el pueblo, Solness del futuro drama,
elevantá su torreón, entonces,
hacia la luz que su ideal inflama...

¡No importa si a través de estos vislumbres,
viene la redención de un cataclismo:
para alumbrar la noche de las cumbres,
Dios ha puesto el volcán sobre el abismo!

EL ALMA DE LAS COSAS

I

EL FUEGO

Alma del mundo— ritmo y armonía,
calor y sangre, pensamiento y llama—
tú animas el grandioso panorama
del universo que ilumina el día.

Surgió de tu fecunda fantasía
cuanto en el mundo la creación derrama:
la roca dura, el corazón que ama,
y el lúbrico entusiasmo de la orgía;

pero aún más grande tú eres en la historia,
nube de redención o luz de gloria;
y si el fulgor de la tragedia brilla,

tú eres la ira de Dios sobre Sodoma,
la Troya de Nerón eres en Roma,
y el delirio del Pueblo en la Bastilla.

II

LOS VIENTOS

Simoun o tempestad, soplo errabundo,
verbo grandioso, formidable empuje,
lleva en su voz el viento cuando muge
todo el eterno diapasón del mundo:

como los niños llora gemebundo,
o con la voz de los leones ruge;
y si en la entraña de los montes cruje,
tiene la queja del dolor profundo;

en las cuerdas de hierro de una reja
vibra, y errantes músicas semeja;
y cuando el mar a sus impulsos late,

remedan un combate sus rumores,
y resuenan clarines y atambores
sobre el fragor lejano del combate.

III

LAS OLAS

Desgranan en la rauda catarata
lluvia de perlas, mágica, luciente,
rizando con sus ondas la corriente
que en la vasta llanura se dilata,

Flores de lis en búcaros de plata,
son si la espuma nace de su frente;
y biceps de un atleta en el torrente,
son lenguas en el mar, si se arrebatá.

Y así van, entre flores o entre rocas,
imitando en el eco de sus bocas
fragor de bronces o rumor de plumas,

como en el fondo de la vida ruedan
esas olas del alma que remedan
torrentes, cataratas, mar, espumas.

IV

LAS MONTAÑAS

Yo tengo la obsesión de las montañas,
como un delirio inmenso de grandeza,
cuyas visiones pueblan mi cabeza
con sus cumbres fantásticas y extrañas.

En su falda vestida de marañas
descuella la inmortal naturaleza;
y llevan, como feto de belleza,
oro, fuego y carbón en las entrañas.

Por eso estos gigantes silenciosos
subyugan con sus cuerpos de colosos,
cuya arteria es el cauce de un torrente;

su voz, la formidable de los vientos;
y sus raros, excelsos pensamientos,
las águilas que vuelan de su frente.

ADVENIMIENTO DE LOS DIOSES

I

LO DESCONOCIDO

Viento de tempestad sopló en la altura
conmoviendo los ámbitos ignotos,
bajo el silencio de la noche oscura...
Su aliento despertaba en la espesura
gemidos de dolor; los horizontes
resplandecían en la luz purpúrea
que coronaba los desiertos montes;
temblorosa de horror la hirsuta fiera
corría a guarecerse en el ramaje;
y el mar, sin freno en el convulso oleaje,
azotaba la trágica ribera,
movido por un ímpetu salvaje...

De improviso, rompiendo la maraña
que las agrestes márgenes cubría,
se vió surgir una figura extraña
frente al revuelto mar: un Hombre acaso,
que en su vieja caverna sentiría,

transido de pavor en su aislamiento,
crujir aquella selva cuaternaria
con el rumor fatídico del viento!
Bajo el cielo sin luz, sobre el abismo,
todo hacía en la noche solitaria
presentir un cercano cataclismo;
y el Hombre aquel, de pie ante el oceano,
con la pupila hacia el misterio vuelta,
la adusta sombra interrogaba en vano:
sordas en la vorágine revuelta,
se estrellaban las ondas en las playas;
las cumbres eran mudas atalayas
de las auroras próximas, y el fuego
que rompía los cráteres profundos,
era quizá el espíritu divino
que alentaba en las almas y los mundos.

Más tarde, el Sol apareció en el cielo,
y la razón del Hombre, ya impotente
para tender el soberano vuelo,
cayó rendida al formidable mito
que iluminara con su luz creadora
la grandiosa visión de lo infinito!

II

LA FE

Genio revelador, bella quimera,
nació del miedo en la conciencia humana,
como en el mito helénico surgiera
del mar undoso la deidad pagana.
Madre de prodigiosas concepciones,
ella, desde los rudos Himalayas
hasta la Grecia de risueñas playas,
la inmensidad pobló con sus creaciones.

Ella fué la inmortal reveladora
que sorprendió en el éter, escondida,
palpitar esa fuerza creadora
que en sus criptas ocultas elabora
las nuevas formas de la eterna vida.

Ella sintió en las grandes tempestades
la voz de sus olímpicas deidades:

y vió surgir de las serenas linfas
el cuerpo ebúrneo de las blancas ninfas,
del bosque en las discretas soledades.

Peregrina de mundos legendarios,
forjó la gloria de las razas muertas;
y ella enseñó a los pueblos visionarios
la ley sobre los montes solitarios
y el camino de Dios en los desiertos.

Todo lo reveló, verbo divino,
con su candor angélico y profundo,
desde la oscura génesis del mundo,
hasta el misterio augusto del destino...
Y, vagabunda del misterio, hoy flota
sobre el abismo de la tumba inerte,
dando a las almas, en la cifra ignota,
la clave del Dolor y de la Muerte!

III

LOS HOLOCAUSTOS

Insólito rumor llegó a la altura...
Y el Espíritu humano,
de pie sobre la cumbre más oscura,
tendió la vista al llano
para escrutar en la ignorada senda,
y apareció a sus espantados ojos
una visión horrenda:

La torpe multitud, puesta de hinojos,
clamaba a Dios en místico delirio,
frente al ara sangrienta del martirio
donde un cadáver convertido en llamas
de holocaustos, ardía;
y más allá de ignotos panoramas,
en las faldas de un monte solitario,
la multitud, amedrentada, huía,
frente a un Dios que moría
sobre la Cruz sangrienta del Calvario...

Y pasaron los siglos tras los siglos,
llevando, en su carrera misteriosa,
pueblos y altares, dioses y vestiglos;
en la renovación de las edades,
formando esa visión vertiginosa,
desplomáronse imperios y ciudades;
y así pasaron los antiguos cultos
cediendo a la invasión de otras ideas,
como arroja el vaivén de las mareas,
onda tras onda, en ímpetus ocultos...

¡Y aún la Humanidad, con paso incierto,
como una tribu nómade el desierto,
va cruzando en la noche!... ¡Ofrenda vana
fué el sacrificio de la sangre humana
para calmar la ira de los dioses,
cuando el trueno y el mar fueron sus voces;
y la sangre de un Dios lo mismo ha sido
sacrificio infecundo,
para acallar en el eterno olvido
todo el dolor que atribulaba al mundo!

IV

LA NATURALEZA

Libre la inmensidad, vencido el mito,
dejemos, alma, a Dios, en lo infinito
del Universo, crear: y al firmamento
veréis volar del fango una libélula,
y en lo más noble de la oscura célula
pondrá su vibración el pensamiento...
Eso es Dios!—Y su espíritu fecundo
llena del éter las serenas ondas;
y música en el ábrego errabundo,
color en el follaje de las frondas,
resplandor en el astro vagabundo,
El la ilusión del Universo fragua
en el Viento, en el Fuego y en el Agua!
Dios sin culto, sin templo y sin altares,
no pide al Hombre la mezquina ofrenda
que el terror a las sombras seculares
le inspiró en otros días de leyenda:
sí quiere una plegaria,
se la dará la tarde solitaria;

y a la grandiosa y vasta sinfonía
del órgano y del coro,
preferirá ese cántico sonoro
del mar en la vorágine sombría.

Incline el Hombre la triunfal cabeza,
de la vida en el áspero camino;
que el mundo le reserva a su destino
la Virtud, la Verdad y la Belleza.
Ame la Tierra, y con su propia mano
siembre en el surco abierto el noble grano:
riegos dará la bienhechora nube,
alma del fango que a los aires sube.
Así la Tierra amiga
dará la sombra en las gloriosas palmas,
el pan nutricio en la dorada espiga,
y hará reinar en medio de las almas
la luz del ideal resplandeciente,
que, cual la luz del sol esplendoroso,
torna una nube en arrebol ardiente,
y un mundo muerto en astro luminoso!

CAMINO DE LAS CUMBRES

I

EL CAMINO

De tiempo en tiempo llegan viajeros del arcano,
para tender su auspicio sobre una gran victoria:
son ellos los ungidos del genio y de la gloria,
sagrados paladines de un Monsalvat lejano.

No llegan en la barca del Cisne soberano,
cuya visión aun cruza triunfal en la memoria;
pero renueva el alma los mitos de la historia,
y Elsa renace, heroína del vasto drama humano.

No llegan en la barca del Cisne peregrino,
ni auspicia la sagrada paloma su camino,
como en el mito excelso del inmortal poema.

Sobre la vida pasa la senda de sus rastros,
entre peñascos rudos o bajo nimbo de astros..
y van hacia las cumbres de una ilusión suprema.

II

LOS VIAJEROS

Moisés, Cristo, Cristóbal..., son éstos los viajeros:
traza Moisés los rumbos al pueblo legendario,
Jesús llega a la cima gloriosa del Calvario,
Colón busca en los mares los nuevos derroteros;

y el cauce del Mar Rojo poblado de guerreros,
la cima ensangrentada del monte solitario,
o las abiertas rutas de un mundo imaginario
surgido de las olas—tales son los senderos

en donde el alma deja la gloria de sus huellas.
La Humanidad, entonces, ve su camino en ellas...
El Genio marca el rumbo del porvenir; y artista

o sabio, a golpes de hacha va rompiendo los montes
y abriendo ante los mares los nuevos horizontes,
guerrero infatigable de la inmortal conquista.

III

LAS TINIEBLAS

Lascumbres son sublimes; el porvenir distante
sobre sus nieves pone los besos de la aurora;
y cuando el sol declina, las mismas nieves dora
con sus postreras luces la tarde agonizante.

Pero la noche llega, y es la visión de Dante
la que en la noche pasa, fatal y aterradora:
es el Dolor, que surge del antro donde mora,
para cruzar la vida como un espectro errante.

Entonces, en la falda del monte, la Tiniebla,
de sombra y de silencio sus precipicios puebla;
el antro echa sus hijos al aire y a la senda:

la Envidia, torpe oruga que mata nuestra planta,
y el Odio, que en los aires silbando se levanta,
como el terrible y fiero dragón de la leyenda.

IV

LAS CUMBRES

El pensamiento busca las glorias de la altura,
y hasta las cumbres llega su gigantesco anhelo,
para espiar si asoma la nave bajo el cielo,
o si la luz asoma sobre la noche oscura.

Y el Sinaí, en donde la tempestad fulgura,
y el Cáucaso en que el buitre tendió su lento vuelo,
no son sino las cumbres que el alma, en su desvelo,
alumbra o ensangrienta, para surgir más pura.

Eternamente hacia ellas se volverán sus rastros;
todo lo que es sublime se vuelve hacia los astros:
y alma, perfume o llama, y amor, ave o marea,

buscan la luz eterna que baña lo infinito,
por esa misma fuerza que en el dolor es grito,
volcán en las montañas, y en el cerebro, ideal

LA TIERRA PROMETIDA

I

EL ADVENIMIENTO

¿No escucháis esos bélicos lamentos
que suben de un abismo de pesares,
preñados de la queja de los vientos
y el atambor grandioso de los mares?

¿No veis las turbas que agitadas rugen
bajo las gradas del antiguo solio,
y que al embate de sus olas crujen
la Fábrica, el Altar y el Capitolio?

Todos aquellos lúgubres clamores—
voces que flotan bajo un cielo oscuro—
son, en la gestación de sus dolores,
el grana dvenimiento del futuro!

¡Es que algo va a nacer! Es que palpita
la Humanidad henchida de esperanza,
tal como el claustro maternal se agita
si el nuevo ser hacia la luz avanza.

¡Es que algo va a nacer! Es la semilla
que, fecundada al sol, rompe la tierra;
y por sus grietas, a la luz que brilla,
brota la planta que su entraña encierra.

¡Es que algo va a nacer! La luz de un orto
parece que ha rasgado el firmamento,
y el Hombre mira, en esa luz absorbido,
la gloria de su propio pensamiento.

Es que si el alba en el confin descorre
la finiebla, ilumina su vislumbre:
en la negra ciudad, la altiva torre,
y en el campo sin luz, la escueta cumbre.

Por eso el Genio—cumbre o atalaya
que explora en las fronteras del presente,
ve el porvenir, y cuando el alba raya,
lo primero que dora es su alta frente!

II

LOS PRECURSORES

Mirad la sombra de esas almas: todo
transciende a gloria en derredor de ellas;
sus plantas baten nuestro mismo lodo,
pero bañan su frente las estrellas:

Darwin la vista hacia el misterio tiende,
y absorto de la vida en el proceso,
a través de la célula sorprende
la escala misteriosa del progreso.

Renán, apóstol de la vida nueva,
abandona las criptas conventuales;
y, hecha un águila audaz, su mente eleva
la curva de sus vuelos inmortales.

Marx funde en los crisoles de su genio
los anhelos de un mundo igualitario,
y rompe en su dramático proscenio
las cadenas de bronce del salario.

Dostoievsky, en su cárcel de Siberia,
ilumina la tumba que lo inspira,
con el vago fulgor de su miseria
y el relámpago rojo de su ira.

Zola, vuelto a los míseros de abajo,
predica el Evangelio del Futuro,
y dice: Amor, Justicia, Paz, Trabajo,
¡santas palabras del ideal más puro!

Tolstoy, con su pupila de vidente,
ve en sus místicos sueños de patriarca
la esperanza del bien sobre su frente,
como el ave del cielo sobre el Arca...

Kropotkine, el espíritu sin brida,
semejante al caballo de Mazeppa,
atraviesa, luchando por la vida,
las nieves desoladas de la estepa.

Ibsen, absorto en su creación, tranquilo,
entre el presente y el futuro, media;
y en el yunque titánico de Eskylo,
forja sus personajes de tragedia.

Wágner, soberbio ante la turba necia,
sueña un arte de gloria soberana,
y reconstruye el Partenón de Grecia
para el pueblo ateniense de mañana.

Víctor Hugo condensa el universo,
y hecho para los pérfidos vestiglo,
encarna el Porvenir, y da, en su verso,
el verbo formidable de su siglo.

III

EL SACRIFICIO

¡Esa es la gran vanguardia de titanes,
cuyo espíritu llena los confines,
fulgente como antorcha de volcanes,
sublime como canto de clarines!

Vanguardia del futuro que atraviesa
la selva y el desierto en su delirio,
y llega coronada la cabeza
por la zarza espinosa del martirio...

¿Sangre?... ¿Dolor?...—¡Tal vez!—¡Fecundo riego
que bajará desde la nube al yermo,
y que pondrá sus glóbulos de fuego
en las arterias de este mundo enfermo!

IV

EL PORVENIR

¿En medio de la ruda incertidumbre
que el pensamiento de esta edad agita,
adónde irá la torpe muchedumbre
que hambrienta y al azar se precipita?

¿Cómo volver los ojos a la altura,
si ya no muestra a su mirar sombrío,
sino el misterio de la noche oscura
sobre el vasto silencio del vacío?

¿Y cómo detenerse en la carrera
para volverlos a la edad pasada,
si deja en esa lúgubre ribera
la sombra y el dolor de la jornada?...

¡Ah, queda el Porvenir! Y esos videntes
le ofrecen hoy una visión de gloria,
formando la legión que ante sus frentes
abre las nuevas rutas en la historia...

Nómada eterna del ideal, su planta
rastros de sangre deja entre la senda,
y hacia el confin sus pasos adelanta,
como el genio inmortal de la leyenda.

Ella semeja, entre la noche fría,
la nube de Moisés, radiante lumbre,
que ilumina en la amarga travesía
la senda de la triste muchedumbre;

ella remeda un sembrador que arroja
la simiente en los surcos del destino,
para que un día el Porvenir recoja,
como Ruth, las espigas del camino.

¡Porque si Dios, en el Edén sagrado,
cerrar sus puertas a los hombres quiso,
ella abrirá ante el porvenir rasgado
los pórticos de un nuevo Paraíso!

LA VUELTA DE CRISTO

I

EL TEMPLO

Bajo las sombras de la antigua clave,
refugio de las almas pensativas,
encaja, entre las góticas ojivas,
el blanco altar en la imponente nave.

Se esparce en torno, perfumada y suave
la mirra en espirales fugitivas,
y resuena en las cúpulas altivas
del órgano la voz rotunda y grave...

Todo convida en su penumbra inerte
al oscuro delirio de la muerte:
el fetiche enclavado en los estucos,

la luz de las vidrieras funerarias,
y el lúgubre rumor de las plegarias
subiendo hacia los ídolos caducos.

II

JESUCRISTO

Y Jesucristo apareció: traía
veladas las pupilas por el llanto,
pero inefable y misterioso encanto
su mirada en las almas difundía;

de sus llagados hombros descendía
el talar inconsútil de su manto,
y su faz, demacrada en el quebranto,
bajo un nimbo de luz resplandecía.

Y era Cristo, en verdad... Su yerto labio
se estremeció de horror ante el agravio:
el eco de los cánticos llegaba,

y al son de pavorosos misereres,
la turba de los nuevos mercaderes
con sus ritos idólatras pasaba!

III

EL VERBO

Entonces Cristo habló.—Su voz lejana
repercutió en las almas, dolorida,
como en los mudos ámbitos perdida
repercute la voz de una campana:

—Yo prediqué el amor (su lengua humana
clamaba en el silencio), y se me olvida;
resurgen desde el polvo de mi vida
los viejos mitos de la edad pagana.

¡Ante el escarnio de mi fe, contemplo
que pregonas en los pórticos del templo,
menguada voz, palabras de venganza;

y vuelvo entre las sombras seculares,
a predicar un credo sin altares,
apóstol del amor y la esperanza!

IV

LA MULTITUD

Al eco de esa voz, la muchedumbre,
como dormido mar que el viento azota,
se estremeció en la inmensidad ignota,
surgiendo de su antigua pesadumbre.

Tras siglos de cobarde incertidumbre,
libre el alma y el ídolo en derrota,
iba a salvar esa barrera rota
como el turbión que baja de la cumbre...

La multitud, absorta en sus visiones,
sentía palpar los corazones
en el tumulto de una fiebre extraña;

y resonaba el verbo del profeta
sobre la vasta muchedumbre inquieta,
como un nuevo Sermón de la Montaña!

PALABRAS DE ESPERANZA

I

EL DESTINO

Cayó... vencido o triunfador—¡quién sabe!—
sangrante el corazón, el pecho herido,
lanzando, en el silencio de las noches,
el grito vengador de su martirio;
y el alma llena
de algo infinito,
se estremeció como la mar amarga
que hace temblar la luna en el abismo.

¡Era el Hombre otra vez! Huellas de sangre
dejaba entre las zarzas del camino;
el lúgubre clamor de sus dolores
resonaba en los hondos precipicios;
mientras forjada
por sus delirios,
pasaba en los monstruosos nubarrones
cabalgando la Muerte hacia el vacío...

¡Era el Hombre otra vez! Genio grandioso
que iba a morir al Gólgota, si Cristo,
y al Cáucaso a triunfar, si Prometeo;
pugnando en el silencio de los siglos,
desde esas cumbres
del sacrificio,
por descubrir entre la sombra inmensa
la misteriosa ruta del Destino!

II

EL PLACER

Venus, ceñida, sobre el mar en calma,
por la fibia caricia de las ondas:
así surgiste sobre el mar del alma...

¡Oh! bajo el nimbo de tus hebras blondas
te alzaste en ese mar como un ensueño,
efloración de lis sobre las ondas.

La noche se esfumaba como un sueño
de sombra en el ocaso, y en los mares,
el alba iluminaba aquel ensueño...

Amarrado el peñón de sus pesares
te vió el Hombre surgir, nueva esperanza,
de la fecunda entraña de los mares.

Después... cayó la tarde en lontananza
poblada de penumbras silenciosas,
como el espectro ideal de una esperanza.

Al paso de las horas misteriosas,
tu silueta perdióse entre la bruma
poblada de penumbras silenciosas;

y a través de las olas y la espuma,
de sus ensueños visionario errante,
se internó en el misterio de la bruma.

Arrobado en tu cántico distante,
sirena de los mares de la vida,
bogó... bogó sobre la mar errante;

y allá, sobre la playa en que se olvida
la Muerte y el Dolor, en tu regazo,
le ofreció los deleites de la vida
la pagana serpiente de tu abrazo!

III

LA MUERTE

Desgarrados los pies, mustio el semblante,
rodó por tierra el viejo peregrino,
sin fuerzas ya para el ideal distante...

Maldicente del mundo y el destino,
ya la gloria, el amor y la fortuna
formaban un miraje vespertino,

tenue cual vaga claridad de luna,
y fugaz, en los cambios de la suerte,
como la brisa que meció su cuna.

Sólo la eterna paz, la tumba inerte,
su labio exangüe en el dolor, pedía;
porque ansiaba, en el seno de la Muerte,

reclinar la cabeza que otro día,
ebria de luz, de genio y de esperanza
tentó en su prometeana epifanía:

vivir, luchar, vencer!... Y como avanza,
desde el callado fondo de lo arcano
la noche en solitaria lontananza,

la muerte así, bajo el conjuro humano
de aquella voz, de entre la sima oscura
surgió, y habló al espíritu lejano:

—¡Ah; no busquéis en mística locura,
ni paz, ni olvido en mí, porque en mi entraña
llevo ignorada la creación futura.

Bajo el misterio de una fuerza extraña,
tal como lleva en cuerpo de granito
sus vísceras de fuego una montaña...

Todo vive a través de lo infinito;
y en esta lucha de creación sin calma,
Dios elabora en mi crisol bendito:

el átomo, la célula y el alma!

IV

EL ESCEPTICISMO

La noche que enluta el cielo;
la tempestad que lo agita;
la furia que precipita,
contra las rocas, el mar;
la bruma que el éter llena
con sus colores de hastío;
el aislamiento sombrío
de algún peñasco polar;

la fristeza del crepúsculo
sobre un ocaso de invierno;
el hálito frío y tierno
que ha marchitado una flor;
la desnudez de las selvas
sin ramazón y sin nidos;
los árboles abatidos
por el viento asolador:

tal es la visión siniestra
que ofrece el escepticismo:
a nuestros pies el abismo,
la nada en el porvenir.
¡Sombra y dolor! Mar sin fondo
que muda borrasca azota,
donde el Hombre se hunde o flota,
como un náufrago al morir...

Almas: buscad el ensueño
que es esperanza y victoria;
en él se forja la gloria
y en él se temple la fe;
él es en la dura vida
rayo de luz en la niebla,
de astro que en honda tiniebla,
rasgar la noche se ve!

A TRAVES DE LA SELVA

I

LA SELVA

Selva del Alma—lóbrego camino
donde el poema eterno se renueva
sobre l'áspera senda del destino!

Senda tortuosa do el Ideal nos lleva,
y do el Ideal se aleja hacia el acaso,
burlando al sueño que a su luz se eleva,
como el labio de Tántala su vaso...

Selva en que, al fin, se ve sobre el ocaso
llegar la blanca sombra de Virgilio—
y sobre la ardua huella de su paso
vamos buscando, tras su grande auxilio,

la eterna ciencia en el dolor eterno,
hasta salvar, en el amargo exilio,
los pórticos lejanos del Infierno!

II

LAS HACHAS

¡Hachas, cantad! ¡Es la hora del crepúsculo!
Rompa mi golpe recio las marañas,
hinche la sangre del esfuerzo el músculo!

Aún la selva está virgen: sus entrañas
dan a las fieras el cubil salvaje,
y entretejen fatídicas arañas
mezquina red en el hostil follaje.

Ya es hora, al fin, que el entusiasmo cuaje,
que el sol fulgure en la desnuda arista,
y que entremos abriendo en el ramaje
surcos de luz, hacia una luz no vista.

Y si la Selva nuestra marcha cierra,
caiga en las luchas de esta gran conquista
nuestro sudor a fecundar la Tierra!

III

LOS ARBOLES

Hay árboles sagrados cuya gloria
no ha arrancado a las selvas seculares
la vorágine eterna de la historia.

Sobre la tempestad de los pesares,
surge su frente en el confín incierto,
como el mástil en medio de los mares,
y la palma triunfal en el desierto.

Por eso cuando quede el surco abierto,
donde hoy la selva agreste se levanta,
veréis sus copas sobre el polvo yerto;
y más alta que todas, sacrosanta,

la Cruz, como un peñón en la marea,
el Arbol del Dolor, a cuya planta
la sangre de los mártires gotea

IV

EL LAUREL

¡Selva del Porvenir! Tu palma fuerte
ya no coronará de gloria al Crimen,
ni premiará los triunfos de la Muerte!

Los que hoy heridos de ignominia gimen
se alzarán formidables redentores,
cuando florezca en triunfos que redimen
la actual germinación de sus dolores...

Orto de paz, en explosión de amores,
bañará de los pueblos la grandeza,
vasto mar coronado de fulgores;
y entonces el Trabajo y la Belleza,

sobre el gran regocijo de las almas,
surgirán, ostentando en la cabeza,
la simbólica gloria de tus palmas,

ANTE EL MAR

INTERMEZZO

A mi madre.

El mar enorme yace como un león dormido...
De la tiniebla densa que surge del confín,
el viento llega, y sopla sobre aquel mar tendido,
mesando suavemente su formidable crin...

La nave de un viajero partió en la mar errante
rasgando de las nieblas el vagaroso tul;
y el alma entristecida de la mujer amante,
vió hundirse aquella nave tras el confín azul.

La playa donde fueron dos tristes visionarios,
dos visionarios locos del sueño del amor,
se extiende ante los claros fulgores estelarios,
junto a la mar sombría que eleva un gran rumor,

Bajo la noche augusta, la onda azul palpita
y va a morir deshecha sobre la playa gris,
donde como una extraña sonámbula transita
la que partir le viera para un lejano país.

Esa es la tierra hermosa donde soñaron tanto
con el placer futuro, para llorar después;
y donde hoy vaga sola, como un espectro santo,
mientras la mar enorme solloza ante sus pies.

Los astros brillantan con su fulgor de plata
la arena movediza donde solloza el mar,
y el plan del oceano que hacia el confín dilata
la torva faz que ondulan los vientos al pasar.

Y la Heroína llora sobre la blanca arena,
donde la luna vierte su pálido fulgor,
donde el placer cantara su canto de sirena,
en la primera aurora del sueño y del amor...

Hoy, lejos de aquel día, por su memoria cruza
del amor y del sueño la pálida visión;
y agita desolada su frente de Medusa,
con el supremo espasmo de la última ilusión,

Ella interroga, entonces, las sombras misteriosas,
pregunta a la secreta palabra de las cosas,
escruta los enigmas que le hablan de su amor:
ella comprende el vago sollozo de la playa,
cuando la mar, doliente, bajo sus pies desmaya...
y sabe de los astros la cifra del dolor.

(Pasa la estrella amiga de los lejanos días,
donde cree ver mensajes de tristes lejanías...)

LA HEROÍNA

—Estrella que el secreto de mis nostalgias sabes,
tú que en las ondas sigues el rumbo de las naves,
dí si a la suya viste sobre el undante mar;
si era bravía la onda que su bajel surcaba;
y si era rudo el soplo que su ancha vela inflaba,
llevándole al peñasco sombrío del pesar...

LA ESTRELLA

—Señora: Fuí testigo de tu pasión bendita;
yo le miré en tus brazos la noche de la cita,
por un claro que abrían las folias del jardín;
¿Recuerdas?...

(Y una lágrima surcó su rostro escuálido
que iluminó la luna con un destello pálido,

surgiendo de una nube sombría del confín.)
—¿Recuerdas?... Me invocabais como testigo eterno...
Ninguno presentía las brumas del invierno...
Y aquella tarde triste la nave se alejó.
Después no he vuelto a verla; viró hacia la Isla pobre
de las Nostalgias, donde quizá la mar salobre
bajo su inmensa tumba la nave sepultó...

Y como un astro muerto, la Estrella peregrina
se hundió en el horizonte. La pálida Heroína
volvió la frente al cielo para increpar a Dios:
y ante la noche, enigma de muerte y de esperanza,
sintió, al mirar desierta la muda lontananza,
que en su alma resurgían los ecos del “adiós”...

(Del mar abierto llega, del rumbo de las brumas,
una gran fila de ondas con un crestón de espumas.)

LA HEROÍNA

—Y pues llegáis, vosotras, desde la mar lejana,
y sabéis el misterio de aquella sombra arcana
donde el peñasco se alza batido por los vientos,
decid si le habéis visto sobre la abrupta roca,
decidme si en su triste desolación me invoca
dando a la brisa errante suspiros y lamentos...

CORO DE LAS ONDAS

—Señora: Sobre el tumbo de otras olas ya muertas
bogó la nave errante... Las márgenes desiertas,
adonde le llevaban los vientos del destino,
son torvas como es torva la costa escandinava:
la mar del mundo azota sus fiords allá más brava,
y espesas nieblas cubren su cielo azul marino.
Pero nosotras, Alma, no somos de esos mares,
no conocemos la isla fatal de los pesares,
y son otras corrientes las que nos traen aquí;
nunca hemos visto el filo de aquel peñón deforme,
que surge de las aguas como un cetáceo enorme...
Y así nada traemos, señora, para ti...

Las últimas palabras, como un sollozo ahogado
se oyeron, al romperse las ondas a sus pies;
se estremeció de pena su corazón helado...
y hubo un silencio augusto sobre la mar después.
Y enmudeció la noche. Sobre el vasto oceano
callaron las mareas; en el confin lejano
las nubes emergían en taciturno vuelo,
nublando la infinita diafanidad del cielo;
descendía la noche sobre el mar; las estrellas
trazaban sobre el borde de las nubes sus huellas,
y aquellas nubes iban como informes dragones
lanzados a la frente de las constelaciones,
apagando los astros, invadiendo los mares,

cual si el viento espoleara sus desnudos ijares.
A ratos, encendidos como ascuas, los meteoros
rodaban al misterio de los mares sonoros,
estrellas arrojadas a esos grandes abismos
por quién sabe qué absurdos remotos cataclismos.
La Heroína estaba sola bajo la noche inmensa;
y su alma, en la nostalgia del pasado suspensa,
era como un abismo de dolor y de olvido,
donde su pensamiento se asomaba atraído
por el vértigo oscuro del recuerdo que hundiera,
bajo el dolor, los sueños de la última quimera...
Y el pensamiento, al borde del insondable abismo
del Alma, absorto, mudo, dudando de sí mismo,
sintió que confundían bajo un mismo hemisferio,
el Cielo, el Mar y el Alma, su terrible misterio!
Misterio formidable de esperanza y de muerte:
luz y tiniebla el Cielo; canto y silencio el Mar;
y el Alma, fuente inmensa que ante la vida vierte
manantiales de gloria, de amor y de pesar...

(Y absorta, desolada, del mar en la ribera,
la Heroína evocaba su lejana quimera.)

LA HEROÍNA

—El dolor... las tristezas... es lo que al Alma queda
El cisne da su cántico, y agoniza después...
Entre la sombra el mundo lúgubrementemente rueda;
y en las tinieblas yace la mar junto a mis pies,

¡Oh, sueños!, si volvierais... En la embriagante orgía,
vosotros me ofrecisteis el néctar del amor;
mas hoy vierte en mis labios la cratera vacía
tras el licor bebido las heces del dolor.

Quimeras... Esperanzas... Amor... ¡Ya nada existe!
Visiones que inundaban la vida con su luz...
Hoy la nostalgia cae sobre mi frente triste,
como en las blancas lápidas la sombra de un saúz.

(Entonces, como un eco de aquel largo lamento,
se oyó una voz lejana que se perdió en el viento.)

VOZ LEJANA

—Todo pasó. Tu nombre, tu corazón herido,
rodaron a la tumba sin fondo del olvido,
donde el tiempo sepulta la dicha y el pesar;
tu amor es un cadáver dormido en esa tumba;
su mensaje te llevan mis voces de ultratumba...

Y se extendió un profundo silencio sobre el mar.

VISIONES EN LA SOMBRA

I

EL HOMBRE

Secreta voz al porvenir le lleva,
y a impulsos de su anhelo soberano,
buscando luz para el dolor humano,
hacia la luz el pensamiento eleva.

Hoy, visionario del ideal, renueva
su excelsa marcha al porvenir lejano,
presintiendo en la noche de lo arcano
la augusta gloria de una vida nueva.

Eterno peregrino del futuro,
navegará hacia el porvenir oscuro,
preñado de quimeras redentoras,

viendo, tras de los piélagos profundos,
surgir del Occidente nuevos mundos,
y del Oriente azul, nuevas auroras!

II

LA REBELION

Ola que salta el muro que la oprime,
fuego que rompe en cráter la montaña,
luz que la sombra de los mundos baña,
grito en que estalla un corazón sublime,

eso es la Rebelión; lo que redime
y eleva hasta el palacio la cabaña;
lo que del mundo en la fecunda entraña,
nuevos impulsos al progreso imprime.

¡Eso es la Rebelión! Hija de ensueños,
de pie sobre la Patmos de los sueños,
se yergue ante la noche apocalíptica;

y su verbo, rompiendo viejas calmas,
atraviesa la noche de las almas
como un astro escapado de la eclíptica!

III

LA ESPERANZA

Es la voz interior que nos levanta
cuando la frente en el dolor se abate,
y en los recios tumultos del combate,
es el clarín que la victoria canta.

Y aunque las zarzas hieran nuestra planta,
el pecho lleno de entusiasmos late,
cobrando alientos para el nuevo embate,
de los ideales en la lucha santa.

El Hombre, en esos grandes episodios,
se vergue ante el dolor o la canalla;
y al golpe siempre recio de los odios,

resuenan sus invictas esperanzas,
como deben vibrar en la batalla
los escudos al choque de las lanzas.

IV

EL GENIO

Hecho de rebelión y de esperanza,
es astro y es montaña a un tiempo mismo:
astro que vierte luz en el abismo,
cumbre que el sueño de la luz alcanza;

nuevo Sansón del porvenir que avanza,
grande si le sublima el ostracismo,
soberbio si le exalta el heroísmo,
terrible si le empuja la venganza.

Ruge en su derredor la muchedumbre,
como una tempestad sobre una cumbre;
mas de los siglos para nuevo ejemplo,

vence a los filisteos de la historia,
y se levanta del derruido templo,
la póstuma apoteosis de la gloria!

ESPIRITUS EN MARCHA

I

HUGO

Vedle: de pie ante el mar, la noche escruta
suspense en la visión de las estrellas,
cual si aspirase a descifrar la ruta
del porvenir, en sus radiantes huellas...
Rebelde y soñador, el ostracismo
dió titánico acento a sus querellas,
y resonó en su voz, a un tiempo mismo,
la acorde sinfonía de los mares
y el rumor proceloso del abismo!
Proscrito y lejos de los patrios lares,
nunca vibró en sus labios el lamento;
que, enhiesto en el peñón de sus pesares,
la altiva increpación o el rudo acento
lanzó, entre el firmamento y el oceano,
su alma a la vez oceano y firmamento...
Tal le inspiró ese numen soberano,
cuando cantar la libertad le plugo,
desafiando las iras del tirano.

Jamás rendido al oprobioso yugo,
fuvo para los muertos la plegaria
y el apóstrofe audaz para el verdugo!
Allá, sobre la roca centenaria,
lejos ya del horror de la contienda,
se abismó su pupila visionaria,
viendo pasar en la ignorada senda,
sobre las perspectivas de la Historia,
la visión secular de la Leyenda...
Y cuando Francia, víctima expiatoria
de ajeno crimen, entregó sus muertos
al águila imperial de la victoria;
cuando surgió de los despojos yertos
como voraz incendio la Comuna
que llenaba los ámbitos abiertos,
volvió a pisar la tierra de su cuna,
dominando el clamor de la venganza,
para enseñar al Pueblo en la tribuna
la suprema visión de la esperanza!

II

ZOLA

¡Este murió de pie! Sobre el escudo
rodó su cuerpo en actitud serena,
como caía en la sangrienta arena
del circo antiguo, el luchador desnudo:
y un día el resplandor de la alborada
iluminó, en la sombra desolante,
el cadáver de este Hércules pujante,
muerto en la hora postrer de la jornada!
No fué su última voz un ay profundo,
ni un execrable grito de venganza,
sino un soberbio canto de esperanza
que hizo en la noche estremecerse el mundo.
En el combate, su palabra ungida
por Dios, engrandeció los corazones;
la vida fué el crisol de sus creaciones,
y en ellas puso el ritmo de la vida.
Hombre y poeta, fué como la palma:
lira y sombra a la vera del camino;
y alzó a los cuatro vientos del destino
la excelsitud gloriosa de su alma.

Y si una vez, soberbio en la derrota,
llegó a su frente el eco de la injuria,
fué el adusto peñón ante la furia
de la onda amarga que al peñón azota...
Cierto que el brazo del creador potente
batió el infecto limo del pantano;
pero un rayo de luz, puro y lejano,
puso en el fango el iris reluciente.
El traspuso la noche en ese Infierno
de la miseria, del dolor y el crimen:
en medio de los miseros que gimen,
fué el Dante del espíritu moderno.
Y como surgen de la cripta oscura
las alas de la errante mariposa,
surgió de aquella sima pavorosa
la gran visión de la Ciudad futura;
visión que de su siglo en el proscenio,
subió de las dolientes muchedumbres,
y a ellas volvió de las serenas cumbres,
en la árdua metempsícosis del genio!

III

CASTELAR

Del universo en la insondable esfera,
todo se pierde en la tiniebla oscura;
hasta el sol, apoteosis de una hoguera,
y el bloque secular que de la altura
se despeña al abismo, en la ladera.
Tú también, Castelar, así has caído,
como el sol que se extingue en el ocaso,
o con el hondo y majestuoso ruido
del bloque secular, tras cuyo paso
queda el silencio del fragor perdido...
Como linfa de tímidos rumores
y paso lento, no nació tu fama:
se encauzó cual raudal, y puras flores
desprendieron sus pétalos de llama
de la aurora del triunfo a los fulgores.
Y cual la tromba que en la mar bravía
surge de la onda y se levanta al cielo,
así tu voz grandiosa que tenía
sones y luz, en majestuoso vuelo,
se alzó de la onda popular un día.

¡Cuántas veces el eco de tu acento
movió a la muchedumbre electrizada,
como a las olas de la mar el viento,
vibrando la pasión en tu mirada,
y el genio en tu inspirado pensamiento!
Temible como Júpiter tonante,
fué tu Olimpo esa turba; el rayo, tu ira;
y el águila, tu verbo fulgurante;
Mensajero del Pueblo: de tu lira
se alzó ante el alba la canción triunfante!...
Duerme en paz, elegido de la gloria;
fué para el pueblo tu oración ferviente,
lo mismo en el revés que en la victoria;
y, envuelta en una luz resplandeciente,
perpetuará tu nombre su memoria!

IV

SARMIENTO

Alma de alud, bajó de una montaña.
Buscaba a su ideal nuevo proscenio,
y abrióse paso entre la hostil maraña
con la pujanza heroica de su genio...

Un día, en el silencio de las cumbres,
dondo forjó su espíritu atrevido
sus más bellos y límpidos vislumbres,
el viento silbador llevó a su oído
rumor de muchedumbres.
No era el sonoro mar, cuando revienta
frente a la playa, en ímpetus divinos,
ni bandada de cóndores andinos,
graznando en el horror de una tormenta;
no era, tampoco, esos agudos sonos
que repitieron en los tiempos grandes,
al paso de titánicas legiones,
los mudos principios de los Andes...
Aquel rumor fatídico venía
del fondo de los campos desolados.
Grito de turbas, ayes de agonía,

galope de corceles desbocados,
ruido de fragorosos guardamontes,
en un solo clamor entremezclados,
a través de los vastos horizontes,
formaban, en la ráfaga pampera,
la voz de la nativa montonera!
Y ella le dió ese diapasón rotundo
en que templara el verbo prometeano,
cuando su genio agreste y soberano
quiso cantar la vida de Facundo;
o cuando ya ante el porvenir abierto,
su palabra, vibrante de virtudes,
quiso anegar de luz las multitudes
en medio de las sombras del desierto...

Alma de apóstol, su ideal ferviente
que iluminara a todo un continente,
marcó a su pueblo rutas de victoria;
por eso triunfa su figura homérica,
saludada por cánticos de gloria,
sobre los pueblos vírgenes de América!

LA EDAD MEDIA

I

LA EVOCACION

El Arte es Dios.—Su verbo omnipotente
reanima con su aliento cuanto inspira,
y es música en las cuerdas de la lira,
y estrofa en las visiones de la mente.

Su verbo es en el alma del vidente
fiat de luz en que el vidente mira
surgir, como del sueño en que delira,
la grandiosa ilusión ante su frente...

Por eso hoy puede aprisionar el verso
las ondas de ese cántico disperso
donde vibra la voz de la Edad Media,

evocada en sus guerras y sus lances,
en el canto de amor de sus romances,
y en el grito de horror de su tragedia.

II

EL CRUZADO

Tras de la Cruz (fantasma solitario
para un abrazo gigantesco abierto)
surgió la Media luna en el desierto,
dominando las cumbres del Calvario.

Y Pedro el Eremita, el visionario,
se alzó en la tumba del Apóstol muerto,
conjurando la fe del mundo yerto
para salvar al árbol legendario...

Y el Cruzado partió:—“¡Dios lo quería!”
Calzada su panoplia, la Antioquía
regó con roja sangre musulmana,

reanimando la fe de su camino:
en la enmohecida lanza de Longino,
o en la visión de la Ciudad lejana...

III

EL TROVADOR

Edad de las gallardas aventuras,
fuerte en la guerra, y en los odios fiera,
al ver tu cuerpo rudo, quién dijera
que tu alma, hecha de ensueños y ternuras,

alondra fué en las noche más oscuras,
o mariposa de alas de quimera,
que rompió bajo un sol de primavera
la cripta de tus negras armaduras.

Tu espíritu inmortal fué la alegría
de las Cortes de Amor, que presidía
la noble dama entre fastuosos brillos,

y él inspiraba la canción galante
que diera al aire el Trovador errante,
bajo el arco ojival de tus castillos

IV

EL MONJE

Algo de las tristezas invernales
cayó sobre el espíritu latino,
tan grande en el Cruzado y el divino
Trovador de las cortes provenzales:

el Monje, que en los claustros funerales
atizara la hoguera ante el destino,
pasó como un espectro en el camino
dantesco de las noches conventuales...

En el labio del Monje taciturno
aleteó como un pájaro nocturno
la oración de su místico delirio,

y de la hoguera vuelta al firmamento,
subió como un satánico lamento
la oración pavorosa del martirio!

EN POS DE LA QUIMERA

I

AL PARTIR

Y el poeta cantó: —La racha fría
que la amplia vela de mi nave azota,
me lleva rumbo hacia la tierra ignota
que en sueños vislumbró la fantasía.

Rudo es el mar donde la nave mía
sobre el embate de las almas flota;
pero a su paso por la vida brota
una estela de ensueño y de armonía..

Voy a partir en pos de la Quimera;
la noche extenderá su cabellera
sobre el misterio de las playas solas;

y en mis hondos arrobos de poeta,
bajo el silencio de la noche quieta,
cantaré con el ritmo de las olas.

II

RONDO MARINO

A través de las ondas va la barquilla,
sobre el lúgubre abismo de los pesares;
y, a la racha que sopla sobre los mares,
una indecisa estela deja la quilla.

En el plan de las aguas la luna brilla,
cual la pálida efigie de los pesares,
y su luz ilumina sobre los mares
la estela que en su fuga deja la quilla.

Peregrino doliente de aquellos mares,
el poeta ve el astro que triste brilla,
y a la luz que difunden sus luminares,
canta al sueño en la borda de la barquilla,
sobre el lúgubre abismo de los pesares.

III

ALBA LEJANA

Iba la nave errante sobre el oceano,
surgiendo lentamente de las tinieblas,
cuando en el horizonte rasgó las nieblas
no sé qué misterioso fulgor lejano.

Claridad que llegaba desde lo arcano,
para hender el fantasma de las tinieblas,
cuya sombra se hundía tras de las nieblas,
en la tumba infinita del oceano...

Y el viajero cantaba. Desde lo arcano,
las luces, vencedoras de las tinieblas,
bañaban las riberas de un mar lejano,
y, a su luz, él miraba, como entre nieblas,
la Thule del Ensueño sobre el oceano.

IV

LA QUIMERA

Y el poeta venció. La tierra ignota
que en sueños vislumbró la fantasía,
bella y triunfal ante la luz del día,
surgió del mar en que su nave flota,

Era la tierra do el ensueño brota.
todo amor, esperanza y armonía;
la playa en que del mar la racha fría
ya a la amplia vela del bajel no azota.

En esa tierra mora la Quimera,
hecha de sol la rubia cabellera;
es la que pasa por las almas solas

como la luna por el agua quieta;
y ella es la inspiradora del poeta,
Byron eterno de las rudas olas.

LA LUZ ETERNA

I

REDENCION

Sobre la margen lúgubre que la borrasca agita,
el horno de las fábricas de roja luz clarea,
y su penacho esparce la adusta chimenea
sobre la inmóvil sombra de la Ciudad maldita.

Vorágine de muerte las ondas precipita;
sobre el enorme piélago se encrespa la marea;
la sombra toda pueblan rumores de pelea;
y cuando el viento calla, la onda salvaje grita.

¡Noche de horror! En lo alto, siniestros nubarrones,
y abajo, en las tinieblas, dolientes maldiciones,
que el golpe de las ráfagas en el espacio trunca.

—¡Despierta, Nube, al rayo!—clama una voz.— Espera,
vendrá la aurora. —¿Cuándo?—dice la voz.— Y artera,
otra voz le responde de las tinieblas: —¡Nunca!

II

LUZBEL

Alzado por el ala de un raro arrobamiento
hasta una cumbre excelsa que besa lo infinito,
miré pasar la sombra del biblico proscrito,
que hendía con sus alas de horror el firmamento.

Clamores estridentes de un lóbrego lamento
vibraban en los labios de aquel titán maldito,
que daba al aire errante su pavoroso grito,
cruzando las finieblas sobre el clamor del viento.

Le ví agitar sus alas sobre el enorme piélago—
y aquel enorme piélago de sombras era el mundo;
rasgáronme sus alas hirsutas de murciélago

con los filosos garfios de sus desnudas moharras,
y descendió al Abismo, diabólico errabundo,
con un jirón de carne bajo sus corvas garras.

III

REVELACION

Calló la tempestuosa palabra de los mares,
y erguido en la ribera que azota la onda inquieta,
el Genio, peregrino de una ansiedad secreta,
vió allá lejos la negra visión de sus pesares.

El último relámpago, con claros luminares,
bañó en su luz de fuego su frente de profeta,
y empurpuró las cumbres de una montaña escueta,
como en los holocaustos la sangre a los altares.

Hendióse el denso velo de una siniestra nube,
tal si la hubieran roto las alas de un querube;
y cual los fieros genios de la leyenda hebrea,

descubrió a la distancia las rutas de la historia,
donde los pueblos iban en busca de la gloria,
sin calma y rumorosos como una gran marea.

IV

EXCELSIOR

Desde la cumbre: Abajo, nuestra pupila, en vano,
quiere rasgar la sombra del báratro profundo,
y en vano, arriba, quiere, sobre el dolor del mundo,
robar a las estrellas la cifra del arcano.

¿La causa? ¿El fin?—¡Quién sabe!—Misterio soberano
que no dirá en sus voces el viento gemebundo,
ni alumbrarán los rayos del astro vagabundo
sobre las inquietudes del pensamiento humano.

¡Pero no importa! El águila sobre las cumbres mora;
ella es la desposada sublime de la aurora;
como ella el alma debe reconquistar la altura,

y ser, sobre sus cumbres, amor, esfuerzo, gloria,
presagio en la esperanza, clarín en la victoria,
coronándose de astros bajo la noche oscura.

HACIA LAS PAMPAS

I

EN MARCHA

Sobre el pálido horizonte
del crepúsculo que asoma,
como un vago ensueño el alba se difunde sobre el mar,
y la noche, toda llena
de astros muertos y de sombras,
se difuma en la tristeza de la luz crepuscular.

Más allá del linde agosto
de la noche agonizante,
la amplia vela se destaca sobre el agua rosa-te;
dulces músicas lejanas
pone el viento en el cordaje,
y una gran bandada de aves sobre el fondo azul se ve,

Sueña un hombre en la cubierta
de la nave peregrina,
presintiendo los tesoros que le ofrece el porvenir;
y en el fondo misterioso
de las puras lejanías,
ve las márgenes soñadas de no sé qué vaga Ophir...

Va la nave... Lleva rumbo
de la playa luminosa
que a lo lejos resplandece como pálido arrebol.
El sol dora las espumas
en la cresta de las ondas;
y las ondas, desgarradas, resplandecen bajo el sol.

II

EL OCEANO

Las ondas van...
Hay cadencias
de lejanas barcarolas
en el ritmo de las olas...

Y mezclados al rumor de los oleajes,
en la lengua de las trágicas mareas
vibran cánticos salvajes!

El viajero absorto escucha
de los mares la rotunda sinfonía:
voz de muerte, son de lucha.

Piensa acaso en la Ciudad de sus dolores,
cuyos lúgubres lamentos
lleva el eco rumoroso de los vientos...

Piensa acaso en la Ciudad de sus ensueños,
cuyas cúpulas lejanas
resplandecen en las plácidas mañanas
a la luz de los crepúsculos risueños.

¡Oh, ese linde solitario
del país de la Quimera!
Cuando el Hombre, el visionario,
va, sonámbulo perpetuo de sus sueños de Victoria,
a amarrar a otra ribera
los bajeles de su gloria!

III

LA CONQUISTA

Onda azul. Como al azar,
boga hacia el puerto la nave,
y con ritmo sordo y grave,
se hunde la hélice en el mar;

y el viajero ve surgir
de entre las ondas del Plata,
la tierra fecunda y grata
que le ofreció el porvenir.

Oh, la Pampa, gran crisol
como la entraña de una hembra,
donde el grano de la siembra
germinará bajo el sol...

Frente a ella, tierra feraz
que se extiende ante su vista,
piensa en la noble conquista
su alma valiente y audaz;

y sueña que ante sus pies,
en las fecundas campiñas,
le darán zumo las viñas
o espigas de oro la mies;

y que el techo protector
cobijará, parva amiga,
los hijos, dorada espiga.
de sus cosechas de amor!

IV

ANTE LA CIUDAD

Firme y desnuda muralla
detiene en su paso al río,
sobre el abismo sombrío
donde impotente batalla;
y al pie de la enhiesta valla

que el flujo del mar domina,
florece entre las olas
copos de espuma argentina,
que fingen níveas corolas
en conchas de agua ambarina.

El sol de la tarde dora
todo el crepúsculo incierto,
y baña en su luz de aurora
la ciudad conquistadora
de los mares y el desierto...

Buenos Aires!—Y la nave
recoge la inflada vela;
ya la brisa, como un ave,
hacia otras márgenes vuela;
un son cadencioso y grave

se eleva en la voz del agua;
hay resplandores de fragua
sobre el ocaso que arde:
y va en las voces del agua
la plegaria de la tarde...

EL NUEVO MUNDO

I

EL MAR

¡Oh, Mar!, en torno de tus playas suena
la estupenda palabra del abismo...
un lejano rumor de cataclismo
la gran tragedia de tus noches llena.

El eco de tus vórtices resuena
con fragores de lucha y de heroísmo;
y el símbolo del pueblo eres tú mismo,
en la ira que muerde una cadena.

Pero surges, ¡oh, Mar!, aún más soberbio
que en tu ira, tus cantos y tu nervio,
si la alborada tus oleajes dora,

porque, entonces, las ondas que sacudes
semejant redimidas multitudes
que saludan las glorias de la aurora!

II

LAS NAVES

Se infló en el mar el vientre de las velas
preñadas por un viento de esperanza;
y, el rumbo hacia la incierta lontananza,
partieron las audaces carabelas...

El alba, entre la gloria de sus telas,
insinuaba presagios de bonanza,
pero la mar, rugiente de venganza,
lanzó ante aquellas naves sus procelas.

Bogaron... y escrutaba en la cubierta
la inmensidad el que en la mar desierta
fuera un loco genial para la historia;

hasta que, al fin, entre celajes rojos,
la nueva tierra apareció a sus ojos,
bella promesa de futura gloria.

III

LA LIBERTAD

Todo, América, obliga en tus cabañas
a amar la Libertad: el sol que brilla
sobre las puras mieses de la trilla,
que arrancara el labriego a tus entrañas;

el pampero que sopla en tus campañas,
llevando hacia los surcos la semilla;
el mar que brama en tu grandiosa orilla;
el cóndor de tus épicas montañas...

Y si ella fecundó tus soledades,
no la quieras matar en tus ciudades,
hoy que resurge en la eclosión plebeya,

pues cuando ella reinó en tu campo abierto,
hizo con los centauros del desierto
la gesta sin igual de tu epopeya!

IV

EL IDEAL

Hombre del porvenir: la furba necia
no cambiará tus rumbos en la historia:
surge y fecunda hasta la misma escoria;
álzate y vence en la contienda recia;

lucha y conquista, donde el mal arrecia,
si cuerpo, en Salamina la victoria,
y si alma, en los certámenes la gloria,
como el excelso trágico de Grecia.

Pueblo de porvenir, allá en la altura
se ostenta y brilla la creación más pura,
y es luz, o cumbre, o libertad, o nube;

En ella el triunfo del ideal se cuaja,
y es nube de Moisés que de ella baja,
o escala de Jacob que hacia ella sube!

TRIUNFO DEL ENSUEÑO

EPÍLOGO

A mi hermano Julio.

Negro ataúd de Ilusiones,
el desengaño, en la vida,
guarda la sombra suicida
de las grandes decepciones;
de las sublimes visiones
que hablaron de la quimera,
en la penumbra hechicera
de las florestas lejanas,
bajo esas claras mañanas
que tiene la primavera.

Voz que deja en el Ensueño
fecundación de esperanzas;
brisa de tibias bonanzas
sobre los mares del sueño;
néctar de un blanco belcño

vertido en la fantasía,
que ebria de luz y armonía,
ve rodar, esplendorosas,
sus creaciones grandiosas
en orbes de poesía.

¡Oh, los Sueños!—si parecen
las olas de un mar sin brumas,
que, en florescencia de espumas,
se verguen, palpitan, crecen,
y que en sus senos ofrecen
los mundos que ellas reflejan,
y, al fin, deshechas se quejan
sobre las márgenes solas,
al son de las barcarolas
que hacia otros rumbos se alejan...

¡Oh, la Ilusión!—mariposa
con tenues alas de aurora,
que a un tiempo mismo colora
de verdenilo y de rosa
la juventud, esa diosa
del ágil remo y del ala,
de la onda glauca y la gala
del éter claro y brillante,
donde hay un astro radiante
que sus jornadas señala.

¡Oh, mariposa que agitas,
entre la luz de las almas,
sobre el verdor de las palmas
tus tenues alas benditas;
y que al fin te precipitas
sobre sus áureos fulgores,
llevando néctar de flores
o pura savia de gemas,
y en ellas tus alas quemas,
soñando glorias y amores!

¡Oh, la Ilusión!—triste nota
de una canción que se apaga;
dulce perfume que vaga
sobre la flor en que brota;
astro que rueda a la ignota
sombra del mar, que semeja
la tumba en que el cielo deja,
bajo sus lívidos rastros,
el cadáver de los astros,
cuando la noche se aleja.

¡Oh, la Ilusión!—gota pura
con transparencias de llanto,
que crea un anhelo santo
para la dicha futura;
gota de agua en que fulgura

la gloria del iris bello
que en su alma pone el destello
de alguna radiante aurora...
Y que después se evapora
bajo ese mismo destello...

¡Sueños que creemos eternos:
sois mariposas; sois ondas;
sois las folias de las frondas,
que arranca a los gajos tiernos
el soplo de los inviernos;
sois iris y flor henchida
de savia al fin extinguida;
sois un celaje de raso;
sois astro que va al ocaso...
y esa es la ley de la vida!

Hay que pagar el tributo
de creyente peregrino,
sobre el altar del destino,
ese murciélago hirsuto;
hay que ofrendar todo el fruto
de nuestra ansiedad más pura,
en la basílica oscura,
hecha de odios, de tristezas,
de infamias y de vilezas,
de envidias y de amarguras!

¡Qué siniestro ritualismo
se oficia en esos altares!
Sus murallas seculares
se asientan en el abismo;
en la noche—que es lo mismo—
se hunden sus torres sombrías;
cadáveres de alegrías
guardan sus húmedas criptas;
y allí las almas proscriptas
elevan sus elegías...

¡Pero no importa! ¿Qué fuera
el corazón sin el Sueño,
la vida sin el Ensueño,
y el alma sin la Quimera?...
La vida, una prisionera
a la materia amarrada;
el corazón, tumba helada
de la Ilusión, hoy triunfante;
y el alma, un espectro errante
de la estepa desolada!

¿Y qué fuera el mundo mismo
sin la Ilusión, si ella adora
los celajes en la aurora
y el iris sobre el abismo;
si ella estrella el ostracismo

del sol en la noche oscura,
y si hasta esa comba pura
del cielo fuera un vacío,
sin ella mudo y sombrío
como la vida futura?

Privarle de la Ilusión
al Hombre sobre la tierra,
fuera llevar a la guerra
la hueste sin un pendón;
y si absorbo en su visión,
arremete hoy su ardimiento
contra molinos de viento,
verá después en lo arcano
surgir el mundo lejano
que forjó su pensamiento...

El Ensueño es lo que inspira
las creaciones más bellas;
su vida trasmigra en ellas,
y él es música en la lira
que gime, canta o suspira;
él es la triunfante diana
que saluda a la mañana;
y del cincel a los toques,
Venus surge de los bloques
por su fuerza soberana.

Es su potencia infinita
lo que fecunda la entraña
del mundo, tierra o montaña
donde la vida palpita;
carbones en que dormita
la luz de los soles muertos;
oasis de los desiertos
que, a través de su miraje,
la caravana salvaje
ve en los confines inciertos...

¡Ave, Ilusión! Tú iluminas
el amor, la fe, la gloria;
la diana de tu victoria
vibra con notas divinas,
y el Universo dominas
con tu espíritu fecundo,
desde el báratro profundo
a la cumbre luminosa,
metempsícosis grandiosa
del alma eterna del mundo!

FIN DEL POEMA «LA VICTORIA DEL HOMBRE»

IMPRESA EL AÑO 1903

III

LA SANGRE DEL SOL

A Joaquín V. González.

Este canto fué leído por su autor, el Día de la Primavera, en la fiesta anual de los estudiantes (1915). La Nación lo publicó al siguiente día con la crónica de la velada y el elogio del poema. Numerosas revistas lo han reeditado posteriormente.

LA SANGRE DEL SOL

¿Qué encrespado fragor sobre el abismo
de los trémulos piélagos atruena,
y como un torvo son de cataclismo
por el lejano ámbito de la noche resuena?...

(Hombre, necesitaras acordarte
de cuando eras un cíclope por las altas montañas,
o tener el supremo don del arte,
para volver a oír sobre la tierra
temblorosa las hondas resonancias hurañas
de los convulsos piélagos en guerra.)

No hay clamor de tormenta,
cuando presa entre duros horizontes,
botando de las nubes a los montes,
en explosión de truenos por el azul revienta;
ni avalancha de nieve,
que por la escarpa baja,
arramblando a la sima en salto breve

la galga que desploma y el árbol que descuaja;
ni bosque secular estremecido
en la bóveda negra de sus desolaciones,
por el recóndito rugido
de los bisontes y de los leones;
que suene como aquellas
montañas de cataclismo,
cuando en estruendo de voces bellas,
se alzaron hacia las estrellas
desde el oceánico abismo!

De lo profundo de las mares rotas
hasta el callado y lúgubre hemisferio
de las constelaciones más remotas,
llevó esa bárbara eclosión de notas
la resonancia hostil de su misterio:
las Pléyades oyeron ese trágico grito
de la Tierra en alumbramiento de cumbres,
y la potente ráfaga que cruzó lo infinito,
pareció que avivara sus genésicas lumbres;
el Pegaso detuvo su galope sonoro
al oír en los aires tan formidable trueno,
y sus cascos, inmóviles en el azul sereno,
lanzaron, al posarse, cuatro chispas de oro,
la Cruz del Sud, poseída de un estupor humano,
abrió sus largos brazos en los cielos inciertos,
duplicando de estrellas el lampo soberano

de su frente en el brillo de sus brazos abiertos;
y hasta las desoladas oscuras nebulosas,
que llevan en su horror larvas de estrellas,
subieron y se hundieron silenciosas
las ondas pavorosas
de aquellas voces trágicas y bellas.

La Montaña traía de las internas fraguas
llama solar sobre su ruda frente,
y a su aborto corrían espantadas las aguas
hacia el Oriente y hacia el Occidente...
Mas nadie en el profundo
ámbito de la noche la montaña veía,

Leviathan de la sima sombría
sobre la faz del mundo,
ni el agitado piélago que en la sombra rugía
Sólo en la cima sola, su volcánica llama
era purpúrea como un gorro frigio,
y era movable como un oriflama
sobre l'áspera frente del prodigio;
cumbres en cuyo torno
cálida era la sombra como el vaho de un horno
pináculo estupendo
de pólvoras y lava;

Niágara de tinieblas y de estruendo
sobre la roca brava.

La vibración divina que aun es mi alma terrena
se despertara entonces
en el seno de su Divinidad oscura y buena,
al sentir aquel trueno de volcánicos bronce
y marinos cristales,
rasgando los eternos silencios siderales...
Era mi ser entonces
sólo una onda, un ruido
de cristales y bronce
por el éter perdido:
los bronce de la tierra,
los cristales del ponto,
rotos en brusca guerra
ante la Eternidad...
Cuando, de pronto,
aquel vago vibrar de onda sonora
se tornó luminoso como la epifanía
lírica de la aurora...

Y es que en el horizonte se levantaba el día.

¡Oh, Sol! Dios y maestro,
Iniciador supremo de la ciencia del día;

numen de la armonía
sideral y del estro
que enciende con su chispa solar el alma mía,—
tú sabes el secreto de mi lejano origen,
tú sabes el destino
de mi alma que las cifras de tu zodiaco rigen,
¡oh, tú, Padre divino,
para quien son hermanas
las auroras celestes y las almas humanas!

La confusa memoria de lo que antes he sido,
vuelve a través del tiempo y a través del olvido,
y a través de la carne de tantos avatares,
y a través de la sombra de carmas seculares,
trayendo a la tristeza de mi alma prisionera
la inefable alegría de mi vida primera...
Su júbilo sagrado vuelve a arder en mi mente,
cuando por los azules pórticos del Oriente,
la mañana aparece coronada de lampos
áureos, en la sencilla belleza de los campos,
o al ustorio reflejo que el agua tornasola,
duplicala en su iris el prisma de la ola...
Y cuando muere el día tras de la mar lejana,
cuando en los predios suena la cándida campana,
cuando la última brasa del crepúsculo arde,
sobre las apagadas cenizas de la tarde,

cuando las hojas secas de los árboles caen,
y las brisas mensajes melancólicos traen
de mundos improbables y de ignorados seres,
cuando a la sombra entonan dolientes misereres
en su coro litúrgico las voces del oceano,
cuando se siente el hondo dolor de ser humano,
prisionero en la carne de carmas seculares,—
entonces como un eco de viejos avatares,
vuelve a través del tiempo y a través del olvido
la confusa memoria de lo que antes se ha sido!

Ser, y no sentir nada,
en el seno infinito de la vida increada;
ignorarse a sí mismo,
como las olas sobre las aguas del abismo;
vivir infuso apenas,
como en la sangre el pulso de las henchidas venas
o como el soberano
pulso de las mareas en el hondo oceano;
ser el ritmo latente
y genésico, el ritmo que en la divina fuente
vibra, y estar en ella,
como en la noche el ritmo de una lejana estrella
aún no vista en el puro
cielo; y estar en ella, misterioso y futuro,
como en las secas ramas,

la púrpura flameante de las futuras llamas:
como en el oro inerte,
de las trompas el canto de la lid y la muerte;
como en la nieve blanca,
la catarata crespas que de su seno arranca;
como en el bloque rudo,
la eurítmica belleza del ícono desnudo;
como en el labio fino,
la música no oída del verso diamantino;
como en el arco tenso,
la saña de la flecha frente al espacio inmenso...
pero saber de pronto,
que entre la fosca noche y la tierra y el ponto,
la vibración oscura
de nuestro ser en onda de luz se transfigura;
sentir, en luz divina,
como el átomo en medio de la luz matutina,
el misterio profundo
de nuestro ser, en medio del misterio del mundo;
existir en el triste
piélago atormentado de todo cuanto existe:—
ser la flecha que libra
la tensa fibra al ámbito y en el espacio vibra;
ser el lírico enlabio
del verso diamantino sobre un abierto labio;
ser en la yerta nieve
la ola derretida que en su cristal se mueve;
ser, al mágico choque,

la estatua que se anima dentro del tosco bloque;
ser en los viejos leños
la llama que despierta de seculares sueños;
ser en la trompa de oro
y de silencio, la onda del cántico sonoro;
ser el alma nacida
de Dios, en el enigma trágico de la vida,
para buscar sus normas
por la azarosa ruta de las terrenas formas,—
tal es el alto origen
que los astros, inmóviles, desde su altura rigen;
esa la luz que debo
al Sol, cuyo recuerdo aún en mi sangre llevo;
ese el advenimiento
de mi espíritu en medio del azul firmamento,—
cuna en que son hermanas
las auroras celestes y las almas humanas!

¡Oh, Sol! Rosa de fuego que hasta el zenit asciendes;
lampo que la apoteosis de las cumbres enciendes,
y de las claras almas; numen de la armonía
sideral, y maestro de la ciencia del día;
por ti en un solo instante
surgieron a la vida de aquel día distante:
la América salvaje, del mar en cataclismo;
la mañana celeste, del tenebroso abismo;
y mi alma luminosa, de tu misterio mismo.

Y a la luz que derramas sobre el combo hemisferio.
comprendí tu misterio,
fuego del ara antigua que aún arde en los volcanes,
pira afizada al soplo de sus mil huracanes,
lumbre donde robaron su antorcha los titanes,
hogar de nuestros héroes y de sus viejos manes.

 Mi Alma desde la altura
de su soledad, suspensa
y ebria de ventura,
vibró en la gloria pura
de la mañana inmensa
que era la luz de Alaya;
y desde esa atalaya
cuyas torres y almenas rayan el firmamento,
como se mira el mar desde una playa,
vió las aguas y el fuego y la tierra y el viento...
Nubes, olas y lumbres,
en tan vasto alborozo
reflejaron mi gozo
solar sobre las cumbres;
y encendido en sus llamas
todo el aire del mundo,
clareó hasta el más profundo
seno de los remotos panoramas.

Y vi en esa áurea luz, Sol de mi vida,
la prodigiosa fuerza de mi antorcha encendida,
fulgurante caudillo
de las claras estrellas de inmarcesible brillo;
buen pastor de las olas
que en espumoso aprisco van a las playas solas;
pontífice preclaro
para el alma nacida con el destino raro
de las cosas eternas;
artífice que elevas con bloques y cavernas
fieras arquitecturas,
de volcánicas islas y montañas oscuras!

Y el Sol me dijo:—“Alma peregrina;
Alma en el rayo de oro de mi luz, tiende el vuelo;
y alada mensajera de la luz matutina
que en el azul culmina,
vuela en un largo anhelo,
hasta la gran Montaña sin fastos y sin nombre,
y elegida del cielo,
reencárnate en la arcilla dolorosa del Hombre.”

Mágica pedrería,
de una belleza única,
decoraba la túnica
rutilante del día;

y en el cristal marino
brillaban, fascinantes,
berilos y diamantes
de un brillo sibilino.
Como junto a las puertas
de algún Edén, las nubes
semejaban querubes
con las alas abiertas;
y era un deshojamiento
de policromas plumas,
su luz, en las espumas
deshechas por el viento...
Sobre la cumbre calva
de la Montaña dura
florecía la pura
rosa de iris del alba;
y ante aquel fuego sumo,
la volcánica hoguera
sólo era una cimera
de silencio y de humo...

En tanto, por el occidente nocturno
descendía, con paso taciturno,
la eterna teoría de las constelaciones;
y Peliones, Centauros, Carros, Pléyades y Osas,
exilaban de lo alto sus tribus luminosas,
como en un éxodo de naciones...

Entre cielos de génesis y mares de diluvio,
lividecían al solar efluvio,
envueltas en sus vagos velos crepusculares,
las mil estrellas seculares
que han visto con sus ojos sibilinos
iniciación de hegiras y destinos;
y las que visten pompa de princesas,
y las que humilde saya de abadesas,
y las que son más rojas que rubies
y las blancas como limpios zequies,
todas en un ocaso claudicante,
con palidez de miedo o de neurosis,
lividecían ante
la maravilla deslumbrante
de la matinal apoteosis.

Y he aquí que yo estaba sobre esa gran Montaña
salvaje, cuya planta mojábase en la huraña
onda del mar, y cuya cima a lo azul se erguía
como una nueva linde de la noche y el día:
Pues mientras por la cuesta rosada del Oriente
la mañana subía como una novia riente,
descendía la noche por la otra cuesta ruda,
con su paso y su manto de lúgubre viuda.

Larga de polo a polo, tan formidable sierra,
era como las vértebras enormes de mi tierra;
y alta de suelo a cielo, esa torre de montes
era como atalaya de los dos horizontes.

Desde ella vi los ríos derramarse en la cuesta,
con su tropel de horda, con su fragor de gesta;
y rodar a la tierra por abismos y rampas,
hasta romper la blanda ribera de mis pampas
y de la mar en donde se eleva el Sol...

La gota

Diáfana que en las cumbres llora la nieve rota
cuando sangra a la herida de los dardos solares,
era como una síntesis divina de los mares
congénereos que al agua de los mares volvía
cual una prisionera redenta por el día;—
gota que aún en la cárcel de la nieve materna,
ya anunciaba en su espejo la gloria de la eterna
luz copiando en su seno, tal como una pupila,
la visión de los cielos, luminosa y tranquila;
gota que al despeñarse multiplicada en olas
por el abrupto cauce de las montañas solas,
domeñaba la fuerza de las rocas más bravas,
postradas como negras y dóciles esclavas,
bajo aquella ligera deidad resplandecier te
que diademaba de oros la espuma del torrente;
gota que a paso raudo salvaba las dehesas,

los taludes, los médanos, las florestas espesas;
y que a su paso hacía verdecer en retoño
los árboles de hierro que desvistió el otoño;
o tendía en la dura leña de sus ramajes
la flotante cortina de las lianas salvajes;
o sembraba en el hondo limo del bosque hidrópico
la pululante vida de las tierras del trópico;
o iba a caer al báratro de los mares más bella:
gotaflor, nievegema, piedraluz, aguaestrella,
con que el marino acervo como una hirviente fragua
transfiguraba al aire meridiano aquella agua
de estrellas y de luces, de gemas y de flores,
en el errátil vaho de diáfanos vapores
que aún por el aire sube,
que en lo azul se revuelve,
que se condesa en nube
y a la montaña vuelve;
quimérica, proteica, fatal, cíclica y loca
divinidad que vuela,
hasta que el blanco páramo de la alta cima toca
y en la nieve—cadáver del agua—se congela...

¡Recóndito misterio de las formas;
fatalidad oscura de los seres;
larvas en el camino de las normas;
nubes que sois o que seréis mujeres:—
Por vuestra agua de amor que hizo de lodos

la carne de los monstruos primordiales,
y que desde los légamos natales
slembra la vida circulando a rodos;
por l'agua santa que en misión materna,
de vuestros senos como gordas ubres,
baja y hace al calor de los octubres
nacer la flor de la semilla eterna;
por el agua invisible que el imperio
de las almas terrenas eslabona,
y en la amada del hombre se corona
de esperanza, de angustia y de misterio;
por vuestra agua que en clara linfa ondula,
clara y segura en su virtud estoica,
regando por mi ser la gota heroica
del glóbulo solar que en mí circula:—
Agua, entrega a mi numen la secreta
cifra, y mi numen sepa lo que sabes,
para que en verbo de hombre y de profeta,
cante su amanecer como las aves;
para que evoque esa visión primera
dorada al Sol de la Montaña enorme,
y anuncie en la rapsodia poliforme
la gloria de mi raza venidera...

Tal digo, y el teogónico milagro
de fuego, tierra y agua se reanima,
y el éter de los siglos se ilumina,

sobre el Andes solar y sobre el agro
natal, aún blanco y húmedo de fresca agua marina.

Rumoroso torrente de agua clara,
que de la cumbre ingente
rompiéndose bajara;
formidable torrente
que envuelto en el misterio de sus brumas,
flanqueó el hostil picacho,
tremolante en la frente
su penacho
de ramayánicas espumas;
linfa amorosa—fuente milagrosa—
torrente bravo—manantial esclavo—
lago apacible—océano terrible—
marina eterna—efímera cisterna—
sed del camino para el peregrino—
agua que ruge y lucha, agua que avanza—
confortador
vaso de horror:
en ti se abreva la pujanza;
agua pura, agua dócil, agua mansa—
oasis, falaz
vaso de paz:
en ti abreva su fuerza la esperanza!
Onda de agua pacífica y sencilla,
que hasta cuando en la ciénaga se estanca,

sabe permanecer mística y blanca,
y hacer del propio lodo que la humilla,
un espejo de fango donde brilla
la casta luz que envuelve las sombras de la tierra:
onda que en dura roca o seca arcilla
rompe la valla que su paso cierra
y abre hasta el mar lejano su camino,
onda de libertad, onda de guerra,
onda de amor y de odio ante el Destino:—
tu agua fué mi maestra
sobre la tierra dura
que tuvo y tuve por palestra;
y esa lejana iniciación perdura
en el fondo de mi ánima arrecida,
y aún la siento latir, sagrada y fuerte,
con pesar de la carne combatida,
en mi resignación ante la Vida,
y en mi firme esperanza ante la Muerte.



IV

LOS LISES DEL BLASON

(1904-1911)

Los lises del blasón, editado en 1911, contenía *El ocio ltrico* y *La respuesta de Loxias*, que van aparte en esta reedición. El autor ha reordenado la serie y agregado otras piezas para el presente volumen.

CANCION DEL PEREGRINO

Yo soy un pobre peregrino;
por mi camino errante voy,
triste de un ensueño divino,
y de un dolor humano; soy

un peregrino que en el mundo,
por luengas tierras y ancho mar,
voy como un mendigo errabundo,
triste de amar y de soñar;

De amar con un amor de llantos
que me acongoja el corazón,
y ya sin lágrimas, en cantos
llora su terrena ilusión;

y de soñar con un ferviente
sueño de luz la eternidad,
que exaltará, mientras aliente,
mi ser en lírica ebriedad.

Dolor y ensueño me movieron
a la busca del mar traidor;
y en tantos mares me siguieron
fieles el sueño y el dolor.

Y es que en las ondas yo veía
cifras del enigma inmortal:
que a toda forma de armonía
ligase un destino fatal.

Forma falaz, forma ligera,
que se deshace en amargor
y en espuma perecedera,
blanca y sutil como una flor.

Oh, la melancólica luna
del vasto océano falaz!
Oh, el largo errar tras la fortuna
para una vida tan fugaz!...

Tal llegué a las ciudades muertas:
el Tiempo despertóse a mi voz,
cuando piqué a sus rudas puertas
en el santo nombre de Dios.

Vi a un Rey antiguo en su tienda,
proscrito en gloria y soledad,
y oí de sus labios la leyenda
de una común fatalidad.

Transfigúrase a ese misterio,
en cetro real mi bordón,
mi andrajo en púrpura de imperio,
y mi greña en bélico airón...

Así voy con mi amor doliente,
y mi ensueño de eternidad,
que exaltarán, mientras aliente,
mi ser en lírica ebriedad...

Medina del Campo, 1906.

ELOGIO DE DON QUIJOTE

Gloria en la tierra al paladín andante
que a la grupa del ágil Clavileño,
fué de la tierra al cielo de su sueño
con brida de oro y lanza de diamante.

Mejor que sobre el flaco Rocinante,
venció a la eternidad su heroico empeño,
velivolando en su corcel de ensueño,
sobre la noche del jardín galante.

¡Y así lo admiro porque así me asombró!
Acoceando nubes en la sombra
dejó en los astros chispas de sus huellas;

y volvió de lo azul con nueva fama,
que para humana gloria lo proclama
Caballero del Sol y las Estrellas.

SONATA DEL TIEMPO PASADO



SCHUMANN (Sonata Op. 22).

INTRODUCCION

Alma mía, oye el canto de esta vieja Sonata —
siringa pastoril y son de viola—
que a la hora de las tardes suele sonar más grata...
a la hora de las tardes, cuando te hallas más sola...

ALLEGRO

(Porque antes de nacer ya me nutriste
con sangre maternal de tus entrañas;
porque en la selva azul de tus montañas
la cuna de tus cóndores me diste;

porque en las tardes de la gleba triste,
cuando sopla Aquilón quena de cañas,
el canto de sus músicas hurañas
para arrullar mis sueños aprendiste;

porque me amaste en las mañanas buenas,
tornas a la Sonata de mis penas,
madre que oíste el peán de mis victorias; ¶

y en los recuerdos que ese ayer resumen,
como la sombra de un antiguo numen,
atraviesas mis noches expiatorias.)

SCHERZO

A, B, C...
la cartilla se me fué...
V, a, n: van...
los días se van...

Letras ingenuas, letras que
sabéis la historia, ¿dónde están
las alegrías que se van?

Tan!... Tan!.., Tan!..

La campana matinal
vibraba al aire de cristal;
y esto era allá en la edad sencilla
de la campana y la cartilla,
en mi clara aldea natal...

Un puro sol, el sol de amor
de esas mañanas abriñeñas,
sobre las casas y las breñas
daba un divino resplandor.

Y al merendar en la mañana,
mi blanco pan, mi leche fresca,
desde la escuela pintoresca,
llamaba el son de la campana:

Tan!... Tan!... Tan!...

Y esa campana matinal
cortaba el aire de cristal;
y esto era allá en la edad sencilla
de la infancia y de la cartilla,
en mi clara aldea natal.

¡Tiempo en que era la tierra buena
como el pan y la leche blanca,
y el sol en el alba serena;
tiempo en que fué la vida buena,
como esa voz jovial y franca
que me llamaba a la faena!

Tan!... Tan!... Tan!...

Campana aldeana,
címbaro de abril,
lengua dulce y vana

de la azul mañana,
canta mi lejana
leyenda infantil;
cántala, campana,
cimbalo de abril...

INTERMEZZO

Sobre mi brioso Lobuno—
brioso y hermoso cual ninguno—
sentía un ímpetu de guerrear,
y tal anhelo de galopar,
y ansias tan locas de volar,
que espoleado por mi contento,
devoraba en su fuga el viento,
y a transportes de la alegría,
mi infancia se engrandecía
bajo la aureola lírica del día

El Cid seguido por la hueste infanzona
y armado de la mágica Tizona,
cuyo reflejo aun brilla,

no fué más grande sobre su Babieca,
conquistando la tierra seca
y ancha de su Castilla.

¡Tal vez se me igualara Don Quijote,
hollando estrellas de su lanza al bote,
sobre la grupa de su Clavileño!...
(Mas Don Quijote pálido, quizá me igualara,
porque en su Clavileño y en la proeza preclara,
se reveló el más alto paladín del Ensueño.)

Joven Centauro en el divino lampo
de la luz matinal, cruzaba el campo,
ebrio de las eglógicas fragancias
que venían del monte;
y hubiera sido otro Belerofonte,
por mi corcel y por mis arrogancias.

Después me vino el triste dón del canto—
dón angustioso de ficción y llanto—
y comprendí lo que era la Quimera,
y comprendí que mi Lobuno, acaso,
había sido mi primer Pegaso,
y una lírica hazaña su carrera...

RONDÓ

Después me vino el triste dón del canto,
que despertó como una melodía,
un día de septiembre, un áureo día
primaveral en que su luz de encanto

como una pascua de oro florecía;
lírica hegira de ilusión y espanto,
que a mi alma presa del solar encanto
la presencia de Dios trajo aquel día.

Primaveral la tierra en el encanto
de aquella pascua de oro florecía,
pascua de luz, visión de epifanía,
que a mi alma presa de ilusión y espanto,
dióle su dón de amor y de armonía.

ADAGIO

¡Y fué como una música de endecha,
que apaga el viento de la noche triste!
¡Fugaz aparición de luna fuiste
que entre los árboles hallé deshecha!

Celestial y sutil, la pura arcilla
que dan en polvo de oro las estrellas
tal fué el único polvo de sus huellas,
y aun en la ruta del recuerdo brilla.

La emoción de las rotas esperanzas
brota del alma al fenecer el día;
y a la hora que la tarde en agonía
despierta esas lejanas añoranzas,

ante la beatitud del horizonte,
cruza por mi alma su recuerdo eterno,
como en el río quieto del infierno,
iba la negra barca de Caronte...

FINAL

Melancólicamente, alma mía, en la grata
y honda paz del crepúsculo, cuando te halles más sola,
siringa pastoril y son de viola,
resonará por siempre esta Sonata...

1909.

ELEGIAS DEL CREPÚSCULO

ELEGIA DE UNA TARDE DE INVIERNO

Ayer, al caer la tarde, solitario
con tu recuerdo, una onda de elegía
me llegó en la emoción que embarga el día
cuando muere la tarde... El funerario

anochecer velaba el campanario
parroquial, donde el ángelus gemía,
cuyo trémulo son se difundía
por mi alma de incurable visionario.

Algo tenía de mi ensueño eterno
su silencioso anochecer de invierno,
y se hubiera soñado que en la calma

de la tarde flotaba mi amargura,
y que a través de esa unidad obscura,
su toque de oración sonaba en mi alma.

ELEGIA DE UNA TARDE DE PRIMAVERA

Sobre el parque, el ocaso, en su postrera
nube, prolonga un vívido reflejo,
flotante en claro lampo de oro viejo,
tal como una arcangélica bandera.

La emoción de la tarde en primavera
fulgura en ese lábaro bermejo,
que allá en el parque, el familiar espejo
del Lago de los mármoles tempera.

Como en un éxtasis de luz tranquila,
mármoles, aguas y florestas funde,
la tarde sonrosada, en mi pupila;

y de la onda en el silencio vago,
con rumbo al sol que en el misterio se hunde,
va un cisne rosa heraldizando el lago.

ELEGIA DE UNA TARDE DE VERANO

Allá en el río, al pie de la colina
donde mueren mis tardes estivales,
junto a los rectos álamos pradiales,
un sauce melancólico se inclina.

Mi alma sus mudas penas adivina,
como abatida por comunes males,
cuando absorta en los cielos espectrales,
bajo su manto de oro se reclina.

Tardes por su silencio evocadoras,
sobre el callado cauce de las horas
se dobla mi alma en actitud cobarde;

y semeja, velada de tristeza,
un sauce que inclinara su cabeza
junto a un río, en el fondo de la tarde...

ELEGIA DE UNA TARDE DE OTOÑO

Tornáronse en otoño evocadoras
las tardes del jardín, y en la liviana
paz de la tarde, alzara su fontana
la canción de las aguas gemidoras...

Hoja a hoja, las secas trepadoras
llojaban su follaje en mi ventana,
como si fuera aquella fronda vana
la doliente clepsidra de mis horas...

Moría el sol; y la penumbra en duelos,
al creciente silencio de los cielos,
ahondada en mi salón la paz del día,

mientras oía mi alma, dulcemente,
cantar en el arrullo de la fuente
la tristeza de mi última elegía.

ORATORIO LAICO

DRAMA DE VOCES

(El maestro Pascual de Rogatis compuso la música.)

El escenario representará, por derecha e izquierda, los árboles de una selva americana, entre los cuales se verá laureles. Hacia el foro, fingirá la perspectiva de las tierras argentinas en ascensión hasta los Andes. Entre las montañas tutelares, aparecerán los muros ciclópeos de un templo solar. La blancura de las nieblas se destacará en las remotas cumbres, sobre la limpidez azul del cielo. Comenzará la escena a la hora del amanecer, y el día irá invadiendo la montaña y el bosque, como si la luz acompañara la jubilosa progresión del himno. La música sonará sola durante ese breve crepúsculo, pues sólo traducirá la emoción primitiva y sin palabra de los paisajes natales. Después, la voz masculina del poeta cantará fuera del escenario, y su invocación a la patria parecerá surgir de entre la selva vecina.

EL POETA

Patria: Levanta la mágica festa,
cñete el casco de bronce y de oro,
y como el día feral de la gesta,
canta a tus hijos un himno sonoro.

(Como un eco a la voz del poeta que la invoca, responderá la voz de la Patria, también fuera del escenario, misteriosa, incorporéa, fascinante, como si fuese una voz de la naturaleza. Al sonar su primera estrofa, el alma de la muchedumbre laboriosa, absorpta en el misterio de aquella voz, habrá interrumpido su tarea en la Ciudad cercana, para anunciar a los hermanos distantes el misterio de la nueva revelación. Entre la voz de la Patria, que declara en cada estrofa un nuevo consejo, y el coro popular que los aclama, se establecerá la sucesión del himno, cuya música alternará, paralelamente, entre la religiosa serenidad de la voz y el varonil entusiasmo del coro.)

LA VOZ DE LA PATRIA

¡Paz y trabajo coronen la historia
de mi progenie magnánima y fuerte,
y como el día triunfal de la gloria
venza a través de otro siglo a la Muerte!

EL CORO DEL PUEBLO

Raza del Plata, oíd
el nuevo himno que llama,

trompeta y oriflama,
para una nueva lid.

LA VOZ DE LA PATRIA

Siembra la espiga en los fundos paternos;
cuida el laurel de los predios natales;
planta la encina de gajos eternos,
y espera a su sombra las albas triunfales.

EL CORO DEL PUEBLO

Raza del Plata, oíd
el nuevo himno que llama,
trompeta y oriflama,
para una nueva lid.

LA VOZ DE LA PATRIA

Pueblo de amor, tu desierto comparte
con la progenie foránea que abrevés;
y en el crisol de la pampa y el arte,
almas y vidas indianas renueves.

EL CORO DEL PUEBLO

Raza del Plata, oíd
el nuevo himno que llama,
trompeta y oriflama,
para una nueva lid.

LA VOZ DE LA PATRIA

Salva la Estirpe sin odio ni encono,
y haz que ella sienta, Señora suprema,
en nuestra tierra, su sólido trono,
y en nuestro sol, su perenne diadema.

EL CORO DEL PUEBLO

Raza del Plata, oíd
el nuevo himno que llama,
trompeta y oriflama,
para una nueva lid.

LA VOZ DE LA PATRIA

Alza a la Vida magnífico templo,
todo de amor y verdad en luz viva;
y que a su fábrica sirva de ejemplo
la formidable montaña nativa.

EL CORO DEL PUEBLO

Raza del Plata, oíd
el nuevo himno que inflama
los clarines, y llama
para una nueva lid.

LA VOZ DE LA PATRIA

¡Pálido azul de mi cielo celeste,
cándido albor de mi nébula andina,
tal eternice y enaste la hueste,
sobre los Andes, la enseña argentina!

(Después de este diálogo musical entre la voz de la Patria y el coro de su pueblo, el himno arrancará en un crescendo frenético, y la música definirá entonces su entonación militar. La voz del poeta que, al comenzar el canto, provocara esta admonición de la Patria, volverá a alzarse entre las unánimes voces de coro.)

Una emoción brillante invadirá entonces la pampa de trigales, el bosque de laureles, la montaña del templo tradicional, todo ello infundido en el ritmo de la música y en la palabra de la muchedumbre: —«Patria, levanta la mágica testa,—ciñe por casco tu sol de victoria,—y como el día triunfal de la gesta,—cantando acaudilla tu raza en la gloria.»—El numen del poeta y el alma del pueblo, armoniosamente fundidos en este arrebató final, volarán repitiéndose en alas de la música hacia las montañas tutelares, donde la niebla y el cielo desplegarán en su blanco y en su azul la bandera, como suscitada por la voz de la Patria, en la propia substancia de la Eternidad.

LA MUSA INDIANA

A Tucumán.

Mensajera del trópico, a la espalda
ceñido el manto de áureos brocateles,
avanzas, coronada de laureles,
rumbo a la abierta pampa de esmeralda.

Vibra la selva al roce de tu falda,
bajo sus milenarios capiteles,
sonante de clarines y rabeles,
como la ersilea selva de Tegalda:

Y desde el Aconquija el paso apuras
buscando al Blanco Rey de tus llanuras
que en sus banderas el azul retrata:

Virgen del Sol que traes en ofrenda,
para el metal de mi blasón de plata,
el icono solar de tu leyenda.

PAISAJE DE EGLOGA

*A F. Villaespesa,
en retribución de sus «Psalmos».*

Es la hora de paz, cuando la sombra
desciende a la quebrada de la sierra,
obscureciendo su mullida alfombra
de húmedas hojas... Sube de la tierra

una unción misteriosa de plegaria,
y el rumor melancólico que flota
sobre la sierra solitaria,
blandamente se apaga en el silencio de la cima remota

Bandas de clara luz y sombra verde
ponen las vagas nubes en la faz de los montes,
bajo el sol desmayado que se pierde
tras ignorados horizontes.

Y en los raros cambiantes que dibuja
la niebla, desgarrada por la tarde infinita,
finge tristezas de cartuja,
escondida en la falda una casita...

En tanto, las ovejas del aprisco
pasan con rumbo al cerco solariego,
que formara de ramas en el risco
la encallecida mano de un labriego...

Pero no son, ni la casita sola,
ni el hafo que desciende con su triscado paso,
ni el cuadro vespéral que tornasola
con sus pálidos rayos el ocaso,

lo que presta inefables emociones
a la quebrada pintoresca,
sino la sombra llena de vagas sugerencias,
cuando roza los muros de aquella sima fresca;

la sima donde crecen,
las begonias con hojas de esmeralda,
a cuya vera alternan y florecen
las margaritas rojas y las aromas gualda;

la sima donde mecen, en los húmedos trechos.
sus leves abanicos las achiras,
y la palma de helechos,
en que la brisa ensaya modulación de liras;

La sima donde el alma de la noche
se embriaga de jazmines perfumados,
que abren el blanco broche
a los negros ramajes enlazados.

Allí baja la sombra, y más obscura
cuando se espesa más en el follaje,
borra la crespita tropical verdura
que tapiza el paisaje,

desde la muda falda que coronan
las tipas gigantescas y lejanas,
cuya copa fantástica aprisionan
con amor las lianas,

hasta el árido fondo de la sima,
donde en cauce de gredas y de rocas,
un arroyuelo de novela rima
truncos motivos y palabras locas,

¿Quién interpreta su canción? Modula
voces incomprensibles aquella agua canora...
Mas si el cauce se estrecha, y al pasar la estrangula,
dijérase que el agua musicalmente llora.

Llora musicalmente, como el alma en su barro,
nostalgias de la estrella que la besó en la cuna,
desgarrando sus carnes en el hostil guijarro,
mientras, desde la sombra, llora amores la Luna.

I. Sobre las areniscas y las peñas,
aquella sierpe de agua se desata,
y a la gárrula margen de las breñas,
luce más bella que un raudal de plata.

Melódico raudal de ondas exiguas,
matizado de hojas y de espumas,
que tiene de las églogas antiguas
rumores de suspiros y de risas, de brisas y de plumas.

Son monótono y tierno,
que dispersa en la sima sus rumores,
como el aria monótono y eterno,
que en las almas románticas evoca sus dolientes amores.

Unica voz que tiende
su friste vibración sobre la tierra,
a esa hora de paz en que desciende
la sombra a las quebradas de la sierra.

Raco, 1905.

LAS AVES DE LA MONTAÑA

I

LA NOCHE

A Eduardo Talero.

Era el paisaje agreste y solitario...
la nieve, plateada por la luna,
daba a la triste y desmedrada puna
blancas desolaciones de sudario.

Místico formidable lampadario,
la Cruz del Sud ardía sobre una
cumbre de la Montaña, en oportuna
oblación... Desde el monte legendario,

los torrentes, huraños y salvajes,
descendían en crespos oleajes
por el árido flanco de las peñas;

y la enorme quietud de algo infinito
circundaba esas cumbres de granito
que la ardua nieve desnudó de breñas.

II

LA LEGION

Sonó un clarín, y allá por las oscuras
sendas, detuvo su convoy la hueste,
y hubo un instante en la quebrada agreste
largo fragor de cascos y armaduras.

Serenado aquel eco allá en las duras
cumbres, y en las quebradas del oeste,
la tropa se adurmió a la luz celeste
que es bendición en las estrellas puras...

Dormidas bajo el cielo las legiones,
palpitaban sus fuertes corazones
en el silencio de la noche extraña,

y en los pechos indómitos y fieros,
remedaba el jadear de esos guerreros
la ronca pulsación de la Montaña.

III

El HEROE

De pie, magra la faz, épico el ceño,
y alto como un hermano de las cumbres
velaba, en agitadas pesadumbres,
el Héroe junto a su legión en sueño.

Alzábase el alba en el sedeno
cielo, y en luz de heroicas certidumbres,
se engrandecía a las astrales lumbres
la quimérica gesta del ensueño...

De pronto, su azorado pensamiento
cobró plasticidad y movimiento,
y el Héroe vió en la ráfaga ilusoria

una banda de cóndores viajera
que atravesaba el alba, cual si fuera
la triunfante vanguardia de la Gloria.

CANTO DE LA MAÑANA DE MAYO

Al doctor Gregorio Ardoz Alfaro.

Canta, Musa del bronce, nuestra gesta
digna de las olímpicas edades,
y unas en tu epopeya sinfonías de orquesta,
al lejano fragor de esas tempestades...

Y puesto que es el día de la Gloria,
la rapsodia magnífica levanta,
y en el claro pregón de la Victoria
la antigua loa de la Patria canta!

Túnica de oro y mágicos joyeles
viste la aurora de hoy en los confines,
y ante ella elevan, dianas y cuarteles,
la aleluya marcial de sus clarines;

mientras saluda la ascensión del alba,
estremeciendo el ámbito sereno,
con su rotunda pólvora la salva,
que sabe los estrépitos del trueno;

y el son que en las basílicas lejanas,
dan las lenguas de Dios, echando a vuelo
el repique triunfal de las campanas,
música en el pentágrama del cielo!

Inusitados sonos los espacios
llenan, sobre las rachas mensajeras;
y en mástiles y almenas y palacios,
ondean jubilosas las banderas...

El sol de Mayo con sus lampos rubios,
dora el Plata pacífico y sonoro,
y envuelve a la Metrópoli en efluvios
de oro.

Madrugando con el Sol la muchedumbre
que en el Agora riente se congrega,
y tiene aquello no sé qué vislumbre
de la severa muchedumbre griega.

Pues el Pueblo, con vírgenes de clámide
que son como patrióticos emblemas,
va al pie de la doméstica Pirámide
a corear el Himno de las horas supremas.

Unete, oh Lira—lengua de poetas—,
al coro de esas voces argentinas,
al eco de esas bélicas trompetas,
al pregón de esas dianas divinas!

Y dice—oh, lengua lírica del vate:
¡Nunca jamás la voz del vilipendio!
¡Nunca jamás el reto del combate!
¡Nunca jamás el grito del incendio!

Sino apagada la feral discordia,
verto el volcán de los fraternos odios,
canta, en la dulce edad de la concordia,
todos los inmortales episodios

en que se vió un Pegaso de heroísmos
volar sobre las turbas redentoras,
potro de fuego que saltaba abismos
en un fiero galope a la Aurora.

Y ante ese nuevo Sol que se levanta—
viejo Sol, Sol eterno, fuente de sangre henchida—
los avatares de la Patria canta,
y devela el misterio de su vida.

Pida la Musa de la Patria entonces
himnos al mar, bandera al firmamento,
clásicas vibraciones a sus bronces,—
y cante ese canto en la bocina del viento...

Describe las Américas desiertas
donde el Sol derramó todas sus galas,
tanto que parecieron las edenales puertas,
en paraíso de trinos y de alas;

y evoque al primogénito de aquella
sangre solar que está en los horizontes;
y alce ante el mundo la figura bella
bajo de cuya planta se agacharon los montes.

Y glorifique al tercio de Castilla
que se arriesgó en lo virgen de la breña,
donde el épico abuelo Don Alonso de Ercilla,
después de los combates, en la *Araucana* sueña.

Y loe al último Inca de ese imperio
del Sol, Dios paternal y soberano,
que se hunde, coronado de luz y de misterio,
tras la cima del Andes lejano...

Y a todas las gallardas muchedumbres
que atraviesan el siglo en lucha franca,
y sobre cuyas épicas vislumbres
ondeaba una bandera azul y blanca;

y al dócil Oceano; a la infinita
pampa fecunda y bella como una hembra;
y a la vasta Ciudad cosmopolita,
logrado fruto de tan larga siembra.

Canta esa gesta en la rapsodia homérica,
sobre el alto blasón de las hazañas;
resuene el verbo nuevo de esta América,
en la voz secular de las Españas;

¡Y en esta noble evocación del arte,
clara lira del cántico rotundo,
la inmensa gloria de ese ayer reparte,
entre la Patria y el resto del Mundo!

Buenos Aires, 1910.

ODA LATINA

*Fecerat et viridi fetam Mavortis in antro
procubuisse lupam; geminos huic ubera circum
ludere pendentes pueros et lambere matrem
impavidos: illam tereti cervice reflexam
mulcere alternos, et corpora fingere lingua.*

(VIRGILIO, *Eneida*, VIII, v. 630-634)

¡Salve, Loba nutricia de la estirpe de Rómulo
augusta,
tú que traes del Tiber el mensaje a las tierras de
América,
donde ves renaciente la gloria de tu nombre latino,
madre de pueblos y de héroes y de triunfantes nú-
menes, Salve!
Saludada seas, en el umbral de la pampa fecunda,
donde pliegan, cansadas de conquistas inútiles, su
vuelo las águilas
portadoras del rayo de Marte, que del Agro a la
linde del Orbe,
condujeron, augurales, el hacha sangrienta del lic-
tor invicto.

Saludada seas, en la pampa afanosa y pacífica,
donde el Cóndor que baja de la cumbre natal, con
sus vuelos
señala el desierto que aguarda las gestas huma-
nas,
enseñando en sus garras la fuerza, y la paz en sus
alas inmóviles.

Saludada seas, oh Madre, en el hogar de la pampa
prolífica,
ubre inexhausta para los siempre renovadores hé-
roes,

Acca Laurencia en los éxodos para todas las tribus
errantes,
y madre, cual tú, de futuras progenies que los si-
glos esperan.

Madre augural, tú que fuiste por Virgilio armonioso
cantada,
haz que el clásico hexámetro, concertándose en
cántico férvido,
rija la voz del vate varonil, que con lírico ímpetu,
se adelanta, la palma de paz en la diestra, cantán-
dote, Salve!

Tú conoces la música grave de estos viejos núme-
ros,
cuando el verso pulsante de sangre, como el mar
de vida,
resonaba en la Eneida preclara y la rotunda oda,
que de la urbe septicola alzaron aquilino el vuelo.

Rey fluvial en sus selvas itálicas te anunciara el
Tiber,

coronadas las húmedas crines con laurel del Lacio
y aborrascada en el pecho paterno la barba de es-
pumas,

cuando entre sus montes le habló al peregrino
magnánimo Eneas.

Asperos Cyclopes del Etna fundieron el bronceo
escudo

para el brazo armífero del penate esforzado y
errante,

y en el bronce titánico y bélico, Brontes esculpiera,
de metales lucientes—oh Loba—tu agorera ima-
gen.

Eres antigua en la historia, como los olímpicos
dioses,

cual los ásperos montes, y los ríos fecundos, y la
Tierra toda,

porque eres la Tierra tú misma: la Tierra hecha
—madre

del héroe; la Tierra hecha patria del Hombre.

Tú viste los toros del primer arúspice sobre el Va-
ticano.

Tú viste los potros de los dos Tindárides sobre el
Capitolio.

Tú viste a la gleba del Agro arrojar la pristina si-
miente.

Y viste los cuerpos del monte Quirite volar sobre
Roma.

Eres antigua y sabes de humildes remotos orí-
genes;

de potentes imperios que fueron campo de con-
tienda;

de naciones preclaras que fueron tribu de igno-
minia;

de metrópolis altas que fueron Ghetos y Suburras.
Tú que oíste la plebe rebelde rugir sobre el monte
Aventino,

Tú que oíste a la virgen cristiana sollozar en el Cir-
co sangriento,

sabes el rugido de las hambres trágicas que azotan
la tierra,

sabes el gemido de las almas pálidas que vencen
la muerte.

Eres antigua, y recuerdas tus difíciles cruentas vic-
torias:

tiranías y miserias y lujurias y guerras y crímenes
y pasiones y cóleras y ansias, todo en gran cor-
tejo

de apoteosis, pasó por los arcos triunfales del
Foro.

Tú que ahora a la pampa preñada del futuro pro-
digio

vienes—¡oh Loba!—dinos el enigma del prodigio
antiguo:

el simbólico enigma que guardan sobre sus escudos

águilas bicéfalas, rampantes leones, formidables torres.

Pues mi canto comprendes, en que suena la lengua del Lacio.

Tu legión cesárea la llevó a mi celtíbera Bética,
y más allá de las firmes columnas de Hércules,
Hispania

la esparció bajo el sol de dos mundos—lengua de la Gloria!

yo puedo hablarte, pues que toda mi carne está hecha

de barro de América; pues que están mis arterias henchidas

de latina sangre; pues que está mi flamínea vislumbre

encendida en la luz del Misterio, que tus siglos velan.

Peregrinas del Orbe, mis plantas han hollado tus piedras ilustres,

y en el Foro—fantasma de palacios y templos y arcos,

escuché sobre el mundo el eterno vuelo de las Horas...,

do oyeras las trompas sonantes de César volver de las Galias...

Desde el Pincio florido, que nutrió los jardines de
Luculus,
y que hoy siente rodar en cortejo vanaglorias nuevas,
contemplaron mis ojos absortos en la tarde de oro,
sobre el diáfano azul, tenebrosa, la visión de Roma:
el Janículo, agreste de pinos, barreaba la tarde;
lúgubre cúpula, San Pedro erigía su mármol ardiente;
y más allá, concreción de la sombra sobre monte Mario,
pasaba, espectral, formidable, solemne, la sombra de Dante.
Yo puedo hablarte, y puedes hablarme: tuyos son mis números!
Dime de tu fuerza, porque aquí bajo el sol se renuevan
tu esperanza, tu sangre, tu lengua, tu savia, tu espíritu,
y en espigas áureas y en ideal excelso su labor florece.
Sobre el ara aborigen, quede y venza a través de los evos
tu figura encarnada en el bronce que anima la gloria,
y en la paz de la playa que bañan las aguas del Plata,

su Llama, su Potro, su Toro y su Cóndor esa ara
decoren.

Mágico eterno conjuro comunique a mi voz tu
presencia,

y en pretéritas sombras, y futuras, el canto re-
suene;

Que en la sombra sus ecos resuciten las faunas
heroicas,

y esos mitos lleguen por la senda sacra que Dios
les alumbra,

EN LAS ARAS ANTIGUAS

INVOCACION A NIKE

Para Martín A. Malharro.

Sobre la aguda proa que peregrina hiende
las silenciosas nieblas y el resonante mar,
álzate, Nike alada, y en el azur extiende
la fuerza de tus alas hechas para volar.

Como en Samos de Tracia, tu alado paso emprende,
desde el épico emblema del ara secular,
y en victoriosos rumbos el firme vuelo tiende,
hasta la luz eterna del imperio estelar...

Sobre el aire que agitan los mil odres de Eolo,
sobre la tierra dura que dora el rubio Apolo,
sobre el profundo ponto que guarda Poseidón,

mis ojos visionarios perseguirán tus huellas,
viendo cómo florece, coronada de estrellas,
en suavidad de plumas, la fuerza del muñón.

INVOCACION A LOS MANES

Para don Ramón del Valle Inclán.

Valle Inclán, el hidalgo de la fabla trovera
que a las nuevas Españas tornas en el bajel,
donde el hermano férreo de antaño nos trajera
para el indio su lengua, su cruz y su corcel.

Aun el corcel galopa la pampa, en su carrera,
como ala de Pegaso, la ráfaga va en él;
y aun esa cruz ampara la paz de esta ribera;
y aun esa lengua rima los cánticos de Ariel.

De tal dintel de América, tras el luengo camino,
rima de ave y de loa salude al peregrino
que dió a esa lengua nuestra dulzura de rabel;

rima del voto que alzo, frente al patrio destino,
por que esa lengua eternamente en labio argentino,
tenga timbre tan fino como en tu labio fiel.

INVOCACION A EUTERPE

Para Pascual De Rogatis.

Diosa que en la armonía de tus flautas pradiales]
tradujiste la música de los astros, canción
que Apolo te enseñara bajo los fraternales
mirtos, en la mañana que dora el Helicón,

ven a este mundo nuevo de mis selvas natales,
en cuyo azul renace la gloria de Hiperión,
ven y trae el acento de fuerzas primordiales
que despertó en las cuerdas de la lira de Amphión.

Citaredos te aguardan frente a los blancos atrios,
porque allá en el misterio de los desiertos patrios,
beatitudes, silencios, cantos y mitos hay...

Bajo el encanto de mi noche santiagueña,
como en Tesalia antigua la voz del numen sueña...
y en el bosque divaga la quena de Zupay.

INVOCACION A APOLO

Para Atilio M. Chiapport.

Atilio, Emilio, amigos: brindo el propicio vino,
en la vibrante fiala de límpido cristal;
verted, que ya es la hora de libar al destino,
ya luz de Apolo anuncia la gloria zodiacal.

En estos reposorios del eterno camino,
donde sus aras alza la ficción terrenal,
ofrendemos al dios nuestro ensueño latino,
todo carnal angustia y anhelo de ideal.

Dénos el dios, en cambio, para vencer la muerte,
esa ilusión de vida que de su frente vierte,
como raudal fecundo de luz y juventud;

y junte al arduo amor y a la visión del arte,
nuestra amistad dichosa que esa visión comparte,
bajo los clavos de oro de la alta Cruz del Sud.

INVOCACION A NEPTUNO

Para Angel de Estrada.

Rudo y potente Dios de las ondas marinas,
yo que te viera un día cruzar la mar sonora,
bajo el triunfal reflejo de una límpida aurora,
junto al carro de nácar, oceánidas y ondinas:

comprendo el formidable poder con que dominas
la furia combativa de la racha traidora,
y comprendo la errante música silbadora
del Tritón, cuando erige sus épicas bocinas.

Tú que a tu vez comprendes mi palabra sagrada,
regida por el ritmo de tu agua acompasada,
y por el alto ritmo de las claras estrellas,

concédenos el fácil bien de un tranquilo viaje,
y que en la noche vengan tus sirenas más bellas
a adormirnos al son de tu lánguido oleaje.

LOS CORCELES OLIMPICOS

Al astrónomo Agullar.

Nacieron de la olímpica ralea
los alados corceles que en los días
de los titanes, acoceando nubes
cruzaron las esferas infinitas;
y aun se creyera ver, hacia el oriente,
cuando el Sol, en radiante epifanía,
sale rigiendo el carro de la aurora,
uncida al áureo carro, la cuadriga;
y allá, sobre los campos de la noche,
donde, al pasar Pegaso, cuatro chispas
hizo saltar del casco en la carrera,
los cuatro fuegos de su rastro aun brillan.

BALADA DE JEAN PAUL

Vengo, Jean Paul, desde un divino
bosque de mirtos y laurel:
dejé a la puerta, en el camino,
el alado caballo fiel,
tal cual deja su corcel,
a la puerta del lar nocturno,
el peregrino taciturno
de nuestra pampa, el payador,
a quien dió, en prenda de amor:
Melpomene su alto coturno,
y Talía su risa en flor.

Hasta la lírica floresta
en donde vibra el sol del arte,
llegaron ecos de tu fiesta
que la apolínea ronda comparte;
y de esa ronda que reparte,
como prenda de bien diuturno,
don de belleza y don de amor
envia al crítico nocturno:

Melpomene su alto coturno,
y Talía su risa en flor.

Ellas saben, Jean Paul, tu sino:
máscara, orquesta y camarín,
tu vivir en arduo destino,
tu ver vivir en vago esplín,
tanto Edipo, tanto Arlequin,
prole de Venus y Saturno;
por eso al ágape nocturno
te envían, en prenda de amor:
Melpomene su alto coturno,
y Talía su risa en flor.

ENVIO

Jean Paul: que altivo y taciturno,
conserves como un bien diuturno,
para el teatro y el amor:
de Melpomene el alto coturno
y de Talía la risa en flor.

1917.

MACBETH

Pasó, fijos los ojos en la nada,
torva de surcos la ceñuda frente,
con la boca fatídica y doliente,
por un gesto diabólico plegada.

Pasó cual una furia desgredada,
con la obsesión del crimen en la mente,
y en la pupila gris, resplandeciente
como un puñal de acero la mirada.

Pasó... Y al breve instante en el camino,
doblada por la mano del destino,
volvió a pasar esa visión siniestra;

pero esta vez la aparición traía:
roja de sangre la nerviosa diestra,
negra de sombras la mirada fría.

CANCION DEL ALBA EN LA CIUDAD

A Arturo Cancela.

Hada de rosa el alba
rompe su ful;
el cielo es una valva
de luz azul.

Luz azul que en vislumbres
de eternidad,
enciende las techumbres
de la ciudad.

Buenos Aires despierta—
ancha Babel;
asoma en cada puerta
la criada fiel.

De pronto, un canillita
da su pregón;

vibrante voz que grita:
—*¡Prensa! ¡Nación!*

La honrada voz sonora
vuela al confín,
y es de la urbana aurora
primer clarín.

Ya en la ciudad, el alba
rompió su ful;
el cielo era una valva
de luz azul...

PRIMAVERA PORTEÑA

Influjo de la dulce primavera,
que dais el don de Flora y de Pomona:
lirios para la lírica corona,
fresas para la erótica quimera.

Sobre el verde tapiz de la pradera
la fresca hierba el céfiro sazona,
y el canto de los pájaros pregona
la delicia de amar que el mundo espera;

Mientras yo en la ciudad, que es mi destierro,
lejos del campo, sobre asfalto y hierro,
también recibo el don de vuestros hados,

viendo pasar a la gentil doncella
del peplo henchido y de la carne bella:
fresas y lirios por un tul velados.

LAS HISTORIAS EFIMERAS

CANCION DE CARNAVAL

La calle estaba llena de risas locas...
bajo redes flotantes de serpentinas,
pasaban los Pierrotes y Colombinas,
con un gesto de triunfo sobre las bocas.

Resonó en la algazara tu risa pura,
te busqué en el tumulto, y ante mi vista,
así, cual te soñaba mi alma de artista,
surgiste, de improviso, flor de Locura.

Marquesa de otros tiempos, una guirnalda
lucías en las ondas de tu peluca,
y en oro desflocado, sobre la nuca
se encrespaban sus bucles de un rubio gualda.

Y así pasaste, rauda, cautivadora—
color, perfume, risa, luz, armonía,—
bella como una imagen de la Alegría,
de pie sobre su carro de vencedora.

(Verás, luego, señora, cómo en el trance,
el celoso corpiño que te atesora,
y esa máscara negra, fueron, señora,
las dulces bagatelas de mi romance.)

Yo me lancé nervioso tras de tu coche,
y dejé que en tus rizos un polvo de oro
cayera de mis manos, como un tesoro
robado a las estrellas de aquella noche.

Lazos de serpentinas aprisionaban
en horca de locura tu ebúrneo cuello,
y tus manos, inquietas, sobre el cabello,
como blancas palomas revoloteaban.

Tú reías; y en tanto, con golpe leve,
mis brazos apartabas, yo torpe y ciego,
deshojaba en tus hombros rosas de fuego,
que eran gotas de sangre sobre la nieve.

Después, por una oscura calle partiste,
ya deshechos los lazos; las carcajadas
de algún Pierrot se oía; y deshojadas
caían las quimeras en mi alma triste...

Mas cuadró a mi ventura, y el hado quiso,
que volviera a encontrarte sobre mi senda,
prestigiosa en la gloria de esta leyenda,
y más bella en tus dones de Paraíso.

Entonces tú me diste, con gestos sabios,
la luz de alba que guardan los ojos buenos,
la tibieza de nido que hay en los senos,
la dulzura de fresa que hay en los labios.

Y al añorar sus dichas, mi alma se alegra,
recordando el corpiño de tus sonrojos,
y el dulzor que celaban tus labios rojos,
bajo aquella insidiosa máscara negra.

Ya ves cómo, señora, por aquel trance,
el estricto corpiño que te atesora,
y tu máscara negra, fueron, señora,
las dulces bagatelas de mi romance.

DICE EL JUGLAR A LA DAMA

Rimar quiero este canto por la cuaderna vía,
contrahaciendo, en arcaico mester de clerecía,
el tetrástrofo ingenuo que celebrar solía
los milagros y gozos de la Virgen María.

Verso lento y monótono de gemires eolios,
que cabe los altares y los profanos solios,
publicó la leyenda que guardaba en escolios
un pergamino magro de inéditos infolios.

Hoy en la gaya música de sus rimas elogio
vuestro carnal milagro: mi alto martirologio;
y por ellas os pido, como en pres de eucologio,
la sagrada blancura de vuestro pan eulogio.

Calor de la epicúrea sed, llama de la fiebre,
zuñan—buril y fuego—con destreza de orfebre,

mis números, y sean lo que al manjar la pebre,
para la dócil rima que vuestro dón celebre.

Por tal dón, aromado de rosas y de lirios,
se consumen, señora, combustiendo martirios,
mi juventud en fiebre, mi espíritu en delirios,
como en su propia lumbre la cera de los cirios.

Vos que sabéis el corto trecho de amor que media
de estas madrigalescas rimas a una tragedia,
haced que en vos se aplaque la inquietud que me asedia
y en vuestros claros dones mi triste mal remedia.

Florida es vuestra mano como un albo asfodelo...
Son vuestros raros ojos un atacir del cielo...
Vuestras ojeras tiñense de quimera y desvelo...
Pero nada despierta tan bien mi ardiente anhelo

como las rosas húmedas de vuestros vivos labios,
que anticipan en canto y en sugestión de enlabios
el deleite que alarga, tras de los besos sabios,
en su dulzor de frutos, epicúreos resabios...

(No es ya—¿verdad, señora?—la fabla de Berceo,
árgola que garlara su bronco desvaneo
on ingenuos decires...—Por tu numen hoy veo
que esa fabla es como una flauta de mi deseo.

Cual las siringas áficas, su manojo de cañas,
is coplas, en trailla, juntan rimas hurañas,
añidas al verso, dicen cuitas extrañas,
esta hora en que desciende la tarde a las montañas.

Por vos cobre hoy la sacra copla virtud de endecha,
en mis deliquios hiera vuestra esquivez deshecha,
prima, que a vos vuela, como dorada flecha
Eros, en la espesura que el Egipán acecha.

DIVAGACION OTOÑAL

Yo te recuerdo aún, cuando en la fiesta
de los fugaces y lejanos días,
mezclabas a los sonos de la orquesta
la risa de tus nobles alegrías.

Cantaba amor y juventud cantaban
en tu sangre las albas jubilosas,
y en su rubor de púrpura trocaban
cada mejilla en florecer de rosas.

En su embriaguez tu genio peregrino
forjó de la existencia una quimera,
y a la vera falaz de tu camino,
floreció una engañosa primavera.

Y ésta es la imagen lírica que evoca,
sin quererlo, mi alma, cuando miro
el pliegue que labraron en tu boca
las invisibles alas del suspiro;

cuando veo la dicha que se apaga
con la expresión de tu mirar doliente,
y el ala de la Lívida que vaga
sobre los pensamientos de tu frente;

y cuando, mudo el silencioso labio,
me dicen los latidos de tu pecho,
que ya no canta un corazón de enlabio,
sino que gime un corazón deshecho.

Deshecho porque él mismo se deshizo,
fraudando dicha en ilusión de amores;
y fueron las visiones del hechizo,
como en racha otoñal, hojas de flores...

¡Ah! de la tarde aquella que partiste
para el viaje fatal... La tarde aquella,
no sé por qué me pareció más triste
sobre los cielos la primer estrella!

Yo no lo sé: la brisa leda, la hora
crepuscular, tu propia voz, acaso,
reveláronme, en tu ánimo, señora,
la fatal ansiedad de aquel ocaso

Mas en tu propia y honda confianza
me hiciera comprender tu voz transida
el secreto dolor de una existenci a
huérfana en los caminos de la vida.

Hoy sé todo el poema de tristeza
que ocultas en tu efímera alegría,
y el pensamiento negro que atraviesa
la muda noche de tu mente fría.

Y cuando inquieres el "Ideal" secreto
que mi inquietud de amor busca o esconde,
por sus catorce versos te responde
con tácita ironía mi Soneto:

—Yo no tengo "ideal", sino ideales...
Amo la libertad y la victoria;
busco la vida, el arte, el bien, la gloria;
quiero todas las cosas inmortales;

y entre las cosas tristes o triviales,
que ofrece la existencia transitoria,
quiero este mundo de la propia historia
poblado de sonámbulas astrales...

Allí esas vagas sombras del delirio,
cuyos cuerpos son pétalos de lirio
y el espíritu rayos de la luna,

rondan, señora, en lánguidas teorías,
donde a tu amor falaz de aquellos días
un quimérico amor tal vez se aduna.

ENVIOS DE LA AMISTAD

TOAST

A Rubén Darío.

Rubén: No el vago acento de la palabra mía,
que primeras estrofas ensaya todavía;
sino el son de la flauta
que tesoros incauta
de nueva melodía...
Esa mágica flauta
cuya divina pauta
nos enseñaste un día,
Rubén... necesitáramos, en la noche de gloria,
para decir en una perdurable armonía,
con el cordial saludo, la canción de victoria.

¡Ave, Rubén! Te saludamos
de corazón, y de alma te cantamos,
porque al surcar el piélago tempestuoso del mundo,
no esquivaste ni el ímpetu del olear infecundo,
ni el traidor arrecife

desde tu blando eskuife:
ni el esplendor que fragua
la luz del sol naciente sobre el cristal del agua;
ni la noche sin rumbo
de la alta mar a solas,
donde se oye ese tumbo
lóbrego de las olas;
ni la playa risueña;
ni la selva costena
donde escuchaste un día bajo dosel de lauros
un antiguo coloquio de Centauros...
Y ante la vasta música del supremo universo
aprendiste los ritmos extraños de tu verso:
ritmo de las estrellas
fulgurantes y solas,
y ritmo de las olas
turbulentas y bellas...

Recorriendo comarcas en pos de tu Quimera,
vuelves tras largos años a la amada ribera
donde viviste días de alegre primavera,
cuando en vanos derroches
de versos y de amores pasábanse las noches;
cuando tu vasto cuello
sabía la pujanza del varonil resuello;
cuando tu frente noble
se exornara en emblema con un gajo de roble;
sazón de brega varonil y fuerte,

pues que tus brazos ágiles desafiaban la Muerte:
“La he visto—nos decías—, no es demacrada y mustia
ni ase corva guadaña ni tiene faz de angustia.”
Y si al volver conoces la verdad del Destino,
que enseñabas al tierno Phocas el Campesino,
que al contacto propicio de esta tierra florezca
tu fe, que a nuestro halago tu alma rejuvenezca,
pues si no existe el roble con que tu frente ornaras,
tienes aquí laureles que tú mismo plantaras.

Muertas ya en su nonada la minuciosa insidia
que se erizó a tu paso, y la pálida envidia
del burgués espantado y el solemne académico
que en *ido* y *ado* y *oso* rimó su verso anémico;
callada ya a tu vera la grito de las ocas
que te movieron guerra por sus trescientas bocas,
porque Sylvano hacía, en la selva sonora,
cantar para sí mismo su flauta encantadora;
ya serenado el viento que al cruzar el espacio
rugió contra la ebúrnea torre de tu palacio,
cuando Psiquis la Infanta, llena de azoramiento,
de su ventana oía ulular aquel viento;
ya triunfante la Aurora sobre las Torres vivas
de Sol, y ya devueltas las águilas cautivas
al azul rutilante:

ante el cuadro de gloria,
la Torre, el Sol y el Aguila saluden tu victoria.

Buenos Aires, banquete de 1905.

POSTUMA

A Florencio Sánchez.

ANTES DEL VIAJE

Ara ventorum... Suenen, como en la nave homérica,
los legendarios himnos de la conjuración;
oigan los anchos mares y las costas de América,
la voz propiciatoria que suena en mi canción.

Ara tranquillitate... Bajo la luz esférica
del meridión dorado y el blanco septentrión,
llegue al numen marino la potencia esotérica
de mi canto, y florezca la thalásea visión.

Florezcan, ¡oh, Thalassa!, como en tiempos de Ulises,
las ondas fugitivas sus nacarados lises,
las orientales ondas sus rosas de arrebol;

y al paso del poeta por quien tu encanto fraguas,
desgranes para su alma, soslayando las aguas,
tus ópalos de luna, tus rubíes de sol...

1909.



ESTRAMBOTE FÚNEBRE

Mi voz propiciatoria no resonó en las ondas.
Las doradas espumas y las estrellas blondas,
para él fueron tinieblas y paz...
Y el peregrino pálido, tras de la azul ribera,
rumbo a la tenebrosa luz del Hades partiera—
¡de donde no se vuelve jamás!

1910.

EPISTOLA

A Emilio Becher.

Emilio: Estoy en Quélern-en-Roscanvel—un nombre que aunque por su aspereza de habla céltica asombre, designa aquí un paraje de ensueño y de ventura, todo de verde fronda, cielo azul y agua pura. Quélern yaz en las tierras de la Armórica antigua, rica de sus leyendas; y en la playa configua, la mar cubre las rocas del extraño país que vió antaño las torres de la Ciudad de Is—la ciudad sumergida por castigo divino, cuyas campanas oye en la noche el marino...

Te escribo, desde el fondo de la arcaica Bretaña, lejos de Buenos Aires y de París. Huraña y enferma de civilización en sus giros, busca el alma a las veces estos nobles retiros, bien que a la patria vuelvan nostalgias de la mente, y líricos mensajes a la amistad ausente.

He venido a pasar mi semana de estío
junto a la mar azul. Aquí Rubén Darío
me expone sus juiciosos proyectos otoñales
y acuerda los pasados tiempos primaverales
con una voz fraterna. Es una voz que evoca
su juventud florida, su primavera loca—
jinete que a la grupa del celeste Pegaso,
abrió al sol y a los vientos su estandarte de raso.
Aquí ante el cielo azul y ante lo azul del agua,
me habla de su futuro viaje por Nicaragua,
del retorno a la tierra maternal y querida,
donde hallará las aguas de una fuente de vida...
Y entre los episodios de su historia lunática,
los nombres familiares amenizan la plática,
y al azar de los temas entremezclados van:
Díaz Romero, Ingegnieros, Lugones o Soussens,
Hugo el abuelo y el bisabuelo Virgilio—
y está de más decirlo: tu nombre asaz, Emilio.

Tenemos una "villa" lírica, y en la Villa
vive un Conde francés que es una maravilla.
El Conde es quien atiende nuestra Villa; y se llama
Austin de Croze. En su alma arde la sacra llama
del sueño y la ventura. Mas en el tiempo ido,
allá en sus mocedades de oro y de rosa ha sido
de la famosa Pléyade, y amigo de Verlaine,
y de Huysmans, y amigo de Jules Bois también,

pues este Conde que hoy mis veladas alegra,
fué satanista y dijo, mago, su Misa negra.
El amor de esta Villa lirica, y el paisaje,
y el viento, y los frigales, y el bienhechor oleaje,
y el sol de oro que enjoya las mañanas del cielo,
y el pájaro que cruza mar y cielo en un vuelo,
y el lirio de la espuma sobre la onda traidora,
y el negro leño de la barca pescadora
que con su única vela la inmensidad domina,
y la lona purpúrea de esa vela latina,
todo me llena el alma de una vida más sana;
siento un florecimiento de sangre más lozana,
siento que me renuevo, y el cauce de la aorta
hace correr la savia cordial que me conforta.

Así me identifico con el agua y el viento,
con la tierra fecunda y el áureo firmamento,
y en la unidad del Todo, voy hacia Dios, de modo
que puedo comprender, bajo los cielos, todo
lo que hay de bello y rudo en la vieja Bretaña.
Vivo una vida pintoresca, y la campaña
verde que me rodea, da no sé qué salvaje
emoción a este sitio de marina y paisaje.
Crecen aquí los mirtos y laureles de Grecia,
junto con las encinas clásicas de Lutecia,
y nos prestan su sombra de bosques familiares
los olmos rumorosos y los altos pinares,

que bajan en un suave declive de colinas
hasta el cristal de roca de las aguas marinas.
Y estos ilustres árboles de la literatura,
que adornan con su fronda nuestra "vileyatura",
saben la mañanera y fácil melodía
de la alondra que canta la aparición del día;
pero también conocen, para el invierno aciago,
en la noche, la bronca música del estrago,
el tumbo proceloso de las olas eternas
junto a la costa, el eco grave de las cavernas—
llanto de novias viudas, y ayes de pescadores
náufragos, cuyas almas, sobre un mar de pavores,
van a habitar el antro de la gruta encantada
donde las hadas tienen su divina morada.

Es la Bretaña, Emilio, tierra digna de ti:
hay menhires y dólmenes de los Druídas, y
cruces cristianas a la vera de las sendas,
por el campo sagrado de historia y de leyendas;
pardones que congregan muchedumbres devotas
en Rumengol, Plobán y Saint-Herbot; gavotas
populares, que danzan en la campiña frescas
doncellas ataviadas de cofias pintorescas:
y vetustas capillas de santas milagrosas,
y viejecitas que hilan al umbral de las chozas,
y zagalas que llevan el trigo a los molinos,
y "Pâtres" de almadreñas que van por los caminos,

y rapaces con vacas que por el campo van—
todo como en los bellos cuentos de Valle-Inclán...

Poeta verdadero de esta hermosa comarca
es Saint-Paul-Roux, que aquí vive como un patriarca.
(Cerca del mar habita su “Manoir du Boul tous”
donde es gallarda musa madama Saint-Paul-Roux).
Saint-Paul, feliz en medio de sus hijos robustos,
conoce las alegres mañanas de los justos;
ama al Sol orgulloso y a la paciente hormiga;
me apellida su “hermano”... y cree en Dios. —El sabe
la leyenda y la vida; y con el tono grave
que recibió del cielo, su imaginante prosa
algo de ello refiere en su libro *La rosa
y las espinas del camino*—buen poema,
propio de una alma rara y una mente suprema,
digno de quien se aleja del bulevar sonoro
para buscar en sí la eterna mina de oro
y de luz: la invisible, la divina Verdad,
la Belleza y el puro bien de la Soledad,
entre su grey, su perro, sus hijos y su cabra—
artesano del verbo, mago de la palabra.

En medio de esta vida de églogas, te recuerdo
lejos de lar y amor, o bien cuando me pierdo,
siguiendo entre las ronces una vereda angosta

que me conduce a los cantiles de la costa,
donde, silencio y olas, a la hora de la bruna,
tras los alcores se alza dulcemente la luna,
y veo entre su blanda celeste claridad,
prolongarse mi Sombra sobre la Eternidad...

Villa «La Pagode», 1907.

EPITALAMIO

A Echagüe.

Una musa provenzal,
por mi voz, en rimas de oro
te envía el canto nupcial.

Bulle el ágape cordial
de mil rumores sonoro,
como una fronda estival,

donde la alondra, augural,
trina en su violín de oro
el cántico matinal.

Se anuncia el día triunfal,
con el lírico decoro
de una visión pastoral.

Ebrio de luz matinal
muge a lo lejos un toro;
y bajo el sol oriental,

el rocío celestial
bruñe su gota de oro
en la rosa del rosal...

Oro del sol matinal
recojo en el vino de oro
de esta copa de cristal.

Y brindo el voto cordial
de nuestro ágape canoro,
por que en la alcoba nupcial

huyan las brujas del mal,
y quede, como un tesoro
de la noche conyugal,

cantando la alondra de oro.

EL VOTO PROPICIO

Dí mí diestra a la oscura ciencia de una Gitana,
y en la fatídica M que troncha un trazo fino,
revelóme el aciago signo de mi destino:
el fatídico signo de una muerte temprana.

Déme esa triste dicha de perecer mañana
la Lívica que acecha mi paso en el camino,
cuando aun mi carne llore por el arte divino
y arda mi alma en la lumbre de su pasión humana.

Corte el hilo invisible de mi vida su diente,
antes que se marchiten las rosas de mi frente;
mas concédame, al menos, en mi destino raro,

realizar en el mundo la visión de mis sueños,
que es dejar a otra frente mi corona de ensueños,
y mi amor en el ritmo de un poema preclaro.

V

LA RESPUESTA DE LOXIAS

(1911)

A José Enrique Rodó.

DRAMATIS PERSONÆ

MYRTIS, doncella de Tesalia.

EVÁGORAS, enamorado de Myrtis.

BLEPYRO DE FARSALIA, viejo Auleta.

PHEMONOE, Pythia de Delfos.

CLEONICE, ninfa del Amphriso.

Estatua de APOLO en el Hipethrion.

Son lejano de flauta.

Diálogo en cinco escenas.

La acción pasa en Grecia.

Epoca indefinida.

ESCENA I

En Tesalia, de noche, junto a una choza rústica.

EVÁGORAS

... Roto el encanto breve de nuestro amor, y el voto que formulé a los dioses, ya por el hado roto, su numen, que gobierna las dichas y la pena, a partir de estos montes amados me condena; y antes que al fresco valle descienda en luz el día, cuando aún en la noche de sombra y armonía, brille sobre estos montes, donde mi adiós deploro, la gloria de las Pléyades como un jardín de oro—tú me verás—¡oh, Myrtis!—por el camino verde que allá tras de las cimas familiares se pierde, partir en sino aciago, para una errante vida, rumbo a la tierra extraña del Ática florida...

MYRTIS

... Hermes la vía vela, y ayer junto a la senda donde el ara se eleva, depuse al dios mi ofrenda, para que el dios velara, por mi fe, tu camino, pues que cumplirse deben los hados del Destino.

EVÁGORAS

Cumplirse deben, Myrtis; mas cumplida en la ausencia de nuestro amor, la pena de esta fatal sentencia,

ya nunca más, entonces, mi corazón de hombre
gozará en la ventura de tus labios mi nombre;
ni jamás, en la calma de las tardes tranquilas,
me embriagaré en el éxtasis de tus grandes pupilas;
ni otra vez, en el trance de las dolientes horas,
me darán su caricia tus manos bienhechoras.

MYRTIS

Evágoras, tu pena será la pena mía.

EVÁGORAS

Peregrino doliente de esta melancolía,
no más veré en Tesalia de los geórgicos riscos,
los cándidos vellones de tus limpios apriscos;
ni otra vez, a la sombra de los bosques natales,
cosecharé en tus labios la miel de sus panales;
ni otra vez mi plegaria palpitará en las voces
sagradas, junto al ara de tus paternos dioses;
ni en la paz de las noches oiré en tu cabaña
el rumor del Amphriso que baja la montaña...

MYRTIS

Evágoras, tu pena será la pena mía...
sacerdotisa triste de esta melancolía,
vagaré, desolada, por los predios paternos
donde te amé en presencia de los cielos eternos:
ya nadie en sus colinas regalará mis manos
con el florido tirso de pámpanos tempranos!
Ya nadie en su boscaje, por ignoradas sendas,

me dará miel y vides en rústicas meriendas!
Ya nadie a mi capricho buscará entre las parras,
para amorosos juegos las líricas cigarras!
Y como tú, ya nadie coronará mi frente
con el laurel divino de rosas floreciente...

EVÁGORAS

¡Triste será el arrullo de las palomas buenas
que a Venus ofrendábamos en las tardes serenas!

MYRTIS

Triste será, y más tristes las voces de la tarde
solitaria, en el fondo de mi ánimo cobarde,
cuando el bosque en sombra se pueble de terrores,
o la Montaña, llena de lúgubres rumores,
forvamente resuene, como al galope seco
de un tropel de Centauros, cuyos sonos el eco
fraiga a mi alma de sombras y soledad transida.
Entonces tu presencia me será más querida.
Mi temeroso brazo querrá tu brazo fuerte.
Y así toda exaltada de misterio y de muerte,
guardaré la divina llama de tu memoria,
y ella será como una lumbre propiciatoria
para el aciago numen que a sufrir nos condena...

(Los dos amantes únense en un
abrazo emocionado. Evágoras se
despide, y Myrtis, sollozante, le
ve alejarse desde el umbral de su
choza. A lo lejos, el canto de los

gallos se alza anunciando el día...
En el cielo comienza a despuntar la mañana... Espectral, bajo su penumbra azulada, la sombra de Evágoras se pierde por el camino...)

ESCENA II

En la ruta sagrada de Delfos, varios años después.

BLEPYRO

Caminante que pasas en la tarde serena
y hacia la sacra Delfos tu lento paso guías,
dí qué dudas te llevan al templo de Loxías,
donde a los hombres habla la ciencia del oráculo?

EVÁGORAS

Dolor de amor conduce mi claudicante báculo,
Blepyro que en un tiempo viste mi faz risueña...

BLEPYRO

Dura es la vida, Evágoras, para el alma que sueña.

EVÁGORAS

Tú, en los fáciles días, bullir de fe me viste,
pero hoy, vencido y solo, voy por la tierra triste,
yo que en las Olympiadas triunfaba en la palestra,
cuando los discos ágiles volaban de mi diestra,
o en la carrera guiaba la cuadriga de potros,

y mi nombre aclamado por la voz de los otros,
vibraba en el sonoro Io-Peán de la Victoria,
que las turbas cantaban con alentar de gloria!
Mas hoy, toda esa fuerza de mi antigua bravura
se rinde ante la Imagen de amor y de amargura,
si mi alma rememora sus días de Tesalia...

BLEPYRO

¡Guay de Heracles vencido por el amor de Onfalia!
Yo también quise un día poseer el profundo
secreto de su seno. Trágica flor del mundo,
la mujer me guardaba su divina presea;
y como héroe que el triunfo de un alto afán desea,
desafié toda sombra, salvé todo horizonte,
llegué hasta las riberas negras del Aqueronte,
y derrotado al peso de mis adversidades,
torné sin ver el reino de tiniebla del Hades,
que el padre Ulises viera... Y ya en la tierra sólo
podrá alumbrar mi senda la sacra luz de Apolo
que en la tierra un destello de los dioses prolonga...

EVÁGORAS

¿Crees que arribaremos antes que el sol se ponga,
Blepyro?... Ya la tarde silenciosa declina,
y escuchar mi alma anhela la palabra divina...

BLEPYRO

Llegaremos a Delfos, apresurando el paso,
antes que el sol se ponga. Tras el monte Parnaso

verás morir el día y arder en claridades
el olímpico espejo de las rocas Phedrades.
Junjo al ara del templo, desde el Trípod—ombligo
de la Tierra—la Pythia dirá tu sino, amigo;
ella en palabra rítmica y alada como un verso,
dirá la luz que aun guarde para ti el universo;
y si el amor aciago tu corazón oprime,
ella dirá la cifra que del dolor redime...

EVÁGORAS

Algo en mí sufre y llora, Blepyro de Farsalia,
si mi alma rememora sus días de Tesalia...
Aun a través del tiempo más bella *la* figuro...
El cielo estaba lívido y estaba el campo oscuro.
Los gallos anunciaban el despuntar del día.
Y lloraba en el alba nuestra melancolía.
Tal su imagen, en mi ánimo doliente, se concreta:
bajo la luz del alba, se alarga su silueta
toda de blanco lino, que en melodioso y leve
peplo al caer, desnuda sus dos brazos de nieve.

BLEPYRO

La mujer el secreto del universo encierra,
y pasa como un numen fatal sobre la tierra!

EVÁGORAS

Bella estaba aquel día, cuando partí. Su cuello
niveo, sedño y alto, me pareció más bello,
cuando en el alba, al peso de la común angustia,

se dobló como el cuello de una azucena musúa,
y en la trémula fimbria de sus ojos fatales
vi asomar, como un rayo de lumbres irreales,
perla celeste o gota de místico rocío,
la dolorosa lágrima del llanto que aun expío...

BLEPYRO

En la mujer un rayo del misterio se advierte,
mas florece en sus labios la sangre de la muerte.
Su brazo, cuando abraza, como un dogal ahorca;
y su mano, al ceñirse como una blanda ajorca,
pone al varón el duro grillete del esclavo;
negro como el plumaje de los cuervos, o flavo
como la piel dorada de las púgiles fieras
es su cabello; duermen Esfinges y Quimeras
en su cósmico seno y en sus manos fatales...
Aun palpitan en ella las fuerzas primordiales;
y es cual un mar dormido sobre una dulce playa,
la varonil pujanza que a sus plantas desmaya!

(Llegan los peregrinos a la ciudad sagrada. El postrer rayo del sol rutila todavía sobre las rocas Phedrades. Entre un pequeño bosque de laureles, el templo del Apolo Pythico se alza rodeado por columnas de Paros. Evágoras se aparta a hacer sus abluciones rituales con el agua de la fuente Castalia. Y la Pythia aparece, hierática en el trípode, para escu-

char a Evágoras, que lleva en su diestra el ramo de los Suplicantes.)

ESCENA III

En las aras del Hipethrion, ante la imagen de Apolo.

LA ORACIÓN DE EVÁGORAS

Padre de luz que enciendes la gloria de los mundos
tú que en carro de fuego bajas a los profundos
abismos poseidónicos y las pánicas grutas
donde arcano de mares y montañas escrutas;
lampo de oro que en haces al firmamento subes,
y con tu llama enciendes en el alba las nubes
para la epifanía de tus propias auroras,
o en la noche la antorcha de las estrellas doras;
numen que das la pauta de la noche y el día,
por misterioso influjo de luz y de armonía;
tú de todas las sendas ignotas el viajero,
tú de todas las sombras el invencible Arquero:
recibe en tus altares como ofrenda mi báculo,
único bien que trae mi dolor...

El Oráculo

diga por ti el augurio que el porvenir encierra;
que para mí se alumbre por tu ciencia la tierra;
que tu voz el silencio del futuro interprete,
y en clara luz vafídica para mí se concrete;

que ese mirar los tiempos cruce como tu vira
de luz, y esa palabra suene como tu lira;
que tu mano de arquero frente a lo arcano tienda
su arco, y su flecha al fondo de mi dolor descienda,
oh Dios!, como descienes al más lúgubre abismo;
y si vences la sombra que se esconde en mí mismo,
daré para tus aras—Dios radiante y sonoro—
una lira de plata y un trípode de oro.

LA PYTHIA

Diré junto a las aras de mármol del Divino
su formidable Oráculo; mas antes, peregrino,
dime tu nombre...

EVÁGORAS

Evágoras.

LA PITHIA

¿Y tu patria?

EVÁGORAS

Tesalia.

LA PITHIA

Y di si el agua pura de la fuente Castalia
te lavó para el trance de los votos rituales.

EVÁGORAS

La transparente linfa de sus aguas lustrales
blucionó en mi cuerpo sus máculas terrenas;
el alma donde sólo mis sueños y mis penas

como las finas cuerdas de una cítara gimen,
viene a tus aras limpia de todo antiguo crimen.

LA PITIHA

Ahora, suplicante, frente al Dios que te escucha,
bajo su templo en donde con el misterio lucha,
dime tu amor, tu pena, tus dudas, tus quimeras,
e implora de sus númenes la dicha que aun esperas.

EVÁGORAS

Fué voluntad de Palas que, lejos de mis lares
y de mi amor, vagase por tierras y por mares.
Bajo el ampaño de Hermes bienhechor, he cumplido
su voluntad, y torno, por el dolor vencido,
donde Zeus la cátedra de la verdad afianza,
a buscar el secreto de mi última esperanza.
Un día, en las natales riberas del Amphriso,
la enemiga de Venus quebrar mi dicha quiso;
dicha de paz que a influjo del amor florecía
como un divino huerto de luz. Así aquel día,
quebrada la ventura del inefable idilio,
partí, doliente y solo, rumbo al mar. En mi exilio
navegué la ribera de las islas de Jonia;
vi en el ponto remoto la postrera colonia
de nuestra patria la Hélade; visité las Cyclades;
y peregrino triste de mis adversidades,
llegué a la Libya bárbara, donde en las noches bellas
vi sobre el Nilo vasto brillar nuevas estrellas...

e tan remotos climas, vuelvo a estas aras donde
resonancia olímpica de tu lengua responde,
n, Pythia—porque lejos de Tesalia he sufrido,
inenarrable angustia del imposible olvido...
yrtis era su nombre, dulce como un salterio...
a de mí la separan el tiempo y el misterio...
uise olvidarla, pero su nombre en cada fibra
e mi ser la renueva, y en mi espíritu vibra
do su ser; mas cuando quiero tornar hacia ella,
ajo la densa noche se oscurece la huella
e su Sombra... Oh, Apolo: dime por qué camino
odré tornar a verla; dime—¡oh, Loxías divino—
mo podré olvidarla? O si en aciaga suerte,
lo hallaré el olvido más allá de la Muerte?

(Caída la Pythia en el trance
vatídico, Evágoras ha oído, entre
sus voces confusas, estas pala-
bras oraculares, armoniosas como
hermistiqueo:

Soñar, amar, cantar.

(Evágoras desciende las gra-
das del Hipethrion y se aleja por
la ciudad, hasta el Pórtico de los
Peregrinos, donde encuentra a
Blepyro, el viejo Auleta, quien le
aclara el sentido de la respuesta
oscura del Oráculo.)

ESCENA IV

En el Pórtico de los Peregrinos, ya entrada la noche.

EVÁGORAS

... Y cuando Phemonoe dijo: "Soñar, amar,
cantar"—sentí en el alma como un tumbo de mar...

BLEPYRO

¿Y después?

EVÁGORAS

Fué el silencio... Y por fin la infinita
sombra... La propia sombra de mi vida maldita,
de esta vida de amor, de recuerdo y de duelo,
que al Dios de luz pedía su rayo de consuelo,
sin encontrar, en medio de su respuesta oscura,
nada más que el enigma de la propia amargura.

BLEPYRO

Tal respuesta, sin duda, no fué clara; mas fuera
impiedad, si dudáramos de su verdad. Certera
fué siempre la sentencia de Dios de lengua ambigua.
El aprendió esa ciencia, de la Themis antigua.
Por su madre Titánida recibió de la Tierra
la cifra del enigma que todo ser encierra;
y por su padre Zeus, el secreto destino
de los humanos sabe. Cuando él a Delfos vino,
Trophonio y Agamedes, bajo el son encantado
de la lira, elevaron el Hipethrión sagrado;

y esclarece la historia de ese don esotérico,
la tradición augusta de un viejo verso homérico.
Y puesto que el designio de los dioses bien sabe
la recóndita pena que abisma tu alma grave,
fuera mejor, Evágoras, que en tu propia conciencia
buscaras el secreto de la sutil sentencia...

EVÁGORAS

Amar!, y la amargura del amor me ha traído...
Soñar!, y en el engaño del ensueño he vivido...
Cantar!, y el hondo pecho se me deshace en llanto
de amor...

BLEPYRÓ

¿Acaso ignoras el armonioso encanto
de la lira; o, acaso, la potencia titánica
que aun guardan los carrizos de la siringa pánica?

EVAGORAS

No lo sé... Mas un día me alejé de mis lares,
para buscar la dicha por tierras y por mares;
pero en tan dura senda fuéme la suerte infausta;
y hallé seca la vida como una viña exhausta...
Sonó mi nombre en todas las ágoras de Atenas;
ciñó mi frente el lauro de las glorias terrenas;
mas en las quietas noches, tras de cada victoria,
sólo encontré un fantasma donde soñé la gloria.
Siempre bajo el recuerdo de mi amada doliente,
renunció a la corona de ese laurel mi frente;

y un día, despojándome de sus terrenas galas,
con el laurel inútil, hice una ofrenda a Palas...
En la Beocia fecunda, sembré la tierra yerba.
Junto a mi casa tuve mi jardín y mi huerta.
Llevé a Pan la primicia de los frutos mejores;
y el numen de los campos me dió frutos y flores.
A la proficua sombra de mi heredad florida,
hubiera sido hermosa como el amor la vida.
Pero la tierra toda parecía desierta.
La sombra de la ausente vagaba por mi huerta.
Y así en la muda incuria de mi ser abatido,
se cubrió de malezas el predio antes florido...
Desventurado entonces, quise domar la fiera
pena de mis entrañas, en la nocturna hoguera
del placer, cuando el fuego del vino y la lujuria
junta sus locas llamas en una sola furia
de pasión o de muerte... Y en noches voluptuosas,
exornadas mis sienes de anacreónticas rosas—
los aromas huineantes sobre el marmóreo plinto,
la crátera colmada de vino de Corinto,
y la hetaíra en danza, sobre sus pies desnudos,
al cadencioso golpe de los crótalos rudos—
ofrendara a Dionysos hez de melancolías
en la dorada fiala de mis tristes orgías...
y ahora cuando la tarde bajo los cielos llega,
y el hondo pecho en lágrimas de congoja se anega,
del fondo de mi vida se alza como un reproche
la imagen de la ausente bajo la inmensa noche...

Amar!, y la amargura del amor me ha traído...
Soñar!, y en el engaño del ensueño he vivido...
Cantar!, y el hondo pecho se me deshace en llanto
de amor...

BLEPYRO

¡Oh, tú no sabes el misterio del canto!...

Cuando la tarde lenta bajo los cielos llegue,
y el corazón en lágrimas de congoja se anegue,
y del fondo de tu alma se alce como un reproche
la imagen de la ausente bajo la inmensa noche—
la música doliente que en la flauta suspira,
o la armoniosa música que solloza en la lira,
te darán, por misterio del amor y del arte,
lo que los viejos númenes jamás pudieron darte;
pues su voz misteriosa dice el dolor profundo
que nuestra carne trae de la entraña del mundo,
y ella a la vez modula para nuestros anhelos
la armonía divina que aprendió de los cielos...

(En el silencio de la noche,
Blepyro, el viejo Auleta, ensaya
un canto de remembranza y de
dolor. Evágoras lo siente como si
fuera un eco de su propia exis-
tencia. Y por milagro de Loxías,
se aleja de Delfos modulando en
la flauta del Auleta el canto no
aprendido... Y se oye por el ca-
mino de Tesalia ese canto, cada
vez más lejano..)

ESCENA V

En Tesalia, de noche, a las riberas del Amphriso.

MYRTIS

... Hace ya largo tiempo que partió... Solitaria, fíngeme mi alma a veces, para engañar su diaria nostalgia, en los rumores de la tarde, o en una sombra que entre los árboles deja al pasar la luna, cuando la noche lírica sobre el Amphriso llega... Y la brizna de hierba que en su torrente juega, y la hoja desprendida que lleva su agua rauda, y el agua recamada por su espumosa cauda, y el iris de las tardes en la trémula onda, cuando va luminosa por su callada fronda— todo cuanto mirábamos juntos en otros días reaviva en el silencio de mis melancolias su recuerdo lejano...

(Sentada entre las rocas de la orilla, interrumpe Myrtis, porque ha oído en el bosque un rumor de misterio; y Cleonice la Náyade, que la escucha desde el remanso habitual, presta el oído al bosque, sobresaltada.)

... ¡Oh, Cleonice! ¿Has oído ese rumor extraño, ese vago ruido

que turbó la floresta con un divino acento
jamás oído?...

CLEONICE

Acaso fuera el rumor del viento
que entre los viejos olmos de la floresta vibra;
o acaso el son del agua que su combate libra
con las rocas hostiles, cuando baja ligera
por la escarpada falda de los montes...

MYRTIS

No era
ni el rumor de la brisa, ni el acento del agua...

CLEONICE

Eran quizá las voces que Eco en el aire fragua...

(Vuelve a oírse en el aire el son
extraño, y en el bosque se siente
la inquietud de una presencia in-
visible.)

¡Extraño son!... No era ni el rumor de la brisa,
ni el acento del agua, ni era la loca risa
de Eco jovial que el aire de los montes conmueve...
Cuando las quietas ondas del ámbito remueve
un tropel de Centauros que a lo lejos galopa,
forma rumor análogo su bulliciosa tropa;
y es una voz como ésa la voz de las bacantes
ebrias, si al aire lanzan, en rondas delirantes,
el levohél sonoro. Pero en sus locas fiestas,]

la furia de Dionysos pasa por las florestas;
y en el son de la ronda que al dios bicornes aclama,
parece que la Vida por sus cien bocas brama,
y se siente en el agua, en el aire, en la tierra,
la voz desordenada de sus fuerzas en guerra.
Pero hoy más bien dijérase que una elísea frescura
vibra en la luz y el aire de la verde espesura:
primaveral, Deméter los árboles decora.
Como un alma, la vasta serenidad de la hora
vibra en todos los seres esta tarde. Una onda
de beatitud me traen las aguas de la fronda;
y la aoclesia inefable de las albas serenas,
filtrase dulcemente por mis vibrantes venas.

(Vuelve a sentirse el estremecimiento del bosque; y de su lejanía silenciosa, llega el son de una flauta.)

¿Myrtis: el son lejano de aquella flauta oíste?...

MYRTIS

¡Nunca su son, Cleonice, me pareció más triste!

CLEONICE

Triste porque la música de esa flauta modula
la beatitud recóndita del Amor, que hoy circula
por las sensibles fibras de la selva. Ese canto
hecho está de esperanza, de misterio y de llanto;
milenarios tormentos su emoción rememora,

y suenan sobre el hondo silencio de la hora
crepuscular sus voces armoniosas y bellas,
como la pauta única que desde las estrellas
hasta la Tierra, madre de regazo fecundo,
rige la formidable mecánica del mundo...

(El son de la flauta vuelve a
cortar el diálogo. La paz del bos-
que es ahora total.)

... Sonó por vez primera, cuando a Siringa, un día
Pan, amante, cantara la sacra melodía.
Desde entonces, a veces, algún Sátiro en celos,
presa la pobre alma de lúgubres anhelos,
ensaya el dulce canto por sus agrestes cañas;
pero suele esa música sonar en las montañas
familiares, como una voz a la cual no rigen
los números celestes que son el alto origen
del amor. Y cuando oye la Diosa aquella flauta,
hacia un rincón del bosque lleva sus ninfas, cauta;
mas si oye el son antiguo de la flauta cenceña,
con sus ninfas, en coro, canta al amor, y sueña...

(Suena otra vez el canto, me-
nos lejano, como si el misterioso
auleta se acercara.)

... Ayer cuando cruzábamos la floresta armoniosa,
oímos de pronto el eco de aquel canto. La Diosa
que su legión de blancas Náyades conducía,

quedó suspensa y muda en la blanda armonía
de esa flauta. Los perros de la trailla que ágiles
y acezantes corrían, entre las cañas frágiles
de la vera, en silencio detuvieron el paso.
La tarde melancólica descendía al ocaso,
y estaba el bosque bajo sus frondas vesperales,
voluptuoso de aromas y ebrio de manantiales,
cuando la Diosa, pálida en la luz del sendero,
dijo: —“¡Oíd! Es el canto del amor verdadero!”

(El éxtasis de la tarde ahóndase en la espesura. A lo lejos, se eleva el canto de las Ninfas. Cleonice huye sobre el remanso, aguas arriba, para unirse al coro.)

CLEONICE

(Con el coro de las Náyades, a lo lejos.)

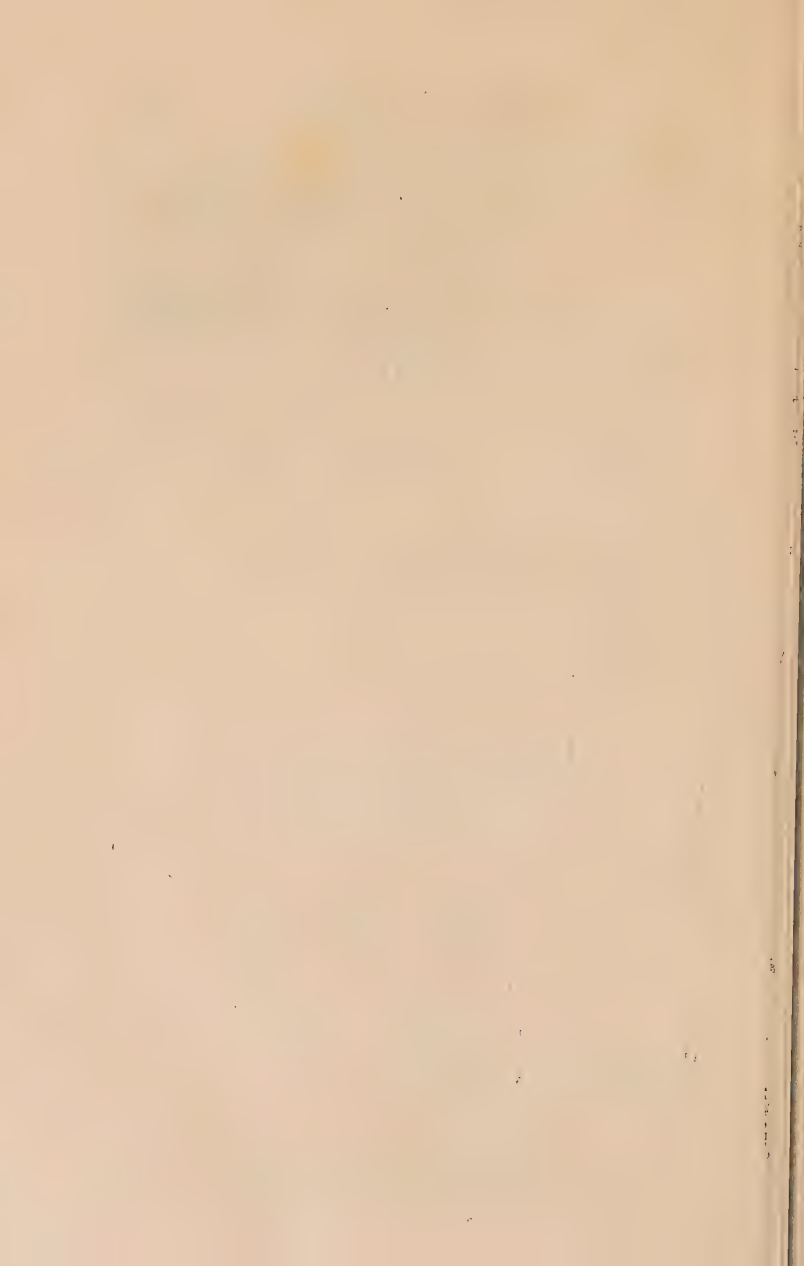
Por los bosques y linfas
de la tierra y el mar,
sea la vida—¡oh ninfas!—
soñar, amar, cantar...
Por los bosques y linfas
de la tierra y el mar...

(La selva entera, movida por el
son milagroso, parece cantar el
triumfo del amor...)

*Sea la vida, oh ninfas,
soñar, amar, cantar...*

(Myrtis, solitaria en sus rocas,
sueña con el presentimiento de
una dicha inefable. De tarde en
tarde, suena la flauta en el cre-
púsculo, cada vez menos lejana,
como si el misterioso auleta se
acercara...)

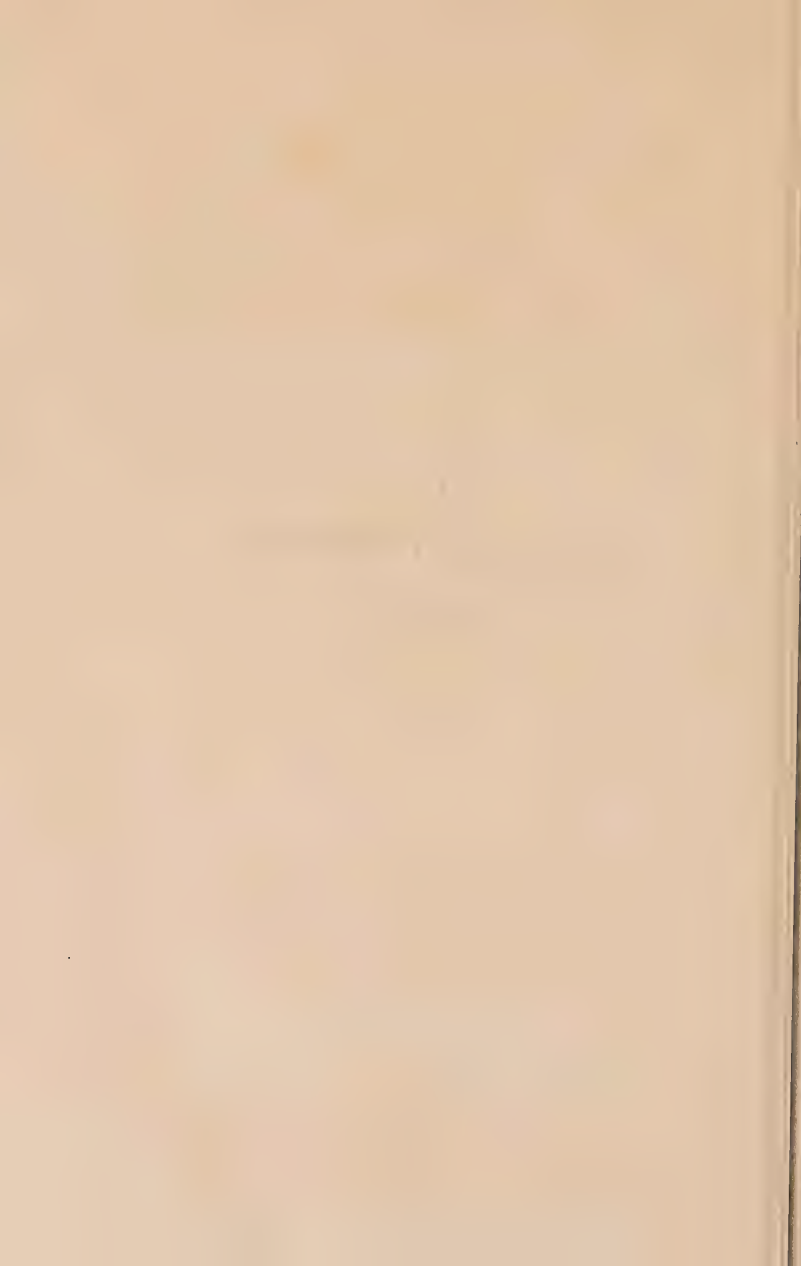
Y ASÍ TERMINA EL POEMA



VI

CANTOS DE PERSEFONA

(1906-1921)



ROMANZA DE LAS TRES INTERROGACIONES SENTIMENTALES

I

Ella, la que adoro,
la que en rimas canto
y al lírico encanto
de mis rimas lloro,
preguntóme un día
cómo la quería...

(Era en la floresta
la estación propicia
para la respuesta:
bajo la floresta
vibraban delicia
Cupidos en fiesta.)

Y le dije: —Te amo
tal como te evoca,
metonimia loca,
mi íntimo reclamo:

lirico resumen,
playa y atalaya
de la eterna Maya
para el triste numen,

lirio de martirio,
ola, barcarola,
iris, orla de ola,
blancura de lirio,

lumbre de la cumbre,
lumbre de la estrella,
lumbre pura y bella
del que arde en tu lumbre!

Tiene este cariño,
flor de mi existencia,
la cándida esencia
de un amor de niño;

anima su interna
virtud de belleza
la íntima pureza
de una unción eterna;

y en tu ara, mis ritos,
por influjo oculto,
restauran el culto
de inefables mitos.

En su luz suprema,
toda suerte vana
de ambición humana
sus escorias quema;

y en la lumbre pura
que esa luz engendra,
mi vida se acendra,
mi alma se depura.

|| (Era en la floresta
la estación propicia;
vibraban delicia
Cupidos en fiesta...)

Y la amada ardiente,
bella de sonrojos,
benévolamente
me miró en los ojos...

II

Ella, la que adoro,
la que en rimas canto
y al lírico encanto
de mis rimas lloro,
preguntóme un día
por qué la quería...

(Era en la floresta
propicio el instante
para la respuesta:
iba en la floresta
mi suntuosa amante
vestida de fiesta.)

Y le dije: —Tiene
mi amor peregrino
todo lo divino
que de ti le viene...

Y te amo por esa
razón paradójica
de la clara lógica
que el amor profesa:

¡Te amo porque te amo!
Por nada y por todo;
porque sí... De modo
que "Mía" te llamo—

puente de mi abismo,
nimbo de mi gloria—
por ejecutoria
de mi pecho mismo..

A veces me inquieta,
si tu boca linda,
tu labio de guinda,
tu ojera violeta;

o si tu fragancia
de aromado nardo
que en el alma guardo;
o si la elegancia

con que te consagra,
tu chal de etamina
fina figulina
de una ideal Tanagra,

no serán, en veras,
mi "por qué" de amores;
pero en sus dolores
saben mis quimeras

que mi alma y la iuya,
concertando grimas,
casan en sus rimas
trova de aleluya.

(Era en la floresta
propicio el instante:
la tarde... la amante...
el rumor de la fiesta...)

Ella alzó la frente:
y ardida en sonrojos,
dolorosamente
me miró en los ojos...

III

Ella, la que adoro,
la que en rimas canto
y al lírico encanto
de mis rimas lloro,
preguntóme un día
dónde la quería...

(Era en la floresta
propicia la hora
para mi respuesta;
era en la floresta
la hora soñadora
de la tarde en fiesta.)

Y le dije: —Tengo
para tu alma una
comarca de luna,
por noble abolengo.■

Prez hereditaria,
para mis quimeras
diéronme las eras
tierra legendaria.

Tengo en ella bellos
palacios muzárabes,
y leyendas árabes
de amores en ellos.

¡Hacia allá suspira
mi pecho salvaje—
fiero abencerraje
que sangrando expira!

Tengo en ella frondas
llenas de rumores,
que narran amores
de princesas blondas;

y en ella te quiere
mi alma, dolorosa
selva melodiosa
donde Isolda muere.

Tierra en cuya playa,
la probada y viva
fuerza combativa
del héroe desmaya,

quiero conducirte,
¡oh, mi amada!, adonde—
numen de la sirte—
Loreley se esconde...

Ven a la comarca
de la azul ribera:
mi lírica barca
va a partir; te espera.

(Era en la floresta
la hora soñadora,
la propicia hora
de la tarde en fiesta.)

Y ante el sol poniente,
bella de sonrojos,
deliciosamente
me miró en los ojos...

Deliciosamente.

LA NOCHE AZUL

La noche, toda azul, era tan pura
que en su diáfano abismo, las estrellas
del cielo tropical, mucho más bellas
lucieron tras de tanta desventura.

Templo nupcial halló nuestra aventura
bajo la grave excelsitud de aquellas
umbrías que ampararon mis querellas
en silencio infinito y luz de altura.

Tú estabas en mis brazos coronada
por esa plenitud de luz nocturna,
ebria en la plenitud de ser amada;

y desde esa hora de emoción divina,
guardaste para mí, como en una urna,
la noche azul en tu alma diamantina.

Río de Janeiro, 1913.

LEYENDA

Escucha, Musa mía: tu poeta va a hablarte,
Y brotarán ahora, por la magia del arte.
de su largo silencio raudales de armonía,
cual de la roca mística brotara el agua un día...

Sueño infinito, sueño de inefables amores,
visión nocturna llena de líricos dolores, ¡
eso fué... Cuando en medio de la noche traidora,
fué para mi pobre alma la hora reveladora,
inmóvil yo en la sombra del tortuoso camino,
mudo yo ante el enigma de mi propio destino.
Entonces, blandamente, me apareció a lo lejos
una mujer divina y humana... Los reflejos
de un astro rutilante bañaban su figura,
tierno lirio vestido de una nupcial blancura...

*(Y cuando iba a nombrarte como nadie te nombra,
oh, aparición excelsa, te perdiste en la sombra!)*

No la igualaran todas las náyades más bellas,
luciendo al aire diáfano su desnudez de estrellas;

ni la igualaran todas las reinas más preclaras,
cubiertas por el boato de sus túnicas raras:
sobre el ebúrneo cuello de helénico relieve,
la cabeza ritmaba su paso fino, breve;
de sus pupilas húmeda lumbre estelar manaba;
sus grandes ojos eran de Eros la negra aljaba...
Y al perderse, algo fúnebre me señaló su rastro,
cual si se hubiera hundido a lo lejos un astro.

*(Ah, cuando iba a nombrarte como nadie te nombra,
dulce visión humana, te perdiste en la sombra!)*

Eran sus pensamientos bellos como las olas
que se irisan y mueren. Ecos de barcarolas
fiernísimas poblaban el éter de sus sueños,
corazón hecho todo de ternura y de ensueños—
vaguedades de luna, seda de los plumajes,
blancura de los cisnes, arpa de los ramajes...
Por ello nuestras almas armonizaron tanto,
dos gemelas unidas por un común encanto
de amores... Y su pena consonó con mi pena,
como en diversos versos la misma rima suena.

*(Mas cuando iba a nombrarte como nadie te nombra,
triste visión divina, te perdiste en la sombra!)*

Y se perdió en las sombras... Y la sombra infinita
tornaba los paisajes en comarca maldita.

donde los viejos árboles alzaban su figura,
como esqueletos rígidos sobre la tierra oscura:
oíase en el aire los pavorosos vuelos
de pájaros nocturnos; bajo los negros cielos,
un estupor de vértigo me arrastraba; sentía
una guerra de voces en la noche sombría:}

Seguir!—clamaban unas;
Volver!—otras clamaban;

Y entre las dobles voces que las tinieblas daban
por descifrar la clave de mi propio destino—
atónito en la sombra del tortuoso camino
rodé como un cadáver sobre la tierra inerte...

¡Y evoqué, desolado, la quietud de la Muerte!

EMOCION VESPERTINA

La beatitud de Dios colma la inmensa
vaguedad de los cielos donde arde,
sobre el hondo crepúsculo suspensa,
la nostálgica estrella de la tarde.

Bajo lo azul—en su ámbito secreto—
las pesadumbres de la tarde ampara
aquel parque romántico y discreto
donde en mejores tiempos nuestra ilusión hablara.

Una emoción idílica a porfía
sugiere al corazón aquella escena,
hasta en el astro dulce, y la agonía
de la tarde serena...

Lleva la brisa el cálido suspiro
que una alma huérfana en la tarde exhala,
y semeja, al pasar, su raudo giro,
la fugitiva suavidad de un ala.

Son las últimas brisas otoñales,
cuyo genio de páramo deshoja,
con invisibles manos espectrales,
vestiduras florales... —Una hoja

lívida tiembla, se desprende, rueda;
otra hoja mustia la acompaña al paso;
y vuelan todas en la brisa leda
que las lleva al acaso.

Y el fantasma tenaz que me persigue,
reviene al corazón en la hoja inerte:
por el camino que mi cuerpo sigue
va con ella la imagen de la muerte.

Yo también, por la senda solitaria,
como el follaje efímero me pierdo,
allá, donde la mente visionaria
dialogaba de amor con tu recuerdo.

(... Fué tal vez un camino como éste
el que holló la pareja verleniana,
cuyo *Coloquio* lírico y celeste
se acibaraba de desdicha humana;

pero a nuestra pareja, eterno dueño,
la separan el tiempo y el destino...
Voy solo... y siento el peso del ensueño
sobre las desventuras del camino...)

¡Por eso tú me angustias, oh, bella tarde pálida!
Me parece más torvo cuanto existe:
la fronda más escuálida,
el otoño más triste...

Y dando, en su blancura, sugerencias más hondas
a la veste floral cuando caduca,
al ya precario abrigo de las frondas,
un "Invierno" de mármol se acurruca.

NOCTURNO I

¿Quién eres, pálida visión
que a la hora negra de los sueños
vienes de tu limbo de ensueños
a torturar mi corazón?

Visión de sombra y claridad,
llegas de un país de Ultratumba,
como una síntesis de la tumba
hecha de ensueño y eternidad.

Partes de aquí a la hora del alba,
y a su malsana luz azul,
ondeante vuela, oscura o alba,
la falda de tu veste de tul.

Mas cada noche vuelves como en mística cita,
y yo te espero sin saber por qué;
quienquiera que tú seas: Margarita,
Perséfona, Salomé...

NOCTURNO II

Una luna trágica
sobre el agua riela
y en su lumbré mágica
mi añoranza vuela...

De ópalo y topacios
sobre el claro mar,
forja sus palacios
nuestra hada lunar.

Y la luna finge
rostro de pavor,
vagabunda esfinge
de amor y dolor.

Y en esa oportuna
luz de eternidad,
que esparce la luna
por la inmensidad,

tú te corporizas
leve como un tul,
entre las cenizas
de la noche azul.

NOCTURNO III

En las nocturnas altas horas,
cuando el silencio es más profundo,
cuando brillan, torturadoras,
las estrellas evocadoras
sobre la negra faz del mundo;

cuando hasta el lento ritmo seco
del reloj familiar retumba,
y al corazón responde ese eco
de la casa que ahonda su hueco
en soledad y paz de tumba;

cuando maullan sobre los tejados
los gatos lúgubres en cuita,
y a sus clamores desgarrados
se despiertan hipnóticos pasados
en lo triste del alma infinita:—

no es el falaz fantasma de victoria
que anima el brazo en toda humana guerra,
lo que viene a mi lírica memoria,

ni es el inútil sueño de la gloria
que conceden los reinos de la tierra;

sino tu Imagen, friste amada mía,
tu Imagen que mi labio nunca nombra,
mas que traduce en verso y armonía,
la belleza magnífica del día
y el misterio inefable de la sombra...

NOCTURNO IV

Tras la abierta ventana
de mi alcoba sombría,
mi pensamiento al éxtasis se abría
de la noche sabática y lejana.

El campo era en la media-
noche, cuando la luna
da a Canidia oportuna
sus potencias de hechizo y de tragedia...

Cabalgando a los pálidos reflejos
de una luna redonda,
pasó la aciaga ronda
para el rito sabático a lo lejos.

Espectral, sobre un monte,
se alzó el mágico dios piernas de cabra,
y escuché la satánica palabra
que llegaba del trágico horizonte.

¡Nunca mi labio diga
lo que mi alma en el éxtasis oyera—
fatalidad de llanto y de quimera
que fragua en el misterio la potencia enemiga!

Mas tu recuerdo vino—
oh, Amada a quien mi labio nunca nombra,
y en aquella palabra de la sombra
te uniste para siempre a mi Destino...

NOCTURNO V

Inútil arrullo
fontana canora,
acalla el murmullo
del agua que llora;
ahoga, fontana,
tu gárrula curva
de rumores vana
que mi noche turba.

Y tú, sola estrella
que de lejos miro,
apaga tu bella
lumbre de zafiro;
lleva, estrella única,
tu radiante broche,
mas dame la túnica
sufil de la noche...

Que su sombra baje
para el solitario...

Que ella me amortaje
de suave sudario...
Que el jardín en calma
y en silencio, acierte
a dar a mi alma
la paz de la muerte...

NOCTURNO VI

Noche otoñal. Afuera el viento zumba
con un rumor extraño y desgarrante,
y en la nostalgia de tu amor distante,
pienso en tí y en mi madre y en la tumba.

Como algo que en la noche se derrumba,
mi corazón resuena palpitante,
y ante mi absorto espíritu de amante,
pasas como una sombra de ultratumba.

La luna aciaga desde el cielo vierte
sobre los campos una luz de muerte;
vuelan al viento de la noche, mustias,

las secas hojas que el otoño arranca,
y en aquel haz lunar de lumbre blanca,
pasan nuestras dos lívidas angustias.

NOCTURNO VII

Acaso tú eres la Visión aquella
que aguardaba mi espíritu errabundo,
la astral habitadora de una estrella,
desterrada en la sombra del mundo.

Vienes a mí de no sé qué distancias,
como una mensajera de misterios,
entre humo de litúrgicas fragancias,
y melodía de salterios...

Por eso como un monje pendolista
con tu preclara imagen mis páginas decoro,
y enlace al minio con primor de artista
y en fe de amor, tus iniciales de oro.

Mas, a veces, en medio del profundo
silencio de la noche, mi alma fuerte
para medrosa el cálamo, al sentir sobre el mundo
el rumor de las alas de la muerte...

AGUA MUERTA

Defúvose mi bote sobre las aguas muertas;
cayó a su flanco el remo del remador bisoño;
y armonizó la escena con mis horas inciertas,
a la vislumbre pálida de aquel cielo de otoño...

Los ambiguos celajes, con matices ya viejos
de púrpuras exangües y de apagadas lilas,
proyectaban un tenue resplandor, a lo lejos,
en la tersura inmóvil de las aguas tranquilas.

Atrás de mí la noche, con invisible paso,
diluyéndose lene por el agua y la fronda,
comunicaba un nuevo matiz a aquel ocaso
tan sereno en la muda beatitud de la onda.

De la estación adversa bajo el fúnebre imperio,
la tierra aletargábase de silencio y de calma;
y a la hora de las tardes su hálito de misterio
infundía en las cosas la tristeza de un alma.

Los fríos prematuros y las rachas crueles
dejaron la comarca sin sus mejores galas;
tuvieron los follajes crujidos de papeles
cuando quedó la fronda sin músicas ni alas.

Hacia el confín incierto, las aves fugitivas
un tibio adiós llevaron; y del inmóvil sauce,
con laxitud más honda, las ramas pensativas
cayeron a la vera del solitario cauce.

Y fueron los crepúsculos tan tristes y tan bellos
que todo se colmaba de inefables congojas,
y su paz fué tan pura, que se advertía en ellos
la trémula caída de las marchitas hojas.

De pronto, aquella tarde, la brisa, en la ribera,
soplara los ramajes de la arboleda mustia,
despertando los sonos de una canción ligera
modulada en una aria de melódica angustia.

Sugestionada mi alma por aquel son doliente
que lloraba en la tarde su añoranza, más triste,
dormí... soñé... en las manos reclinada la frente...
y tú de lo más hondo de aquel sueño surgiste.

Jamás en mis nostalgias te sentí más remota,
ni más bella a mis ansias te apareciste nunca,
y fué en aquel momento nuestra esperanza rota
como en la brisa el aria de una música trunca.

En mi alma aparecieron comarcas interiores
más lívidas que todas las tardes otoñales...
¡oh, país melancólico de inefables amores,
envuelto en el crepúsculo de las horas letales!

Al despertar, la sombra, callada, taciturna,
donde vanas visiones el pensamiento fragua,
reinaba ya... Y en medio de la cuenca nocturna,
sentí la tenebrosa fascinación del agua.

Tigre, 1906.

BALADA

A veces, desde el fondo de la clara memoria
donde mi amor te guarda, te alzas propiciatoria
para velar mis sueños... Ante la incierta esfinge
de los futuros días, tu nueva forma finge
la realidad ya ida de los días lejanos,
y en renovado símbolo de dolores humanos,
lánguidamente pasas por esa triste senda
de mi ayer, como una figura de leyenda
sobre un paisaje antiguo... Es una senda triste
donde el hado encantado de la ilusión te viste,
matizando sus velos, a la luz de la hora,
con la mágica veste que el ámbito decora.

¡Oh, los nupciales velos del alba en el celeste
cielo de la Mañana!... ¡Oh, la amorosa veste
de la Tarde en el fondo de una quieta arboleda!...
¡Oh, el doloroso manto de la Noche que en leda
veste envuelve tu cuerpo con un manto de seda—
negro como la sombra...
leve como la sombra...
blando como la sombra!

I

La Mañana en la dicha del paisaje sonrie.
Una lirica alondra desde la fronda ríe,
y entrega a los cristales del aire diamantino
las matinales músicas de su trino divino.
Como de una urna de oro su luz el día vierte,
y sobre manderecha del paisaje, se advierte
que, pascual, un aprisco de corderitos blancos
frisca junto al arroyo que baja los barrancos
del collado florido; mientras cerca las lomas
de la siniestra vera, se arrullan dos palomas...
Cielos y tierra ostentan, bajo las matinales
luces, la blanca pompa de las fiestas nupciales.
Tachona el campo verde la flora de los sueños...
Lirios albos y rosas de pétalos sedeños
señalan el sendero de esperanza que viene
desde el fondo del alba. Y aquel paisaje tiene—
con sus alegorias junto a la clara senda
donde pasas como una figura de leyenda
sobre un paisaje antiguo—la cándida alegría
que presta al campo todo tu imagen bella y pía,
cuando, dichosamente, bajo el efluvio célico,

te envuelve ese magnífico decoro
de las beatas visiones del Angélico:
blanca silueta sobre un alba de oro.

¡Oh, mi novia mística:

por ti se engala

de luz eucarística

la aurora lejana!

¡Oh, mi novia mística

que eres en el alba

la espuma del agua,

la flor de la rama...

II

La Tarde en la belleza del paisaje suspira.
Ronda gaja de céfiros pausadamente gira
sobre los prados y se detiene a la vera
de la senda en que vienes como una Primavera
"boticellesca", envuelta, con elegante alarde,
en un velo que copian las tintas de la tarde.
Honda de luz, la bóveda de los cielos azules
cúrvase en un poniente de amortiguados tules,

donde pálidas nubes—en lila y rosa tierno—
flotan a la dulzura de un éxtasis eterno.
Es la hora sagrada del amor. Es la hora
de esa emoción que pasa, muda y arrobadora,
sobre la tierra absorta y el alma estremecida,
como el vuelo de un ángel sobre la mar. La vida
que anega en su misterio mi corazón de hombre,
sube a mi labio y cifra su misterio en tu nombre
bienamado... Y aquella palabra en sí concreta
la emoción de la tarde y el sueño del poeta,
que están en ti por una comunión misteriosa,
cuando envuelta en la veste de la tarde amorosa,
morosamente vienes hacia mi alma que sueña,
 más bella en tu hierática figura
 que las nobles visiones del Mantegna,
 sobre ingenuos paisajes de ventura.

*¡Oh, mi amada mística,
por ti se engalana
de pompa eucarística
la tarde lejana!
¡Oh, mi amada mística
quen en la tarde pasas
envuelta en su clara
veste sonrosada...*

III

La Noche en el misterio del paisaje se añora.
Resignada, sus viejas fatalidades llora
en la lágrima augusta que vierten las estrellas.
Sobre el paisaje, apenas, vense veladas huellas
que se hunden, a lo lejos, en la quietud nocturna.
Pasa el Silencio sobre la tierra taciturna,
mascullando oraciones en sus barbas de sombra,
como un antiguo monje de un Dios que no se nombra.
Es la hora dantesca del dolor... Es la hora
de las desesperanzas y de la punzadora
duda, que hace más hondas las noches solitarias
Hora de las visiones... Hora de las plegarias...
Cuando al benigno influjo de tu recuerdo o de una
misericordia oculta, suele alzarse la luna
como una hostia en el ara fúnebre de los montes,
difundiendo su vaga luz por los horizontes
y por mi ser en dulce consolación... Su triste
lino de luz entonces con su monjil te viste,
y envuelta en la penumbra de esa veste de cuitas,
eres la bienhechora de mis noches malditas,
con tus manos ungidas en un óleo de nardo—

flores de lis entre lunares tules,
manos de la Gioconda de Leonardo
sobre un campo de lúgubres azules...

*¡Oh mi esposa mística;
por ti se engalana
de luna eucarística
la noche lejana!
¡Oh, mi esposa mística
que en la luna vaga
me traes la alada
caricia del alma...*

ENVÍO

Así en visión eterna de espíritu perduras.
Electa, Amada, Unica—reencarnas tus figuras
en la arcilla de ensueño de mis locas venturas.

Cuando como una bella deidad propiciatoria,
fe alzas desde el callado fondo de mi memoria,
nimbada por la vida, nimbada por la gloria...

¡Tu veste blanca es una cándida remembranza
de cuando éramos niños, de cuando en lontananza
de la vida se abría risueña la esperanza!

¡Cuántos dolores—¡cuántos!—mis ojos han mirado
desde aquella lejana mañana del pasado!
¡Cuántas lágrimas! cuántas lágrimas han llorado

los ojos que en la senda de luz y de alegría,
disipada la sombra de esa melancolía,
ven, hoy, llegar de nuevo tu imagen bella y pía...

VILLANELA DE LA REMEMBRANZA

Yo soy el mismo de aquella
noche de ensueño y dolor;
yo te vi, pálida y bella,

gemir en flébil querella,
grimas de amor y de mor;
y torno como en aquella

noche que un secreto sella,
a decir en tu loor,
que te amo pálida y bella—

pálida como una estrella
y bella como una flor...
igual que en la noche aquella,

cuando al dejarte su huella
un fugaz temblor de amor
en la faz pálida y bella,

te pincelara sobre ella
rosa efímero el pudor...
Y pues en la noche aquella,

tras la apagada centella
del pasajero rubor,
livideciste más bella,

así tu imagen descuella
sobre mi sombra interior,
hoy que torno como aquella

noche de ensueño y dolor,
a amarte pálida y bella:
pálida como una estrella

y bella como una flor.

LA COPA VOTIVA

Yo soy como un artista florentino,
que la ardua Copa del Amor cincelo:
deja que engarce en oro bizantino
tus magas piedras de mirar felino
donde en iris fatal se astille el cielo.

Diamantes negros denme tus pupilas
bellas si tenebrosas, y más bellas
si la dulzura del amor destilas;
estrellas en su noche más tranquilas,
noche más honda atrás de sus estrellas.

Rojo rubí de húmedos colores
como de rojas rosas, me den esos
rubíes de encarnados resplandores
que arden en tus dos labios tentadores,
labios que son señuelo de mis besos.

Opalo y perla me dará tu mano,
mano que hace soñar como ninguna,

en el ópalo vago de un lejano
cielo de otoño, y en el soberano
temblor de perla de la plena luna.

Para moldear la copa luminosa
tengo escondido el cándido modelo
que mulles en tu clámide olorosa;
límpido cáliz de marfil y rosa
donde bebí los néctares del cielo.

Copa de un áureo engarce bizantino
moldea en esta imagen mi palabra;
negro diamante y ópalo divino,
y fulgor de rubí luciferino,
luce la copa que este verso labra.

ROMANCILLO DEL LOBO

Bajo la clara luna
de esas noches de enero,
cantaba su romance
la ronda de pilluelos,
danzando junto al puente
de la acequia del pueblo:

*Ay, qué lindo es pasar por aquí,
cuando el lobo está durmiendo.*

Yo tenía siete años.
y acucillado en medio
de aquella ronda otro era
el Lobito del cuento:
y mientras él roncaba
simulando su sueño,
tomados de la mano
los líricos pilluelos,
en círculo coreábamos
su estribillo burlesco:

*Ay, qué lindo es pasar por aquí,
cuando el lobo está durmiendo.*

De pronto, despertábase
aquel gran Lobo fiero;
entre aullos y visajes
daba un salto tremendo,
interrumpiendo el cántico;
al salto del hambriento
se dispersaban todos,
lanzando ayes de miedo;
y en el aire quedaba
roto aquel ritmo lento:

*Ay, qué lindo es pasar por aquí,
cuando el lobo está durmiendo.*

El Lobo perseguíanos
con su trote ligero,
y a la luz de la luna,
por el barrio desierto,
flotaban, fugitivos,
los vestiditos sueltos
de blanquísimos tules
en el azul silencio...
¡Collar de perlas roto!
¡Mariposas en vuelo!

*Ay, qué lindo es pasar por aquí,
cuando el lobo está durmiendo.*

Poesía de la infancia,
dramas del dulce tiempo:
tornad a mi memoria
con vuestro canto ingenuo,
hoy que otro Lobo acecha
la ronda de mis sueños,
en medio del camino...
del camino dantesco.

.. ROMANCE DE AUSENCIAS

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos
en otras tierras lejanas,
pero ninguno tan bello
como esos de mi montaña.
Cantando fui, peregrino,
por exóticas comarcas,
y ni en los pinos de Roma
ni en las encinas de Francia,
hallé ese dulce misterio
que sazona la nostalgia.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

Mística unción del recuerdo
que me estremeces el alma,
trayéndome desde lejos,
como en sutil brisa alada,
un arrullar de palomas
cuando el crepúsculo avanza;
un aromar de poleos
cuando el viento se levanta;
y en el silencio nocturno
un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

¡Ay, cuándo volveré a verte,
rústico hogar de mi patria!
Ser quiero yo tu hijo pródigo
que torna a la vieja estancia,
por merendar las colmenas
en tu quebracho enjambradas.
¡Ya en los manjares del mundo
probé las heces amargas!

¡Ya en la orgullosa melena
me van pintando las canas!

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

ORACION

Tiempo que vas pasando como un río
junto al árbol tenaz de la ribera,
linfa constante de agua pasajera:
yo soy un árbol de tu cauce umbrío.

Caen las hojas secas en las aguas,
y al dejar el nostálgico ramaje,
se van para un quimérico viaje
con el lento bogar de las piraguas.

Y al promediar la noche taciturna,
baja una estrella en medio de la fronda,
a esconder sus tesoros en la onda,
como una blanca náyade nocturna.

Pasa la vida lenta, hora tras hora,
y en la noche de invierno sólo queda

un fantasma callado en la arboleda,
y en el agua una estrella tembladora.

Yo te daré todo el follaje mío,
guárdame tú hasta la hora del invierno
la fiel estrella del amor eterno,
tiempo que vas pasando como un río...

VII

ODA DE LAS BANDERAS

(1921)

Esta *Oda* apareció por primera vez en *La Nación* de los domingos (1921), de donde la han transcrito varias revistas y periódicos.

ODA DE LAS BANDERAS

Cuando llegan los días consagrados
a celebrar los fastos de la patria,
y el pueblo entero, con su voz de bronce,
¡Libertad! ¡Libertad! cantando pasa,
nada conmueve más la generosa
fibra nativa cuanto el ver alzadas
con la bandera de la patria nuestra
las cien banderas de las otras patrias.

Ayer, como era el día de los ritos
más altos que a ese culto se consagran,
cruzó otra vez por la ciudad enorme
la procesión solemne de la raza.
¡Era en la tierra un paso de leones!
¡Era en el aire una ascensión de águilas!
Iban delante, con sus cien emblemas
cien banderas al aire desplegadas,
y en pos la raza nueva que en la suya,
hostia de comunión, su Sol levanta,

Yo he visto allá en un valle de los Andes,
cuando el Sol rompe su orto en las montañas,
abrirse a su eclosión el cielo inmenso
tal como una bandera desplegada;
moverse cual leones, al reflejo
de la aurora, las cumbres despertadas;
volar, dejando su nidal de piedra,
los cóndores, hermanos de las águilas;
iluminarse de inefable dicha
las chozas de la rústica hondonada,
y salir de su rancho un indio joven
a saludar al Sol de sus mañanas,
mientras canta en los árboles natales
sus no aprendidos himnos la calandria,
y en el claro celaje del oriente
ique es una seda azul—azul y blanca—
formar al sol cortejo de arreboles
los polícromos lábaros del alba!
Santa emoción de la mañana andina:
sólo con tu belleza se compara
lo que se siente cuando el pueblo nuestro
alza en su foro, junto al ancho Plata,
con la bandera de la patria propia
las cien banderas de las otras patrias.

¿Qué misterio de Dios o de la historia
guardan esos colores que así arrancan

trinos al ave en la floresta virgen,
odas al bardo en la ciudad labrada?
Flotante nube por el sol teñida,
fué pendón para el pájaro que canta;
sencillo trapo en el astil suspenso,
fué arrebol para el numen de la raza.
Toda la vida estaba en su misterio:
su paño al viento como el mar ondeaba.
el iris les prestaba sus colores,
y la selva su gajo para el asta.
Las vió la multitud sobre su frente
lazarse cual las nubes en el alba,
y se lanzó tras ellas, toda ardida
por la ambición de las empresas altas:
cantó en sus himnos, se inmoló en sus lides,
embriagada de músicas y de ansias.
¡Oh, un misterio de Dios había en ellas!
La sangre les pintó cifras heráldicas:
trágico emblema del primer destino,
cruces tenían las banderas sacras,
armas tenían las banderas reales,
y castillos de torres almenadas,
y águilas bicéfalas, y fieros
unicornios, y leones con dos alas,
y serpientes de lengua pavorosa,
y dragones de ríspidas escamas,
y cual funesto símbolo en la noche
de sus trapos de horror lunas de plata,

o sobre el fondo de sus paños negros,
tibias en cruz y calaveras blancas.
¡Ah, estaba allí un misterio de la historia!
emblema de los tronos y las armas,
proyección de los mitos de la muerte,
sangre del odio en la primer jornada,
ofrenda de la sangre de la bestia
con que su bien la humanidad rescata,
hasta que al fin, desde los puros cielos
en donde moran, a nosotros bajan
los dioses verdaderos, los olímpicos
hijos del Sol, la luminosa casta
de los libertadores: los Herakles
venidos a cumplir sus doce hazañas;
los Prometeos de la luz venidos
a alumbrar con su luz todas las almas;
los titanes del fuego de la vida,
cuyas banderas, por el Sol timbradas,
anuncian a los pueblos del futuro,
en su emblema solar, nueva esperanza.

Bandera de titán que el cielo copia
dorando en medio de una banda blanca
de sintética luz el sol fecundo
que en símbolos de amor funda la patria,
tal es la enseña que en el fausto día
de nuestro foro, con el pueblo pasa,

llevando en torno las banderas todas
en dulce comunión de paz ligadas.
Su asta no se talló en el duro hierro
de que hace el odio bélico sus lanzas,
ni fué su tela al lienzo de otras tiendas
en las rapiñas épicas robada,
ni la manchó sus púrpuras la sangre
que en injustas contiendas se derrama,
ni le pintó sus mitos el oprobio
de tiranías que la muerte ampara.
Toda blanca, y celeste como el cielo
a quien emula cuanto más se agranda,
es toda luminosa como el curso
de un bello día en la infinita pampa...

Ayer, como era el fasto de sus ritos,
la vi pasar en imponente marcha,
acaudillando a la ardua muchedumbre
por la avenida rumorosa y ancha.
Al abrirse su seda para el vuelo
pareció un ángel desplegar las alas,
buscando en la región de las estrellas
un incruento pacífico Walhalla.
Iban con ella, en fraternal cortejo,
las cien banderas de las otras patrias,
y alta a su diestra, en vecindad dichosa,
también celeste y por el sol timbrada—

signo gemelo de una misma cuna—
el pendón de las glorias uruguayas.
Luego, en azul unánime teñidas,
pasaron como heraldos de la raza
la banderas de América redenta:
las que del Paraguay a Nicaragua
cifraron en los símbolos del cielo
comunes votos de justicia humana.
Y allá, visibles sobre las cabezas
de la solemne procesión heráldica,
enhiesto iba el lábaro chileno
con su fulgente estrella solitaria;
verdeando iba el brasileño emblema
con su Crucero en campo de esmeraldas;
iba la enseña mejicana ondeando
con su sierpe mordida por un águila;
y el estandarte del Perú venía
teñido por la sangre de Atahualpa.

¡Al verlas juntas, la emoción heroica
me desbordó del pecho en la oda santa!
Y ya no vi la dulce patria mía
por el mar y los Andes limitada:
mi patria fué la América fraterna,
desde la Patagonia al viejo Anáhuac,
un solo continente, un solo ensueño,
un solo idioma y una sola casta;

visión tendida sobre las fronteras,
sin conquistas, ni crímenes, ni armas;
visión que en el azul del cielo funde
la serena concordia de las almas.

Alzóse entonces, con heroico aliento,
el himno excelso de la antigua hazaña,
coreado por la crespá muchedumbre
que esforzaba el clarín de sus gargantas.
Era "el grito sagrado" que en el aire
"¡Libertad! ¡Libertad!" a Dios clamaba,
y "de América el nombre" repetían
las trompas de oro de la nueva raza.
Conmovidos los Incas en sus tumbas,
según el verso que en el himno canta,
parecía ondear en las banderas
la legión de sus sombras evocadas.
Sobre alas de gloria alzaba el pueblo,
trono digno a la noble democracia,
desde un polo hasta el otro resonantes
los sonoros clarines de la fama.
¡Libres del mundo: saludad la enseña:
que el himno con su aliento a Dios levanta:
cabe al amor de su dorada lumbre
el angustiado ensueño de los parias!

La multitud, fluyente como un río,
iba por la avenida en onda larga,
semejante a la cuenca rumorosa
que abren los Amazonas y los Platas,
cuando ruedan en onda formidable
por las florestas de la tierra indiana.
Proles diversas de lejanos climas
donde su nieve la miseria cuaja.
Vinieron a mezclar su linfa libre
con los torrentes de la sangre gaucha,
tal como vienen de diversas cumbres,
nieves fundidas por el Sol, las claras
linfas que bajan hasta el fértil valle
para dar a mayor río sus aguas.
Prole de Albión, los fuertes caballeros
su conductora enseña levantaban;
arrebolaba al Sol con sus colores
gente venida de la dulce Francia;
y alzaba sus verdores y sus púrpuras
gente nacida en la armoniosa Italia.
Tribus de Sión portaban su bandera
como la nuestra azul—azul y blanca:
los triángulos del signo salomónico
brillaban donde el Sol sobre sus fajas;
razas del Rhin, naciones de la estepa,
viejas stirpes, gentes renovadas,
anchos germanos de cabeza rubia,
púgiles yanquis de viril estampa,

breves nipones de mirar agudo,
rostros quemados por la luz del Asia,
el Occidente y el Oriente unidos,
iban con sus banderas en la marcha...
Mas una vi flotando sobre todas,
y entonces exclamé: ¡Bendita Española!
¡Madre bendita a quien el ser debemos,
a quien debemos la ciudad, el habla,
y hasta el laurel de la incipiente gloria
que ella nos dió a ganar en sus batallas;
laurel que hoy torna, en filial ofrenda,
a su frente de lauros coronada!

Alegoría de sus nuevos triunfos,
pasó la imagen misma de la Patria
sobre carro de bronce. No traía
ni casco de oro, ni agresiva lanza,
ni peplo de Walkyria, ni ominoso
broquel como las diosas de la Iliada.
Blanco tipoy de lino dulcemente
moldeaba en luz la virginal estatua
hecha de carne viva para el triunfo;
rojo píleo de Frigia la tocaba,
dejando fluir la cabellera oscura
en onda suelta por la firme espalda;
y al pasar, en el ámbito blandía
verde rama de olivo en vez de lanza.

No la arrastraban rápidos corceles
de alada crin, de relucientes ancas;
no la seguían míseros cautivos
de hosco mirar y manos resignadas;
no la exornaban lúgubres trofeos
salpicados de sangre en la matanza.
Flor en el bosque de las cien banderas—
bella como una desarmada Pallas,
por los brazos del pueblo conducida
iba en su carro la deidad preclara
bajo los arcos de la paz; la curva
donde prenden los arcos su guirnalda,
ostentaba, con cívico decoro,
el blasón de las manos enlazadas:
y tras el carro festival, los niños
de las escuelas, en sonora cauda,
seguían al cortejo, alzando a coro
salmos civiles con su voz de plata.

La vibración de aquel divino acento
me conmovió la varonil entraña,
trayendo en su emoción al rostro atónito
la palidez de las ocultas lágrimas.
Para esos niños se azuló de altura,
prez de la humanidad, la enseña cándida;
y así al llegar los días consagrados
a celebrar los fastos de la raza,

canta el labriego en la fecunda gleba,
multiplicando mieses en la chacra;
canta el colono mejorando reses,
en las praderas de la pingüe estancia;
cantan los menestrales en la aldea,
batiendo los martillos de su fragua;
pero es más grata la canción del niño
en el regazo de una dulce patria...
Niños de las escuelas: a vosotros—
bella posteridad de mi esperanza—
entrego la oda; y en futuros días,
cuando mi cuerpo allá en la tumba yazga,
que aún su verso en vuestros labios suene
como presagio azul de vuestras almas.

Patria feliz: el tibio hogar seguro,
abras al triste que a tus puertas llama.
Hoy que buscan el Sol de tus blasones,
en doméstica paz, todas las razas,
lumbre solar, nueva justicia llegue
a los caídos que en tu umbral aguardan.
Para esa alta ambición se abrió infinita,
campo de libertad, la verde pampa;
se alzó a mostrar el rumbo de tu empresa
con su índice de piedra el Aconcagua;
y el bardo antiguo te cantó en sus odas,

profetizando una futura Atlántida...
Nuevas cepas de Dios aquí se crían;
nuevo lagar del Sol aquí se cava;
la añeja vid, plantada en nueva tierra,
vierta su vino en renovadas ánforas.

GLOSAS

DE CARLOS GUIDO Y SPANO

He leído su épico libro **LA VICTORIA DEL HOMBRE.**

¡Bravo!, poeta de la lira de bronce. El ritmo, la armonía arrancados a sus cuerdas vibrantes, difúndense en el espacio con entonaciones de salmo.

Si tuviéramos un Parnaso, estaría hoy de fiesta. Pero hasta en las montañas abruptas de cuyas cumbres alzan los cóndores el vuelo, repercute la voz de los inspirados intérpretes de la eterna poesía.

Las puertas del templo están abiertas. Humea la mirra en los turibulos de oro. Penetren hasta el altar los iniciados.

Y resuene en las cúpulas altivas
del órgano la voz rotunda y grave.

Suyos son los versos, y mío el placer de repetirlos, enviando al joven amigo de estro levantado mis plácemes cordiales.

Diciembre 7-1903.

DE EMILIO BECHER ⁽¹⁾

Celui-ci vivra.

LECONTE DE LISLE,

I

Se ha puesto muchas veces en duda la eficacia de la revolución simbolista; no se la negará de aquí en adelante. Un lento y sordo trabajo de renovación se ha efectuado en estos últimos tiempos, en el sentido de orientar las inteligencias hacia un arte más noble que la retórica estrecha de los pseudo-románticos y las pueriles calcomanías del clasicismo. Bajo la dura hostilidad exterior, el Ideal ha crecido, obscuro, con la silenciosa paciencia de una semilla. Y este poema, LA VICTORIA DEL HOMBRE, que Ricardo Rojas ha imaginado, interesará no sólo por la

(1) Este juicio crítico se publicó en el tomo II de la revista *Ideas* (Buenos Aires, 1903), que dirigían Manuel Gálvez y Ricardo Olivera,

bravura del esfuerzo, su visible belleza, sino porque viene a afirmar la definitiva fijación en las almas de la doctrina que hace diez años anunció el verbo armonioso de Rubén Darío.

Tan ridiculizado ha sido por el grosero espíritu criollo el movimiento simbolista, que se hace necesario explicarlo. La tentativa de crear un arte menos lastimoso que las odas de los Juegos florales y las décimas del pobre señor Domínguez, pareció sin duda despreciable a los analfabetos de la política y a la *élite* irrisoria de las universidades. En un público que no lee, los juicios hechos alcanzan una fortuna rápida, y la caricatura del modernismo, vulgarizada por la enemistad de los escritores rivales, sirvió de documento a los derrengadores de Verlaine... Entretanto, esos decadentes, a quienes se acusaba de todos los extravíos, dieron por primera vez a nuestro arte una *conciencia*. Ellos refutaron la idea, tan errónea como inmoral, proclamada por los escritores de la generación anterior, de que la literatura era una tarea agradable y frívola, buena para el cuarto de hora de aburrimiento; y demostraron la ignominia de esta conducta que ponía el Ideal al nivel de las más bajas profesiones y reservaba para el alma excelsa de Beatriz la posición subalterna y equívoca de una concubina. Establecieron también

una jerarquía más noble, y *Los Raros* propusieron a la admiración de la juventud, en vez del arte precario de las Academias, la sólida y poderosa escultura de Leconte de Lisle y la resplandeciente maravilla de Villiers. En suma, la obra de los llamados decadentes consistió en aplicar a la literatura española las doctrinas parisianas y simbolistas, por la reforma de la técnica y la renovación de los pensamientos.

La primera tarea fué realizada por Rubén Darío, que, con la intuición de un artista perfecto creó toda una lengua poética, descubrió en los ritmos usuales los recursos de una métrica nueva e impregnó el duro y orgulloso idioma español de una penetrante y desconocida dulzura. Leopoldo Lugones, por su parte, ennobleció el ideal del verso, le hizo capaz de expresar los grandes pensamientos universales, el ritmo de las cosmogonías, la visión de los símbolos, e introdujo en el poema—antes exclusivamente dedicado a cantar las llegadas de la primavera, los desvíos de la tierna doncella o el rumor de arroyuelos pueriles, la vasta vibración de la Idea.

Llegado más tarde a la literatura, Rojas ha debido, como era natural, apropiarse este trabajo hecho. No puede decirse de él, en realidad, que imita a uno o a otro, pues nadie se parece

menos que el autor de **LA VICTORIA DEL HOMBRE** a esa plebe de versificadores vulgares que no adquieren del simbolismo más que las extravagancias. Pero el poema ha sido escrito con arreglo a una retórica establecida y en una lengua previamente reformada, y si **LA VICTORIA DEL HOMBRE** es lo menos "decadente" que puede ser un libro de versos, no hubiera podido, seguramente, aparecer antes de la revolución modernista. Precisamente por la superioridad indiscutible, la libertad mental, la falta de sectarismo de este joven poeta, su libro interesa doblemente, pues nos demuestra qué principios simbolistas quedaran como adquisiciones definitivas, y cuáles han sido desechados del todo.

II

El movimiento simbolista en Francia se caracterizó por el atrevimiento, no siempre laudable, de sus innovaciones métricas. La necesidad de protestar contra las reglas demasiado estrechas de retórica, la tendencia tan humana a pasar de un abuso a otro, el snobismo siempre dispuesto a confundir la originalidad con la ex-

travagancia, el entusiasmo de los que, incapaces de moverse dentro de una forma invariable, encontraban cómodo que se justificara y glorificara su impotencia, todo contribuyó a la prosperidad de esa técnica nueva. La noticia de esta abolición de la retórica cundió rápidamente en el Nuevo Mundo, y los versos desarticulados, las prosas rítmicas, las nuevas combinaciones encontraron innumerables admiradores (1).

Poco inclinado parece Rojas a adoptar estas costumbres, y si se exceptúa la composición titulada "El Océano" (pág. 715), en que, para conseguir un efecto de armonía, se ha desarticulado sobradamente la estrofa—el resto del libro está escrito en versos regulares, endecasílabos, octosílabos y alejandrinos. El primero ha debido al autor, sino porque, siendo el que mejor reado abundar, no sólo por una preferencia visible

(1) Es digno de notarse que, entre nosotros, los más entusiastas han sido los poetas subalternos. En general, tanto Lugones como Rubén Darío han respetado los metros comunes, y los prodigiosos efectos rítmicos de las *Prosas Profanas* y de *Los Crepúsculos del Jardín*, fueron conseguidos simplemente por una distribución más sabia de los acentos y cesuras en el verso. La única tentativa hecha en el sentido de cortar la tradición del verso regular, es la de Ricardo Jaimes Freyre, cuyo talento de verdadero poeta no sería honrado desconocer.

(Esto se escribía en diciembre de 1903.—*N. del E.*)

liza, en nuestro idioma, la inspiración épica, era el que más se adaptaba a la índole del poema. El octosílabo—en sus formas menos gloriosas de cuarteta y de décima—le ha atraído, como a tantos otros, por esa misma vulgaridad, que centuplica los peligros de la proeza (páginas 59, 113 y 117). Con todo, acaso los mejores trozos estén escritos en alejandrinos, y los que conozcan prácticamente las dificultades de este metro admirarán la página 74 como la obra de un verídico artista (1).

Casi todo el poema ha sido realizado en las formas de la retórica clásica, pues la adopción del soneto alejandrino y la infracción de ciertas reglas del terceto, apenas puede considerarse como licencias. Pero en el pequeño poema “A través de la selva”, el autor ha adoptado una forma radicalmente nueva y que conviene señalar. Se trata de una modificación del soneto, según la cual, los tercetos, en vez de ir unidos al fin, están separados por los dos cuartetos. Como ejemplo, elijo “Las Hachas”, segunda composición de las cuatro que forman el ciclo.

Hachas, cantad! Es la hora del crepúsculo.
Rompa tu golpe recio las marañas,
hinche la sangre del esfuerzo el músculo!

(1) Pág. 74 de la 1.^a edición. Se refiere al poema «Ante el Mar», pág. 91 de esta edición. (N. del E.)

La selva aún está virgen: sus entrañas
dan a las fieras el cubil salvaje,
y entretejen fatídicas arañas
su obscura red en el hostil follaje.

Ya es hora, pues, que el entusiasmo cuaje,
que el sol fulgure en tu desnuda arista,
y que entremos abriendo en el ramaje
surcos de luz hacia una luz no vista.

Que si la selva nuestra marcha cierra,
caiga en las luchas de esta gran conquista
nuestro sudor a fecundar la tierra!

De todas las modificaciones intentadas sobre el soneto, ésta me parece la más lógica de todas, siendo la que más íntimamente se adapta a su carácter de pequeño poema. El primer terceto anuncia el asunto y da, en sus tres versos, una especie de argumentum del drama; los cuartetos desarrollan el tema, inician y terminan la narración principal, y el último terceto resume un epílogo breve, la impresión de conjunto o completa con un rasgo final: el poema. Además, la distribución de la rima, que une a cada terceto con su cuarteto correspondiente, hace menos brusco que en el soneto normal el tránsito de una estrofa a otra, y da a la composición una estructura más sólida y una unidad más firme y visible. Hay que decir que Rojas tiene por la for-

ma ese respeto llevado hasta la religiosidad que es acaso la característica del artista.

Si contara la multiplicación voluntaria de las dificultades, la minuciosidad en el detalle, la paciencia—Tu divina paciencia, oh Flaubert—con que esta obra ha sido construída, no se creería. Todo en ella ha sido previsto, pesado, calculado de antemano, en vista del efecto total. Cada una de las partes ocupa un lugar determinado e indislocable en el poema, que adquiere así una proporción y una regularidad de edificio. Diríase una de esas iglesias levantadas para certificar la verdad oculta de las alegorías, en la que cada piedra dice su palabra y cada arco sostiene un dogma.

III

La unidad de esta obra es toda interna. Lo que da carácter de poema a esta sucesión de cantos en apariencia tan diversos es que cada uno de ellos manifiesta, de una manera distinta, una idea invariable. La doctrina panteísta, esto es, la unidad esencial del Mundo y la perpetua evolución de las Formas, constituye su base y como su sostén filosófico. El primer dogma se halla más claramente expresado en los cuatro primeros

sonetos, en que, con la unción de un viejo jefe védico, el poeta levanta su plegaria al alma de los cuatro Elementos...

La segunda doctrina forma la parte propiamente dramática del poema, cuyo argumento reducido a sus datos más simples, es la lucha del Hombre contra la Naturaleza y el mal. De la primera a la última estrofa, el libro no es más que el lento desarrollo de esta idea fundamental, no como en las epopeyas antiguas por el relato de una aventura única, sino por medio de episodios aislados y sucesivos que convergen a la demostración del mito.

Los cantos no se continúan cronológicamente. Cada uno es un poema completo, hecho a imagen y semejanza del poema total, y expone el drama íntegro desde su origen hasta su desenlace. "El advenimiento de los dioses" nos relata la guerra del hombre contra la naturaleza visible; el "Camino de las cumbres", "A través de la selva", "Visión en la sombra", "En pos de la quimera", etc., dicen el esfuerzo del Héroe, el dolor de los espíritus en batalla, la sucesión ascendente de las épocas, y los dos pequeños ciclos, la "Edad Media" y "Hacia las pampas", demuestran, por medio de dos ejemplos históricos, la verdad de la doctrina.

El señor Rojas ha dramatizado esta evolu-

ción en la parábola, ya popular, del Genio y la Multitud. Con una complacencia visible ha elegido, en las diferentes épocas de la historia, aquellos ejemplos que demuestran de una manera evidente el dogma del progreso indefinido. Moisés, Cristo, Colón, han sido tomados, no como hombres de existencia tangible, sino como personificaciones de una idea, de una raza o de un siglo, y desempeñan en el poema la función de una "palabra general" que, evocando a los lectores una determinada categoría de ideas, ahorra al autor la necesidad de explicar.

De aquí que en la obra los héroes estén representados en su postura más conocida, aunque sea la menos verdadera, y que Renan, para no citar sino un caso, pueda aparecer entre Dos-
toiewsky y Kropotkine...

Fácilmente se comprende la moralidad final del poema. Con una insistencia que atestigua su convicción, el señor Rojas se aplica a demostrar en cada página la definitiva victoria del Héroe, símbolo del espíritu activo sobre la ignorancia y el odio. El poema resulta así una larga alabanza de la Vida, del Amor y del Trabajo una constante exhortación al esfuerzo sin tregua y el combate que nunca terminará.

Entre los héroes su preferencia va no a los

más puros, sino a los más vigorosos, a los que con una decisión menos quebrantable ciñeron su cintura para la ruda milicia humana. El Hacha que pasó por la maleza adelante, le parece sublime.

Si me fuera permitido decir mi opinión, preferiría a estos sonoros y bélicos himnos el Intermezzo. Con talento, sin duda admirable, el poeta ha anunciado en este pequeño drama simbólico la doctrina de la incurabilidad del Dolor y de la perpetuidad del Mal. Necesitábase, en verdad, esta constatación del sufrimiento y de la miseria de la vida para que el orgullo fuera menos profundo.

Los hombres luchan y se agitan, y su marcha es sin término, y van con su hacha al cinto y con su esperanza, vencedores, pero el Mal les tiene en su mano y no les soltará nunca. Por más que las razas progresen, su progreso resultará, en definitiva, un cambio de lugar sin ventaja. Derribar los árboles espantosos, entrar en las marañas, cortar, abrir, parece un esfuerzo estéril y una fatiga sin utilidad. Y cuando pasan los héroes—Colón, en su carabela; Moisés, Nemrod terrible; el Cid, con su tizona—, el Eclesiastés mueve la cabeza, como un hombre que ya sabe...

IV

Libro de asunto moderno, nada impedirá que se le atribuya una determinada intención política, y no faltará quien vea una profesión de fe anarquista en la Epifanía del Ensueño o anticlerical en la Vuelta de Cristo. Rojas no ha justificado tales suposiciones. Escritor, no hace más que constatar con imparcialidad. Poeta, tiene demasiado respeto por su arte para degradarle hasta las bajas tareas de la propaganda. Intelectual, el proyecto de juntarse con otros hombres en partido político a fin de pensar en común no le seduce. La idea de que el idioma divino del verso pueda servir para anunciar las opiniones en Comités facinerosos, le parece, con razón, la más siniestra de las profanaciones. Imposible es, sin embargo, que el escritor se aísle en sí mismo hasta el punto de estar como cerrado a las cosas de Afuera. La angustia del momento es demasiado honda para que se la ignore. Todo anuncia la proximidad de una vasta catástrofe. El sufrimiento de los pueblos se ha hecho ya intolerable, la época se estremece y da gritos. El poeta que ha defendido, contra el duro dogma de Nietzsche, la doctrina

búdica y socialista del héroe misericordioso y civilizador, no podría permanecer indiferente a tan enormes dolores. La obra resulta así revolucionaria por el desarrollo lógico de su pensamiento, no por partidismo; y en sus composiciones socialistas el autor ha sido fiel a su programa de sintetizar las grandes ideas modernas. A despecho de estas simpatías por la ciencia positiva, Rojas es un espíritu netamente religioso, en la acepción más noble y menos usada de la palabra. Lo es, ante todo, por su misma manera literaria, que prefiere las ideas abstractas y los símbolos a las narraciones y los paisajes; y en un sentido más elevado, por la amplitud y decisión de su fe y el fervor profundo de su idealismo. La obra entera es la demostración lírica de esta tesis: la superioridad del espíritu sobre la materia, su triunfo final. El poema que empieza con la alabanza de la Fuerza, concluye con la proclamación del Ensueño. Llegado al término de su ardua aventura, el poeta ha sentido la necesidad de este refugio supremo. La visión de tan larga y dolorosa fatiga ha debido darle la nostalgia de esa divina Ilusión, hacia la cual, desde el comienzo del mundo, se alzó a través de la áspera y ruda Realidad el alma de todos los oprimidos... Y yo presentaría el ejemplo de Ricardo Rojas como una útil y noble enseñanza.

He aquí un joven que ha tenido el valor de preferir, a las dulzuras de la mediocridad satisfecha y a las recompensas deshonrosas del éxito, el arduo camino del ideal. Haber proclamado, contra el utilitarismo imperante, el amor a la Belleza y la devoción a la Idea, en una ciudad donde se mira toda tentativa de arte como un atentado contra el orden público y la moral común, revela, por lo menos, una voluntad. Acaso sea él uno de los tres o cuatro jóvenes de su generación que llegarán a hacer una obra, si tiene la fuerza suficiente para seguir, contra el odio y el desprecio de los bárbaros, adelante—como uno de esos héroes que, en su poema, atravesaron, inquebrantables, hacia el lejano Ideal, las selvas terribles y las montañas.

DE "LA NACION" (1)

Se oye decir, alguna vez, que la poesía desaparece, que las musas no inspiran ya a los mortales, y que pronto los hombres encontrarán escasas las cuerdas de la lira para expresar, en un idioma armonioso, los sueños de su inteligencia y los dolores de su corazón. Dejemos a los poetas contestar esta triste blasfemia. Dejemos, sobre todo, que lo hagan, como don Ricardo Rojas, en la lengua que les es natural, es decir, en la lengua del verso.

A ella ha vuelto el autor después de ocho años de producción en prosa; prosa de poeta, es cierto, cargada de metáforas y de imágenes, exaltada sin cesar hasta el tono de la oratoria lírica,

(1) *La Nación*, de Buenos Aires, publicó este artículo crítico sobre *Los lises del blasón*, en 1911, a poco de aparecer dicho libro. Emilio Becher escribió este juicio, que se publicó sin su firma, como «Bibliografía» de redacción del ilustrado periódico argentino.

movida por el mismo ritmo y animada por la misma emoción que gobiernan los números de su verso. En 1903, el señor Rojas se estrenaba en las letras con *La victoria del hombre*. Era un poema filosófico, basado en una concepción panteísta del universo y en una concepción optimista de la historia. El libro carecía de unidad narrativa, pero cada uno de sus episodios desarrollaba el argumento del poema, esto es, la lucha del hombre contra las fuerzas de la naturaleza y del mal. Sobre este mito filosófico y racionalista había levantado el señor Rojas una obra que tenía todas las cualidades del talento y todos los defectos de la juventud.

Libro juvenil, lo era, por la misma amplitud temeraria de su plan, por la misma exageración de la simetría arquitectónica; pero, sobre todo, por su espíritu. El dibujo en él era firme, el colorido ultrado, la retórica austera. Los paisajes, los hombres y los hechos no aparecían en él sino como signos susceptibles de revelar el movimiento de los ritmos históricos y de las fuerzas cosmogónicas. Era, en una palabra, un poema "intelectual", la realización poética de una noción filosófica, la obra de un espíritu impresionado por la armonía del mundo y sensible a la belleza abstracta.

No obstante, alguna de sus composiciones,

como el *Intermezzo*, por ejemplo, indicaban ya que el autor habría de evolucionar no sólo hacia una nueva retórica, sino hacia una nueva poética, y permitían entrever algo de lo que es esta nueva obra, tan diferente, en todo, de la anterior. Arduo sería definir este libro, precisamente por su variedad. En el *Ocio lírico* nos ha dado el poeta una suerte de panorama de su obra; pero ese prólogo no se puede resumir porque es la biografía de su Musa y sería una impertinencia hablar en prosa de una musa. Sirvale de interpretación más noble la bella carátula en que el artista Enrique Sacchetti ha dado la alegoría del poema.

Adviértese, ante todo, en *Los lises del blasón*, el progreso de la forma, pues si ya el señor Rojas se anunciaba, en su obra anterior, como un excelente artista, sólo en ésta llega al pleno dominio de su instrumento. Nada queda del estilo simple y severo de la *Victoria del hombre* en la forma múltiple y variada de los *Lises*. Continúa así el señor Rojas el esfuerzo fecundo con que nuestra literatura americana contribuye a vivificar la poesía española, liberando nuestro admirable verso castellano de las trabas que le impusiera la estéril pedantería académica. El señor Rojas usa de los metros comunes, del octosílabo o del alejandrino, pero

muy poco queda en las estrofas del *Ocio lírico* de las antiguas cuartetas de arte menor y casi nada, por cierto, del heptasilabo duplicado de la retórica preceptiva en la *Invocación a Nike*:

Sobre la aguda proa que peregrina hiende
las silenciosas nieblas y el resonante mar,
álzate, Nike alada, y en el azur extiende
la fuerza de tus alas hechas para volar:
como en Samos de Tracia, tu alado paso emprende,
desde el épico emblema del ara secular,
y en victoriosos rumbos el firme vuelo tiende,
hasta la luz eterna del imperio estelar...
sobre el aire que agitan los mil odres de Eolo,
sobre la tierra dura que dora el rubio Apolo,
sobre el profundo Ponto que guarda Poseidón,
mis ojos visionarios perseguirán tus huellas,
viendo cómo florece, coronada de estrellas,
en suavidad de plumas, la fuerza del muñón.

El señor Rojas es poeta, pero no se contenta con ello. Una sola musa no basta a su ardor apolíneo. Quisiera también ser músico y pide a la melodía, a la sinfonía, a la sonata, voces y modos nuevos para su lengua lírica. Ha tentado en algunos poemas nuevas combinaciones de metros conocidos. Ha restaurado, a semejanza de otros poetas contemporáneos, el tetrástrofo clerical del siglo XIII. Ha ensayado, por último, el hexámetro.

No es la primera vez que se procura instaurar en español el verso latino, pues ya Rubén Darío

concibió en este metro el himno *A Hispania* y la *Salutación al águila*. Tan nuevo hubo de parecer entonces el intento, que el mismo poeta lo justificó en el prólogo de sus *Cantos de vida y esperanza*, invocando la autoridad ilustre de Longfellow y de Carducci. Si no bastaran ya los dos admirables poemas de Rubén Darío para demostrar la posibilidad del hexámetro castellano, la *Oda latina* [de don Ricardo Rojas permitiría considerar como definitivamente incorporado a nuestra lengua el noble metro caro a los poetas del siglo de oro.

El asunto, por otra parte, lo requería, como que es un asunto virgiliano, y el poeta canta, en una lengua que es también lengua latina, la Loba, madre antigua de los hombres latinos:

¡Salve, Loba, nutricia de la estirpe de Rómulo augusta,
tú que traes del Tíber el mensaje a las tierras de América,
donde ves renaciente la gloria de tu nombre latino,
madre de pueblos y de héroes y de triunfantes númenes,
[salve!

El hexámetro convenía a la oda solemne en que el poeta saluda la gloria inmarcesible de la raza romana, augurando a la tierra de la patria el destino de ser, como la tierra del Lacio, madre de una progenie inmortal. El alejandrino presta, en cambio, su noble armonía al poema admirable, que narra, en la aventura de Evágo-

ras y Myrtis, el drama eterno de la fatalidad y del amor. Pasa la acción en Grecia, y el autor ha dado por fondo a las figuras de su poema paisajes de Tesalia o de Beocia, como ha dado a los agentes del destino los nombres de Diana o de Loxias, bajo los cuales la humanidad antigua adoró, como nosotros, las fuerzas obscuras y terribles que mueven el universo; pero los protagonistas de su tragedia podrían ser nuestros contemporáneos, porque es la tragedia del corazón humano. Helénico es el poema por la serenidad de su forma; pero esta serenidad es sólo de forma, pues es humana la emoción que lo anima. El mismo ananké que separa a los amantes griegos pesa sobre nuestras vidas, y de los dioses sólo hemos cambiado de nombres. Tan ambiguo como para los peregrinos de Delfos es para nosotros el oráculo de la Fatalidad. Pensamos de la mujer y de la ciencia, más o menos, lo mismo que pensaba el ingenioso Bleepyro. Hacemos por dolor de amor lo mismo que hacía el suplicante de la Pythia; buscamos el olvido, como él, en la obstinación de la tarea o en el furor de la orgía; y a la voz antigua de Evágoras, que cuenta a la sacerdotisa su viaje doliente y solitario, contesta la voz contemporánea del poeta:

Así voy con mi amor doliente
y mi ensueño de eternidad,
que exaltarán, mientras aliente,
mi ser en lírica ebriedad...

Vemos, pues, al señor Rojas, que empezó por un poema dogmático y racionalista, llegar a una poesía sentimental y dolorida. La emoción lírica no le viene ya del sistema de sus ideas, sino de la reacción de su sensibilidad. Encontramos, es cierto, los mismos hombres que el poeta invocaba en la *Victoria del hombre* —el dolor, el amor o la muerte—pero en aquella obra no eran sino palabras generales y en ésta se muestran cargadas de realidad y de emoción. Lejos de sorprendernos de una evolución semejante, debemos tenerla por la más lógica y por la única posible en un espíritu como el del señor Rojas. *La victoria del hombre* es un libro de los veinte años. A esa edad nos interesa sobre todo el encadenamiento de las ideas y la contemplación de la armonía abstracta del mundo. Su pasión dominante no es el amor, sino el entusiasmo. El panteísmo es su fórmula religiosa, por el desprecio de la vida personal en el ardor impersonal de vivir, como la fórmula heroísta y deísta es la que conviene al egoísmo de nuestra madurez. El optimismo es su fórmula filosófica, siendo para ella la vida porvenir imaginado y no

fristeza sufrida. Los nombres augustos de la fatalidad, de la muerte, del sacrificio, tienen para ella el poder de la máxima sugestión poética, porque se le presentan en su belleza de ideas absolutas y de palabras magníficas y no en las formas vulgares, humildes, ridículos o terribles que asumen a la luz de la vida. El señor Rojas ha expresado en sus primeros poemas la pasión de la adolescencia ávida de saber y de vida; en su nuevo libro la pasión de la juventud, madurada por el amor y el dolor. Lo que agrega su obra reciente a la obra anterior es, sobre todo, experiencia, en el sentido más noble de la palabra. El poeta es hombre y su escuela es la dura escuela del diario vivir. Por eso debemos creer, como el señor Rojas, que el don de la poesía es un don divino; por eso debemos decirnos, como él, que es un triste don.

Epico y optimista en la *Cda latina*, pesimista y lírico en la *Canclón del peregrino*, descriptivo y bucólico en el *Paisaje de égloga*, pasional y dramático en *La respuesta de Loxias*, elegíaco y musical en la *Villanela de la remembranza*, patriótico en el *Canto de la semana de mayo*, autobiográfico en la *Sonata*, legendario y heroico en *Las aves de la montaña*, erótico y artificioso en las cuartetitas monorrimas, y todo ello a la vez en la divagación de

su prólogo, el señor Rojas muestra en este libro una extraordinaria capacidad para los modos más diversos en que puede manifestarse la inspiración poética. Por su forma, es la obra de un artista consumado, por su emoción es la obra de un verdadero poeta: *Feita d'amor e bien rrymada*, como dice la antigua canción.

DE "LA REVISTA DE AMERICA" (1)

En el frontispicio del volumen de Ricardo Rojas, el emblema estéticamente rancio de los tres lises, sirve como insignia a una poesía de muy moderno aspecto. Anuncia este frontispicio singularmente burilado a un minucioso cincelador de rimas, pero constatamos que no le faltan al artista soplo y vuelo líricos. Poesía—decíamos— a la cual ninguna modernidad le es extraña y muy transatlántica por lo mismo. Por otra parte—y esto justifica el emblema del lirio—la más íntima substancia de esta poesía se compone de

(1) Este artículo apareció en noviembre de 1921 en *La Revista de América* (núm. VI), que dirigía en París el escritor peruano D. Francisco García Calderón. Su autor, Juan Perés, fué presentado por la dirección en la siguiente nota: «El señor Juan Perés, autor de notables libros de estética, examinará periódicamente algunos libros que, por su propia excelencia o por la personalidad de sus autores, exijan largo estudio. Extraño a los cenáculos americanos, ignorante de nuestras querellas y nuestros odios, revelará en sus críticas su simpatía por los escritores que analice, perfecta imparcialidad y finisimos dones literarios.»

una melancolía elegíaca que ama los parques otoñales, el silencio, el pasado, la agonía de las tardes; y para la cual, la Intrusa, "la Pálida", es una especie de obsesión. No existe, por lo demás, poesía alguna sin este elemento de tristeza y de sueño, que sin duda en donde más se muestra nos hace descubrir al hombre tras del aeda y que, en otras partes, apenas se transparenta, lo que evita absolutamente el peligro de la monotonía o de un subjetivismo excesivo. La amargura y la belleza de la vida inclinan alternativamente a este poeta a replegarse en su vida interior o a entregarse—inexhausto peregrino—a la contemplación errante del vasto mundo, lo que expresa conversando así con su Musa:

Si el mundo te hace sufrir
ven a mi jardín, serena...
y si mi jardín te apena
¿querrás por el mundo ir?

Nacida en estas nuevas Españas—cuyo blasón van formando los escritos de sus artistas—la obra de Rojas tiene tras sí naturalmente el pasado de un idioma que posee anfigua cédula de nobleza. Sin embargo, por haber florecido más allá de los mares, tiene algo de menos rigurosamente ibérico. Su Musa es mundial:

Amó en la tierra infinita
la patria propia y la ajena,
y vió en el mar la Sirena
que es Circé o es Serafita.

Pero lo que yo quería decir, es que, más latina que hispana, no deja de apoyarse en esta rama más propiamente clásica del viejo tronco latino: nuestra poesía francesa. Debemos alegrarnos de tan feliz mezcla que nos devuelve en cierto modo, si en realidad ha existido ya, la indeterminación inicial e intacta del genio romano. El idioma en que escribe este autor tiene la superioridad de permitirle ronsardisar, enriqueciendo así su vocabulario poético en mayor grado que lo que permite cualquiera otro de los idiomas latinos. Por otra parte, como un francés (los lirios son de Francia!), Rojas es un devoto; un supersticioso de la rima, esta sonaja, esta mascota, esta locura; y pudiera ser que por la firania de la rima, su verso adquiriese plenitud y concisión que a menudo faltaron al verso castellano. Su prosodia es casi enteramente francesa, salvo en los momentos en que es latina, como en su grandilocuente *Oda a la Loba*, en donde se repiten las lentas y majestuosas cadencias del exámetro virgiliano, del gran Asclepiades y del Arquiloquio. Así como su moder-

nismo y su *intimismo* recuerdan al autor de *Edel* y de las *Confesiones*, así también su estrofa es hermana de la de Banville y de Laforgue, y sus sonetos lo emparentan con Heredia. Si emplea el endecasílabo castellano, más frecuentemente adapta el alejandrino francés al soneto, a la epístola familiar o a cierto poema de tema antiguo, parecido a la manera de R. Ménard.

En conformidad con la función del genio francés, que consiste en fundir la inspiración septentrional con el espíritu meridional, no nos sorprenderá si Rojas, a quien su ardiente amor de claridad hace francés por momentos, ha bebido en la fuente de ensueño, de alegoría, de naturaleza, la más *fcérica* de hoy, la fuente que ha hecho brotar la poesía inglesa. Merced al naturismo anglo-celta—intuición emotiva de los fenómenos físicos, de los elementos, de las estaciones cuyo más encantador modelo nos lo ofrece el *Himno a Artemis*, de Swinburne—las mitologías antiguas recobran vida nueva. ¿Será, acaso, su destino el de ser ahora transplantadas, después del provechoso destierro, al latino terruño? Hay algo, en efecto, del sentimiento de Swinburne en el episodio antiguo intitulado *La respuesta de Loxias* y que encierra este hermoso apóstrofe a Apolo:

Tú de todas las sendas ignotas el viajero,
tú de todas las sombras el invencible Arquero.

La vida americana, por lo que encierra en su profundidad de vida primitiva, de contacto con una naturaleza inviolada, por ese carácter de recomienzo propio de toda civilización juvenil, constituye quizás un medio favorable para la transplatación de mitos. Por su cultura clásica, las creaciones de la fábula fueron, es cierto, para este poeta la lengua maternal de su imaginación, pero no dudamos un instante de que este *leit motiv* frecuente en su obra, de un tropel de Centauros estremeciendo la tierra, es sólo un eco de la pampa en que galopan gauchos.

Complacen en Rojas la variedad de la inspiración y los ritmos. Después del vuelo de la oda, la forma plástica del soneto fija una efígie heroica, una invocación o una añoranza nostálgica evocada en las brumas doradas de un crepúsculo otoñal. Una serie de escenas antiguas de base arbitraria tal vez, pero simple en su indeterminación, nos describe con fuerza los terrores de la vida primitiva en un mundo sobrenatural al mismo tiempo que repite el tema favorito del poeta: amar, soñar, cantar. Después del alejandrino épico, emplea el alejandrino pedestre de

la epístola y a veces también el verso desigual de una más libre prosodia; sin exageraciones desconcertantes introduce un tema melódico de menos previsto ritmo, perfectamente adaptado al movimiento de la emoción. La vena de melancolía que, próxima o lejana, se escucha brotar de la obra del poeta, quien, en contraste con el "yo magnífico" (1) de una infancia colmada, ha escrito este verso conmovedor:

Después me vino el triste don del canto,

no lo incapacita para cantar las alboradas triunfales de un patriotismo pacífico y para prestar voz al alma nacional. En sus versos flamea la bandera que une al azul del cielo austral la blancura de una nube sobre los Andes. El toro en el campo, el potro cuyas crines al viento fingen un ala, el vuelo del cóndor en el empíreo, la Cruz del Sur "en oblación sobre alguna cima andina", se tornan para su Musa, verdadera hija de su terruño, otros tantos emblemas con que forma, recordándolos uno tras otro, el blasón natural de la tierra argentina. Mejor de lo que pudiera definírsela, esta Musa se pinta a sí misma en el *Ocio lírico* del comienzo; fiel al suelo

(1) En deuil d'un Moi-le-Magnifique
Lançant du front ces cent pur-sang...
(J. Laforgue: Dedicatoria de las *Complaintes*.)

natal y presta a todas las admiraciones, errante y diversa o enamorada de las meditaciones bajo la lámpara. Su desnudez de diosa se diversifica según el minuto o la estación, ora rayo, ora bruma, ora claro de luna; y el artista soñador halla su forma hasta en la espiral azulada que se eleva de su pipa en el *estudio* grato al meditativo. Metáfora aparte, esta poesía tiene por esencial carácter el de oponer y de unir al hondo sentimiento de lo efímero, a la obsesión de la Intrusa, lo absoluto del arte, el amor de las cosas eternas, la potencia del sueño realzada por esas perspectivas que abren al alma humana los nobles mitos antiguos.

El nudo vital de esta conciliación consistiría en la idea pitagórica, frecuente en las páginas de este poeta, de una música secreta del alma que va acordando, como quiere Platón, los movimientos interiores del ser efímero y contingente con el ritmo del alma universal.

INDICE

1871

ÍNDICE

Páginas.

DE RUBÉN DARÍO.....	5
CONFESIÓN.....	7
I.—EL OCIO LÍRICO.....	15
II.—LA VICTORIA DEL HOMBRE.	
Epifanía del Ensueño.....	
Introducción.....	41
El alma de las cosas.....	
I.—El fuego.....	47
II.—Los vientos.....	48
III.—Las olas.....	49
IV.—Las montañas.....	50
Advenimiento de los dioses.....	
I.—Lo desconocido.....	51
II.—La fe.....	53
III.—Los holocaustos.....	55
IV.—La naturaleza.....	57
Camino de las cumbres.....	
I.—El camino.....	59
II.—Los viajeros.....	60
III.—Las tinieblas.....	61
IV.—Las cumbres.....	62
La tierra prometida.....	
I.—El advenimiento.....	63
II.—Los precursores.....	65
III.—El sacrificio.....	68
IV.—El porvenir.....	69

La vuelta de Cristo.

I.—El templo.....	71
II.—Jesucristo.....	72
III.—El verbo.....	73
IV.—La multitud.....	74

Palabras de esperanza.

I.—El destino.....	75
II.—El placer.....	77
III.—La muerte.....	79
IV.—El escepticismo.....	81

A través de la selva.

I.—La selva.....	83
II.—Las hachas.....	84
III.—Los árboles.....	85
IV.—El laurel.....	86

Ante el mar.

Intermezzo.....	87
-----------------	----

Visiones en la sombra.

I.—El hombre.....	89
II.—La rebelión.....	95
III.—La esperanza.....	96
IV.—El genio.....	97

Espíritus en marcha.

I.—Hugo.....	98
II.—Zola.....	100
III.—Castelar.....	102
IV.—Sarmiento.....	104

La Edad Media.

I.—La evocación.....	106
II.—El cruzado.....	107
III.—El trovador.....	108
IV.—El monje.....	109

En pos de la quimera.

I.—Al partir.....	110
II.—Rondó marino.....	111

	Páginas.
III.—Alba lejana.....	112
IV.—La quimera.....	113
La luz eterna.	
I.—Redención.....	114
II.—Luzbel.....	115
III.—Revelación.....	116
IV.—Excelsior.....	117
Hacia las pampas.	
I.—En marcha.....	118
II.—El océano.....	120
III.—La conquista.....	122
IV.—Ante la ciudad.....	124
El nuevo mundo.	
I.—El mar.....	126
II.—Las naves.....	127
III.—La libertad.....	128
IV.—El ideal.....	129
Triunfo del Ensueño.	
Epílogo.....	130
III.—LA SANGRE DEL SOL.....	139
IV.—LOS LISES DEL BLASÓN.	
Canción del peregrino.....	159
Elogio de Don Quijote.....	162
Sonata del tiempo pasado.	
Introducción.....	163
Allegro.....	164
Scherzo.....	165
Intermezzo.....	167
Rondó.....	169
Adagio.....	170
Final.....	171
Elegías del Crepúsculo.	
Elegía de una tarde de invierno.....	172
Elegía de una tarde de primavera.....	173
Elegía de una tarde de verano.....	174

	<u>Páginas.</u>
Elegía de una tarde de otoño.....	175
Oratorio laico.....	176
La musa indiana.....	181
Paisaje de égloga.....	182
Las aves de la montaña.	
I.—La noche.....	187
II.—La legión.....	188
III.—El héroe.....	189
Canto de la mañana de mayo.....	190
Oda latina.....	195
En las aras antiguas.	
Invocación a Nike.....	202
Invocación a los Manes.....	203
Invocación a Euterpe.....	204
Invocación a Apolo.....	205
Invocación a Neptuno.....	206
Los corceles olímpicos.....	207
Balada de Jean Paul.....	208
Macbeth.....	210
Canción del alba en la ciudad.....	211
Primavera porteña.....	213
Las historias efímeras.	
Canción de Carnaval.....	214
Dice el juglar a la dama.....	217
Divagación otoñal.....	220
Envíos de la amistad.	
Toast.....	224
Póstuma.....	227
Epístola.....	229
Epitalamio.....	235
El voto propicio.....	237
V.—LA RESPUESTA DE LOXIAS.....	241
VI.—CANTOS DE PERSÉFONA.	
Romanza de las tres interrogaciones senti- mentales.....	265

	<u>Páginas.</u>
La noche azul.....	274
Leyenda.....	275
Emoción vespertina.....	278
Nocturno I.....	281
Nocturno II.....	282
Nocturno III.....	283
Nocturno IV.....	285
Nocturno V.....	287
Nocturno VI.....	289
Nocturno VII.....	290
Agua muerta.....	291
Balada.....	294
Villanela de la remembranza.....	301
La copa votiva.....	303
Romancillo del lobo.....	305
Romance de ausencias.....	308
Oración.....	311
VII.—ODA DE LAS BANDERAS.....	313
Glosas.	
De Carlos Guido y Spano.....	329
De Emilio Becher.	330
De <i>La Nación</i>	344
De <i>La Revista de América</i>	353

872
873
874
875
876
877
878
879
880
881
882
883
884
885
886
887
888
889
890
891
892
893
894
895
896
897
898
899
900
901
902
903
904
905
906
907
908
909
910
911
912
913
914
915
916
917
918
919
920
921
922
923
924
925
926
927
928
929
930
931
932
933
934
935
936
937
938
939
940
941
942
943
944
945
946
947
948
949
950
951
952
953
954
955
956
957
958
959
960
961
962
963
964
965
966
967
968
969
970
971
972
973
974
975
976
977
978
979
980
981
982
983
984
985
986
987
988
989
990
991
992
993
994
995
996
997
998
999

PQ7797. R7A17 1923



a39001 004128578b

2/71

